Comedias



ERICO ROMERO

Caricatura de TOVAR

edro MUÑOZ SECA La bondad

a joven Turquía G. del CASTILLO y C. PALENCIA

50 céntimos.

NUM. XXX 11 DE SEPTIEMBRE DE 1926 AÑO

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

DIRECTOR: ANDRES GUILMAIN

GERENTE: BENJAMIN S. HERRER

Oficinas: Rodríguez San Pedro, 57 © MADRID © Apartado 8.03

Precios de suscripción —*España y América:* Trimestre, pesetas; semestre, 12; año, 24.—*Extranjero:* Semestre, 15 pese tas; año, 28.

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio cuantos número extraordinarios se publiquen.

Talleres Poligráficos. S A., Ferraz, 72. Madrid

PEDRO MUÑOZ SECA

LA BONDAD

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Rey Alfonso, de Madrid, el 7 de enero de 1925.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO	SRA. BANQUER.
LUISA	SRTA. ZORI.
INÉS	SRA. MESA.
PILAR	» COMENDADOR.
JULIA	SRTA. MARCÉN.
ADELA	SRA. SÁNCHEZ IMAZ.
PABLO	SR. HERNÁNDEZ.
TOMÁS	» RIQUELME.
BLAS	» ESPANTALEÓN.
DOMINGO	» ALYMAN.
JUAN	» NAVARRO.
VÍCTOR	» JAVALOYES.
ANTONIO	» LUNA.

ACTO PRIMERO

Un salón amueblado con gusto y riqueza en casa de Pablo Inciarte. Puerta de entrada en el lateral derecho (actor) y dos puertas a la izquierda. Es de día. En Madrid. En octubre.

Al levantarse el telón, Domingo, criado de la casa, hombre joven y muy madrileño, está examinando los periódicos ilustrados que hay sobre una mesita.

ADE. *(Vieja criada, por la derecha.)* Domingo.

DOM. ¿Qué pasa?

ADE. Pregunta por el doctor un caballero.

DOM. ¿Por cuál doctor, por don Pablo o por su ayudante?

ADE. Por don Pablo.

DOM. Pues dígale ustez que hoy no hay consulta.

ADE. ¿Pues qué día es hoy, Domingo?

DOM. Domingo, señora.

ADE. ¿Domingo?

DOM. Domingo.

ADE. ¡Claro!... ¡Así había tanta gente en la misa de ocho!... Estoy en babia.

DOM. Sí, señora.

ADE. ¿Eh?

DOM. Que le diga ustez que vuelva mañana.

ADE. Ahora mismo. *(Se va por la derecha.)*

DOM. *(Ante una portada del «Mundo Gráfico».)* ¡Aquí está!... ¡Esta es!... *(Piropeando a la fotografía.)* ¡Huy, qué monumento!... ¡Su madre!... ¡Y madrileña!... *(Mordiendo al aire.)* ¡Am!... *(Arrancando la hoja.)* Esta la pego también en mi cuarto... ¡Ya lo creo! *(Contemplándola.)* ¡Que haiga yo nacido en las Peñuelas y de padres desconocidos!... Bueno, desconocidos en el sentido de que no son personas de posición... Porque yo, con cien mil duros, un Hispano, esta gachí y en alpargatas, que es como a mí me gusta estar... ¡Bueno!

ADE. *(Entrando nuevamente.)* Domingo.

DOM. ¡Y dale! Adela.

ADE. Que no es un enfermo, sino un amigo del señor, que vuelve de un viaje y desea verle.

DOM. ¡Caramba, hombre! ¿Será don Blas Padilla, ese tío medic chiflao que anda de por vida recorriendo mundos?... Ojalá

que fuera. Siempre que se larga por ahí le doy yo un duro pa que me compre alguna maritata y me trae cada rareza... ¿Qué señas tiene? ¿Es grueso y calvo?...

ADE. Grueso y calvo.

DOM. Ese va a ser don Blas. Aguarde usted. *(Se va por la derecha.)*

ADE. *(Examinando el «Mundo Gráfico», mutilado por Domingo.)* Ya arrancó la portada. Dentro de un rato se llevará el frasco de la goma y la pegará en su cuarto, que hay que ver cómo tiene las paredes y el techo... Y dice que por las noches con la luz eléctrica le guiñan. *(Rumor de voces dentro.)* ¿Eh?... *(Escucha cerca de la puerta de la derecha.)* Por lo visto es ese don Blas... Allá él, puesto que le conoce. *(Se va por la segunda puerta de la izquierda, al mismo tiempo que entran por la derecha Blas y Domingo. Blas es un elegantísimo señor de cincuenta años, muy calvo y muy tostado por el sol.)*

DOM. Pues justamente estuvo esta mañana el señor hablando del señor. El señor suponía al señor en Egipto.

BLAS. Pues, no; digo, sí... Bueno, he estado en Egipto; pero primero estuve en Turquía. Es decir, no. Turquía fué después, porque yo fuí del Cairo a... Bueno, he andado por allí. Ahora vengo de Francia. Subí por Italia... No, eso fué la otra vez. Subí por Grecia... He estado en Italia; pero subí por Grecia a los Balkanes... En Italia no he estado. Con tanto viaje me confundo... Ahora vengo de Francia.

DOM. ¿Y no se cansa el señor de tanto ajetreo?

BLAS. Estar quieto es lo que me cansa. Yo, para dormir bien, necesito dormir cada cuatro o cinco días en camas distintas y a distintas presiones atmosféricas.

DOM. ¡Con la casa tan bonita que tiene el señor en Madrid y con lo bonito que es esto!

BLAS. Tú, como no conoces otra cosa mejor...

DOM. Claro que no conozco otra cosa mejor; como que no la hay.

BLAS. ¡Hombre!...

DOM. A mí me llevó el señor a París y... ¡bueno! Yo no cambio todo París por Recoletos. *(Ríe Blas.)* Tanto hablar del Arco de la Estrella y de los Campos Elíseos... ¡Miau! Y usted perdone el maullido. Planto yo la puerta de Alcalá en la Dehesa de la Villa y los achico.

BLAS. *(Riendo.)* Pero, hombre, ¿vas a comparar...? Aquellos bulevares...

DOM. Aquí los hay también, y con menos gente, que es mucho más cómodo. Y no me salga el señor hablándome de los

jardines de Versalles, porque vuelvo a maullar. Aquí tenemos el Parque del Oeste, que está más cerca, que tiene más buena sombra y que tiene unas cuestas que ya las quisiera Versalles para los días festivos. *(Ríe Blas.)*

BLAS. Sigues siendo más madrileño que la fuente de la alcachofa, ¿eh?

DOM. Soy una de las alcachofas; no le digo más al señor.

BLAS. Está bien, hombre, está bien. Y díme, ¿qué hay por aquí? ¿Y tu amo?

DOM. Tan bueno y tan famoso. Trabajando muchísimo y con mucha suerte; todo el mundo lo dice. Ya usted ve que, con lo riquísimo que es, podía ponerse el mundo por montera, darse buena vida y decir: «Que trabaje el Nuncio»; pero ¡quia!... Le gusta trabajar y es esclavo de su obligación como el primero. ¡Es mucho don Pablo!

BLAS. Es verdad, no hay otro como él, Domingo. ¡Vaya un hombre bueno!

DOM. De eso de bueno, eche usted el completo, y perdone el señor la comparación tranviaria. Como don Pablo no sale otro; se ha estropeao el molde. ¡Qué en su punto siempre!... ¡Qué caballero!... ¡Y qué de... aquí! *(Por el corazón.)* A su lao no hay hambres, ni miserias, ni calamidades. Se le cansa el brazo de dar.

BLAS. Tiene un agujero en la mano.

DOM. En la izquierda, que es el brazo que arranca del corazón. ¡Vaya un hombre!... La de enfermos que vienen aquí y salen con su receta y un duro pa poner un puchero. Y no quiera el señor saber la de pensiones y de regalos... Que si a esta viuda; que si a aquel inválido...; que este chico necesita un aparato y aquel una pierna de goma... ¡La locura!

BLAS. Es muy bueno, muy bueno.

DOM. ¿Y lo que ha hecho con su ayudante, con el señorito Tomás? ¿No recuerda el señor al señorito Tomás?...

BLAS. ¿Tomás?

DOM. Aquel muchacho que estaba aquí para dar el número a los que venían a la consulta y que luego ayudaba a don Pablo...

BLAS. Sí, hombre; uno delgadito, muy simpático... Gran amigo mío.

DOM. Pues ya es doctor en Medicina y Cirugía.

BLAS. ¡Hola!

DOM. Todo costeao por don Pablo.

BLAS. ¡Es mucho Pablo!

DOM. Bueno; tampoco hay que echar en saco roto a don Tomás, porque vaya un tío con amor propio. Sobresalientes, matrículas, premios... ¡La Biblia! Y hasta ahí un hom-

bre corriente y castizo. Parece que ha soltao el manubrio pa coger el bisturí. Y lo a gala que tiene él el ser hijo de un zapatero de portal.

BLAS. ¡Ah! ¿Es hijo...?

DOM. Sí, senor. Y ahí está su padre vivo y sano y trabajando en su banquillo, porque dice que mientras él pueda trabajar no le echa de comer nadie, ni su propio hijo, aunque gane millones. Un tío con vergüenza.

BLAS. Y díme, Domingo, ¿don Pablo continúa soltero?

DOM. Soltero y sin novia.

BLAS. De modo que su prima, la señorita Julia, que le mordía los talones...

DOM. Se los sigue mordiendo, como tantas otras, porque a ver dónde hay un partido como don Pablo. Ahora, que él no se decide por ninguna. Para eso del mujerío es unas miajas frío de cuello. No se parece a su padrastro, a don Víctor, que vaya un señor fresco, y no es criticarlo.

BLAS. No, hombre...

DOM. Casarse con la madre del señor, al olor de los millones, y valerse de los cuartos de la señora para juerguearse de lo lindo. Bien hizo el señor en salirse de aquella casa y establecerse por su cuenta...

BLAS. De manera que tú crees que don Pablo es frío de cuello, ¿eh?

DOM. ¡Psch! Ya ve el señor; ahora tiene aquí con él a una real moza, y aunque la gente dice y comenta, porque nunca falta quien piense mal, a mí me parece que entre los dos... nanay.

BLAS. *(Intrigadísimo.)* ¡Vaya, hombre! Conque una real moza... ¿Y quién es ella?

DOM. Una muchacha que recogió hace más de un mes, a raíz de no sé qué tragedia. Una buena obra de las suyas.

BLAS. Y es guapa, ¿eh?

DOM. ¡Canela! Ya la conocerá el señor. Ahora está en misa.

BLAS. ¿Y la familia del señor sabe...?

DOM. Se han enterado el otro día al volver del veraneo, y hay armada una... que los comentarios echan humo.

BLAS. ¿Y la muchacha es seria?

DOM. En apariencia, esencia de fiscal. A mí me gusta que la veo y me crujen los huesos. Ahora, que yo... *(Señas de respeto.)* Y eso que yo... *(Como si mordiera.)* Porque, vamos, soy de una condición que veo una cara bonita, y aunque esté pintada le digo algo.

BLAS. Ahora están pintadas casi todas.

DOM. Quiero decir que aunque la vea en fotografía.

BLAS. ¡Ah!

DOM. De eso sí que verá usted cosas grandes por esos mundos. ¿Eh? ¡Habrá por ahí cada mujer...!

BLAS. ¡Psch! Apenas me fijo. No viajo por ver mujeres.

DOM. Cada caballero tiene su sombrero.

BLAS. En fin, a ver si tu amo no tarda mucho...

DOM. *(Escuchando hacia la derecha.)* ¿Eh? No. Creí que era él.

BLAS. No he de irme sin verle. *(Toma un periódico.)*

DOM. Ya no puede tardar. Voy con su permiso a recoger aquí un frasco de goma, que tengo que pegar una cosilla...

BLAS. Sí, hombre; ve donde gustes. *(Se pone a leer. Domingo hace mutis por la primera puerta de la izquierda y sale en seguida con un frasco de goma en la mano. Después de pensarlo un poco y con cierta cortedad.)*

DOM. Digo yo que cuando el señor no me dice nada será que se habrá olvidado de lo mío...

BLAS. ¿De lo tuyo?

DOM. De aquel duro que le di al señor...

BLAS. ¡Ah, sí, hombre! ¡Pero si no traía otra cosa en la imaginación! Te he comprado en Túnez..., digo, en Damasco... No. ¿Dónde compré yo...? O fué en Constantinopla o en Asterdan... ¡Eso, sí! ¡Fué en Rotterdam! Te he comprado en Rotterdam una pipa contra incendios que es una maravilla.

DOM. ¿Contra incendios?

BLAS. Sí, hombre. Tú sabes que hay quien fuma en la cama y se duerme y se quema.

DOM. ¡Ya lo creo!

BLAS. Pues con esta pipa no hay quemadura posible, porque tiene cuarenta pedazos, cada uno de diez centímetros, que se atornillan y se hace una pipa de cuatro metros de largo; de modo que puedes tener la boquilla en la cama y el quemadero en el balcón.

DOM. ¡Mi madre!

BLAS. Luego te la mandaré. *(Rumor de voces dentro.)* ¿Es Pablo?

DOM. *(Acercándose al lateral derecha.)* Es don Víctor, su padrastro...

BLAS. ¡Aprieta!

VÍCT. *(Entrando por la derecha. Es un sesentón muy elegante, muy atildado y muy bien fachado.)* ¡Ah, el amigo Padilla! ¡El eterno viajero!...

BLAS. ¡Amigo Cejudo!... *(Cambian un apretón de manos.)*

VÍCT. ¿Desde cuándo en Madrid?

BLAS. Desde hace dos días.

VÍCT. Viene usted de Noruega, ¿no?

BLAS. Sí; es decir, no. En Noruega no he estado este año. He andado por ahí... Ahora vengo de Francia.

VÍCT. Le envidio. Habrá usted oído por esos mundos buena música, que es mi mayor deleite...

BLAS. No, jamás. A mí la música no... No viajo por oír música. ¿Y su esposa? ¿Cómo está?

VÍCT. Muy bien. Aquí estoy citado con ella; ahora vendrá. Vamos a celebrar aquí una especie de consejo de familia.

BLAS. ¿Nada menos?

VÍCT. Sí, señor. Hay novedades de cierta índole. Las mujeres no transigen con algunas cosas y... *(A Domingo.)* ¿Qué, Domingo? ¿Todo sigue igual?

DOM. Sí, señor.

VÍCT. Pues vamos a tener toros y cañas, porque su madre y sus tíos y las chicas... ¡Válgame Dios! Cosas de hombres, amigo Padilla. Pero hay familias de un arcaísmo asustante. No sé si estará usted enterado...

BLAS. Domingo me ha dicho que Pablo tiene aquí en su casa a... Tal vez aluda usted a eso...

VÍCT. A eso, sí, señor; a eso. La muchacha, aquí para inter nos, es un encanto y merece eso y muchísimo más; pero, ¡caramba!, en su propia casa, donde venimos todos, donde vienen sus primas, donde viene su propia madre... Desde que hemos vuelto del Norte ha debido él acomodarla en algún otro sitio... Dice esto muy mal de la seriedad de Pablo y puede perjudicarle hasta con la clientela.

BLAS. ¿Pero es positivamente su amante?

VÍCT. Hombre, amigo Padilla. Dudarlo es ofender a Pablo.

BLAS. ¿Usted cree...?

VÍCT. El es joven y libre; ella es una verdadera monada, y viviendo juntos más de un mes... ¿Eh, Domingo?

DOM. Sí; la gente habla más de la cuenta...

VÍCT. En todo el barrio. Como ella vivía ahí enfrente y era conocida de todos por su hermosura... ¡Porque es una yema de coco, una yema de coco! ¿Verdad, Domingo?

DOM. De coco con dátil.

VÍCT. Ya sé que está en misa. Me lo ha dicho el chico de la puerta.

DOM. Sí, señor. *(Rumor de voces dentro.)*

VÍCT. Ahí están los tíos y las chicas...

DOM. Voy con el permiso de ustedes, que tengo que pegar una cosilla antes de que vuelva el señor... *(Se va por la izquierda, segunda puerta.)*

VÍCT. *(A Julia y Luisita, dos muchachas monísimas, que entran en escena por la derecha.)* Son ustedes de una puntualidad británica...

LUI. Hola, tío... *(Saludos.)*

JUL. *(Por Blas.)* ¿Quién...?

VÍCT. ¿No conocen ustedes a Blas Padilla?

JUL. ¡Ya lo creo!... ¿Qué tal?... *(Saludan a Blas.)*

VÍCT. *(A Luisa.)* Pero ¿y tus padres?

JUL. Se han quedado interrogando al botones... Aquí están ya. Papá, mira a quién te encuentras aquí.

JUAN. *(Entrando con Inés. Son dos tipos nada grotescos, pero dos tipos. Juan usa gafas y no tiene aspecto de sano.)* ¡Carámbano! ¡El amigo Padilla!...

INÉS. ¡Oh! ¡El viajero distraído y desmemoriado! *(Saludos.)* ¿Desde cuándo por estas tierras?

BLAS. He llegado anteayer. ¿Anteayer fué jueves?

INÉS. Viernes.

BLAS. Pues entonces, sí, eso: llegué el martes. Veo que por ustedes no pasan los días.

INÉS. Muy galante, Blas; pero pasan. ¡Ya lo creo que pasan!

JUAN. *(A Víctor.)* Tu mujer llegará tarde, como de costumbre, ¿no?

VÍCT. Siempre que la cito en alguna parte llega una hora después.

INÉS. Yo creo que es por tardar un poco más en reunirse contigo.

VÍCT. ¿Tan harta de mí la supones?

INÉS. Y con razón para la hartura, que es peor.

JUL. Bueno; sabemos que la... interfecta está en misa, y podemos hablar con entera libertad.

JUAN. ¿Padilla está enterado...?

VÍCT. Está al cabo de la calle.

INÉS. *(A Blas.)* ¿Y qué le parece a usted, amigo mío? ¡Un hijo de mi hermano, que esté en gloria!... ¡Un Inciarte! ¡En su propia casa!... ¡Donde nos recibe a todos!...

JUL. Un hombre como él, que jamás había dado que hablar...

LUI. Insisto en que la culpa no es sólo de Pablo, sino de su ayudante, que es un ordinario y un grosero.

JUAN. ¡Mujer! ¿Qué tiene que ver Tomás...?

LUI. Tú le defiendes porque le consultas y le hablas de tus aprensiones, y él te da cordelillo; pero Tomás es un ordinario, sin educación ni principios de ninguna clase, que demuestra a cada paso que es hijo de un zapatero remendón. Hasta cuando toma el pulso se le ve el cerote. No sé cómo Pablo puede convivir con él.

JUAN. ¡Bah! ¡Bah!

INÉS. Luisa tiene razón, Juan. Tomás no aconseja bien a Pablo, porque como no tiene delicadeza no puede aconsejarle delicadamente. Y como esa gente ordinaria es de suyo abarraganadiza...

VÍCT. *(Que está cerca de la puerta de la derecha.)* Callaos, que está ahí.

INÉS. ¿Quién?

VÍCT. El ayudante.

JUL. ¡Jesús! Tengo la maldita suerte de encontrármelo hasta en las sopas.

JUL. Calla, mujer...

TOM. *(Entrando en escena por la derecha.)* Buenas a la reunión.

JUAN. ¡Hola!

JUL. *(Con cierta risita agresiva.)* ¡Un saludo versallesco!

TOM. ¿Ya empezamos?... *(Tomás es un muchacho simpatiquísimo, despejadísimo, graciosísimo, madrileñísimo y chulanganísimo. Lo de la chulería lo tiene a gala, sobre todo cuando hay señorones delante. Viste con elegancia, pero con un no sé qué de flamenco. Sobre la frente le cae una onda completamente organilleril. Advirtiendo la presencia de Blas.)* ¡Mi abuela! ¡El señor Padilla! *(Cada vez que dice alguna chulería o alguna ordinariez, Luisa se revuelve nerviosa y la pega con el pañuelo, con el abanico, con el bolso o con lo que tenga a mano.)* ¿Qué tal, amigazo?

BLAS. *(Estrechándole la mano.)* Bien, ¿y usted?

TOM. Yo, súper.

BLAS. Que sea enhorabuena; ya sé que es usted doctor.

TOM. Sí, señor, ya hemos tomao la alternativa. Ahora no faltan mas que toritos, toritos; que habiendo toritos habrá billetes.

LUI. *(Como antes.)* ¡Qué bonito símil!

TOM. ¡A ver qué vida, niña!

LUI. *(Asqueada.)* ¡Jesús!... ¡Qué confianzas!...

TOM. *(A Blas, por Luisa.)*. Aquí la joven no me puede tragar desde un día que quiso bailar conmigo el tango argentino y yo le dije que lo bailara con su abuelo.

BLAS. ¡Hombre!...

TOM. Desde entonces la tiene tomada conmigo y me llama la quisquilla médica...

LUI. ¿Yo?

TOM. Y como mi padre es zapatero, y a mucha honra, dice que yo soy doctor en medicina y zapatero «honoris causa».

LUI. *(Sulfurada.)* ¡Yo no he dicho eso!

TOM. Calle la tanguista...

LUI. *(Sulfuradísima.)* ¡Papá!...

INÉS. *(Idem.)* ¡Juan!

JUAN. *(Conciliador.)* ¡Vamos, vamos, que estáis siempre como el perro y el gato, caramba!

TOM. Es que me molesta el que se crea que a mí me importa que mi padre sea zapatero. Pues, sí, señor, es zapatero. Y mi abuelo fué... ¡guardia!

LUI. *(Sofocando la risa.)* ¡Huy, guardia!... ¡Qué horror!...

(Canturreando con música de Guerrero.) ¡Guardia!... Lan, larán, larán, laranlá...

TOM. *(Despreciándola.)* ¡Bueno!... *(A don Juan.)* Qué, ¿cómo va eso?

JUAN. Mejor. Tomé lo que me mandó usted y lo que me recetó Benítez, y mejor. También he tomado un específico inglés que me recomendó un amigo.

TOM. ¡Atiza!

JUAN. No es incompatible con las otras medicinas, porque es una combinación iodo orgánica insípida, lipotropa y neurotropa, y por consiguiente politropa.

TOM. ¡Mi tía!

INÉS. *(A Juan.)* Mira, hazme el favor de no hablar más de tus enfermedades, porque hemos venido aquí a otra cosa.

TOM. Lo supongo. Insisten ustedes en que Pablo no puede tener recogida en su casa a esa muchacha...

INÉS. Naturalmente.

TOM. No me lo explico.

LUI. *(Agresiva.)* ¡Claro!

INÉS. Usted, Tomás, no quiere comprender ciertas cosas, o no es capaz de comprenderlas...

TOM. Es posible, señora. Como, afortunadamente para mí, he nacido en otro ambiente... Pero, vamos, no creo que se hunda el firmamento porque Pablo tenga en su casa a esa señorita, a la que yo ni veo ni entiendo, ni me importa. El la trajo aquí porque le dió la gana, y como yo tengo la costumbre de no meterme donde no me llaman y de respetar cuanto él hace, pues, como nada me explicó, yo... punto en boca, y sé de ella lo que saben ustedes, y no quiero saber más. ¿Para qué? ¿Que se trata de una buena obra de las suyas? Pues allá él con Dios. ¿Que es su novia? Pues allá él con ella. ¿Que es su amante? Allá los dos con sus conciencias. Pero, sea lo que sea, no creo que nadie tenga derecho a meterse...

INÉS. *(Interrumpiéndole sulfurada.)* ¿Quién le ha dicho a usted eso?

JUL. *(Idem.)* ¡Qué gracioso!

VÍCT. ¡Vaya un criterio!

LUI. ¿No les dije yo a ustedes...?

TOM. Calma, calma y aguarden ustedes un poco, porque ella y él están en la calle y no quiero que nos sorprendan en plena bronca. *(Hace sonar un timbre.)*

VÍCT. ¡Tanto como bronca...!

TOM. Por mi parte lo que ustedes quieran.

DOM. *(Por la segunda puerta de la izquierda, con el frasco de la goma en la mano.)* ¿Llamaban?...

TOM. Escucha, Alcachofa, anda, por favor, al recibimiento, y

cuando venga el señor o la señorita Rosario nos avisas.

DOM. Sí, señor. *(Deja el franco de la goma sobre cualquier mueble.)*

TOM. Has pegao otra estampita, ¿eh?

DOM. *(Azorado.)* No, señor, es que tenía un sobre que...

TOM. ¡Lo feliz que eres tú con un real de goma, gachó! Anda, anda...

DOM. Sí, señor. *(Se va por la derecha.)*

TOM. Bueno, pues discutamos.

VÍCT. No, si no hay discusión posible, querido Tomasito. Aquí no hay más que dos puntos de vista. ¿Esa muchacha no tiene nada que ver con Pablo? Pues debe marcharse de esta casa, porque, como todo el mundo murmura, Pablo, sin querer, la está deshonrando...

INÉS. Exacto.

JUAN. Evidente.

VÍCT. ¿Que es su amante? Pues debe marcharse igualmente, porque nadie debe tener a la amante en su casa.

JUL. *(Rápida y enérgica.)* ¡Ni en ninguna parte!

LUI. ¡Claro!

JUAN. ¡No faltaría más!...

INÉS. *(A Víctor.)* Tú, como eres... como eres...

VÍCT. *(Digno.)* ¡Inés!

INÉS. No me hagas hablar.

VÍCT. *(Desafiándola.)* ¡Habla, habla!...

INÉS. *(Amenazadora.)* ¡Víctor!...

JUAN. ¡Vamos, Inés!...

INÉS. *(A Juan.)* ¡Déjame!

JUL. Sí, mamá, díle lo que se merece.

VÍCT. ¡Julita!...

JUAN. ¡Niña!...

TOM. ¡Duro!...

BLAS. ¡Pero señores!...

LUI. ¡Por Dios!

DOM. *(Asomándose por la puerta de la derecha.)* ¡La señorita!... *(Todos disimulan y componen la figura. Blas y Víctor se calan sus respectivos quevedos. Doña Inés se clava los impertinentes.)*

BLAS. Vamos a ver, hombre, vamos a ver.

ROS. *(Por la derecha, doblando el manto que traía puesto.)* Buenos días...

VÍCT. / JUAN. Buenos días...

TOM. Muy buenos... *(Rosario viste de luto con elegante sencillez. Es una muchacha verdaderamente interesante y y sugestiva. Al notar que es objeto de una curiosidad tan*

agresiva, baja los ojos un poco azorada y hace mutis por la segunda puerta de la izquierda.)

DOM. *(Haciendo mutis por la derecha.)* (¡Coco, dátil y un cachito de nuez!; de Madrid tiene que ser.) *(Vase.)*

BLAS. ¡Es monísima!

JUAN. ¡Monísima!

VÍCT. ¡Un sol!

JUL. Cualquiera diría que no es capaz de romper un plato, y... sabe Dios.

INÉS. Si sale a su madre...

VÍCT. ¿Eh? ¿Pero has averiguado...?

INÉS. ¡Ya lo creo! ¡Menuda detective soy yo! La madre fué Concha Carmona, aquella que dió tanto que hablar..., y el padre fué un capitán que se suicidó a raíz de no sé qué desfalco...

TOM. *(Cargadísimo.)* Sí, y el abuelo fué el verdugo de Barcelona. ¡Nos ha fastidiao!

INÉS. ¿Eh? ¿Pero cree usted que yo invento?...

TOM. ¡Vamos, señora, que le frían a usted un... jersey!

LUI. ¡Que ordinarísimo!

TOM. ¡Mejor pa mí!

DOM. *(Entrando en escena.)* Ahí está ya el señor. *(Se va por la derecha nuevamente una vez que Pablo entra en escena.)*

JUL. Por lo visto venía detrás de ella.

INÉS. Sí, también es casualidad...

VÍCT. Bueno, ¿quién le dice...? Porque no estando aquí su madre...

INÉS. Déjenme ustedes a mí.

PAB. *(Entrando en escena por la derecha.)* ¿Dónde está ese hombre? ¡Oh! Cuánto bueno... ¡Querido amigo Blas!...

BLAS. ¡Pablo! *(Se abrazan.)*

PAB. De tu casa vengo. Supe anoche que estabas en Madrid y fuí a buscarte. Por lo visto nos hemos cruzado.

BLAS. Sin duda.

PAB. Estás muy bien, ¿eh? Más grueso, mejor color... Este viajazo te ha sentado de perlas.

BLAS. Sí, me encuentro muy fuerte.

PAB. Bueno, ¿y a qué se debe este completo familiar?...

INÉS. Completo, no, porque falta tu madre; pero ya vendrá.

PAB. ¡Caramba! ¿Ese tono, tía Inés...? ¿Ocurre algo serio?

INÉS. Muy serio es lo que venimos a tratar contigo, Pablo.

PAB. Me alarma usted. No imagino...

TOM. Sí, hombre; lo de... la andova...

PAB. ¿Cómo?

TOM. Que esta gente se cree...

PAB. Vamos, sin rodeos: habladme claro.

INÉS. Pues sin rodeos y con claridad. Que sabemos que en esta casa vive contigo una mujer; que sabemos también lo que de ustedes se murmura en la calle...

PAB. *(Extrañado.)* ¿De nosotros?

INÉS. Sí, de ustedes, de ustedes... Y queremos que tú mismo nos expliques lo que esto significa.

PAB. Con muchísimo gusto. La explicación no puede ser más fácil. Verás. Una noche—hará un mes, poco más o menos—, al volver a casa más tarde que de costumbre, me salió al paso el portero de la casa que poseemos ahí enfrente, diciéndome: «El señor, que es tan complaciente, debía entrar a ver a la enferma de arriba...» «¿Qué enferma es ésa?», le pregunté. «Una pobre mujer que vive en el sotabanco con su hija—me contestó—. Está en las últimas, y temo que la falta de higiene en la habitación, de suyo mal ventilada, pueda ser un riesgo para la salud del resto de los vecinos...» Subí, en efecto, alarmado por la noticia, y me encontré con el cuadro más negro de miseria y de dolor que he contemplado en mi vida. La enferma acababa de morir en aquel instante; su hija se abrazaba a ella con desesperación, y una anciana, de pobrísimo aspecto, luchaba en vano por apartarla del cadáver... Por ésta, una vecina, me enteré de los pormenores del drama. Hija y madre vivían en la mayor estrechez, sosteniéndose penosamente con su trabajo de costura. La enfermedad, que en aquel momento tenía tan doloroso desenlace, había agotado por completo sus recursos y carecían de todo; no es exageración, de todo. La hija llevaba no sé cuántos días sin comer ni dormir; la enferma se había alimentado únicamente de unas tazas de caldo que aquella vecina piadosa le proporcionó, quitándoselas de la boca a ella misma y a su marido... Este fué el espectáculo que se ofreció ante mí... De un lado, el dolor de la huérfana; de otro, el peligro para la salud, porque la enferma había muerto de un tifus espantoso... Era preciso desinfectar aquella habitación infectada; era preciso separar a la joven del contagio de su madre muerta...

JUL. *(Irónica.)* ¿Y entonces ella te pidió que la trajeras a tu casa?

PAB. No, no me lo pidió ella; se lo propuse yo, y aun tuve que apelar a la violencia para conseguirlo; de tal modo se resistía a abandonar a su madre. La vecina me ayudó a traerla poco menos que a la fuerza...

INÉS. ¿No había otra solución para el conflicto que la de traerse una mujer bonita a casa de un hombre soltero?

PAB. En aquel momento no había otra. Eran las tantas de la

madrugada. ¿Podía buscársela otro alojamiento a esa hora, o iba a dejarla sola con el cadáver la noche entera? ¿No hubiera sido una crueldad?

BLAS. Sin duda ninguna.

JUAN. El deber de una hija...

PAB. Ella había cumplido ya todos sus deberes; tenía derecho al descanso de unas horas.

JUL. Sí, sí; en la vida, como en las novelas, se justifican siempre, o procuran justificarse, las cosas...

PAB. Esta no tiene otra justificación que la verdad de lo ocurido. ¿Podía yo imaginarme que un acto de piedad hacia una mujer que me era desconocida, que aun hoy mismo casi sigue siéndomelo, porque apenas nos vemos, iba a ser motivo de esta murmuración, de esta calumnia?

VÍCT. Hombre, pero tú no te imaginabas...?

PAB. En absoluto.

JUL. Vamos, vamos, Pablo; no hay que suponer a la gente tan cándida. Pase lo del aviso del portero y lo de la coincidencia de tu llegada con la muerte de la madre y lo de que hubo que violentarla para que viniese aquí; pero aun pasando por todo eso, ¿qué explicación puede tener que ahora ya, después de un mes, siga viviendo a tu lado?

LUI. ¡Claro!

PAB. La más sencilla de las explicaciones: que espera de un momento a otro la llegada de la persona de cuya mano debe salir de esta casa.

INÉS. ¿Quién es esa persona?

PAB. Su prometido; el hombre con quien va a casarse.

INÉS. ¡Ah! ¿Va a casarse?

JUL. ¿Y el novio no ha venido a verla todavía, después de la desgracia?

PAB. Está ausente.

JUL. Como en las novelas también.

LUI. Sí, los novios en estos casos están siempre ausentes, y luego una carta perdida o retrasada...

PAB. Aquí no hay ninguna carta retrasada, como tu malicia supone; hay la imposibilidad de escribirla. El prometido de esa pobre muchacha es piloto de un buque mercante, y ella misma ignora dónde se encuentra. Sabe únicamente que debe llegar muy pronto a Valencia o a Barcelona, y que apenas desembarque vendrá a verla. Así me lo contó ella misma al tranquilizarse, al volver en sí de aquella especie de embotamiento en que estuvo sumida durante algunos días, insistiendo siempre en que quería marcharse. Yo me opuse. ¿Dónde iba a ir esa desgraciada sola, sin recursos, agobiada por el golpe que acababa de sufrir?...

«No—le dije—; no saldrá usted de esta casa hasta que venga a buscarla el hombre que ha de ser su sostén en la vida.»

INÉS. ¿Y ella aceptó?

PAB. Después de mucha resistencia.

JUL. *(Siempre irónica.)* Naturalmente.

PAB. Naturalmente, sí. ¿Podía acaso figurarse que al aceptar la protección que, por mera humanidad, le ofrecía un hombre honrado comprometiese su buen nombre? Pero, puesto que es así, puesto que en el mundo no puede practicarse el bien sin tener que afrontar las murmuraciones, no quiero seguir perjudicando a esa infeliz: haré que se marche ahora mismo.

JUAN. Creo que haces bien.

PAB. A mí me parece, por el contrario, que hago mal; que es una cobardía transigir con la calumnia; pero no se trata de mí, sino de ella...

INÉS. Vámonos todos para que realice su propósito y no se arrepienta.

JUL. Sí.

LUI. Vámonos. *(Se levantan todos.)*

PAB. Pero, por Dios...

JUAN. Nada, nada; no hay que quitarte la voluntad...

VÍCT. Puedo indicarte un sitio admirable para que envíes a esa desgraciada. Una amiga mía...

TOM. Se ha mudao.

VÍCT. *(Molesto.)* ¿Qué?

TOM. Que no, hombre; que ya Pablo sabrá...

PAB. Sí, sí. Ya tengo pensado...

TOM. ¡Nos ha revacunao!...

VÍCT. *(A Luisita.)* Tienes razón: el zapaterito es de una grosería...

LUI. A mí me pone mala.

INÉS. Bueno, pues hasta luego.

JUAN. Adiós.

VÍCT. Buenas tardes.

JUL. Adiós. Felicita de mi parte a esa joven por haber encontrado tan brillante defensor.

PAB. Lo hubiera sido igualmente de cualquier otra en su caso; de ti misma.

JUL. Yo no lo necesito, por fortuna.

PAB. Pues si alguna vez te hiciera falta, pídele al cielo tropezar con un hombre de bien como yo.

JUL. Buenas tardes.

TOM. *(Despectivamente.)* Andar con Dios.

BLAS. *(Abrazando a Pablo.)* ¿Cenaremos juntos?

PAB. Sí. Hasta luego. *(Se van todos, menos Tomás.)*

TOM. (¡ Valiente publiquito !)

PAB. ¿Qué te parece?

TOM. Hombre, es tu familia, y me callo; pero lo que toca yo... ¡bueno! No he metido baza, porque si la meto... la meto hasta el bolsillo del reloj; no te digo más. Ahora que, en el fondo, llevan razón. Si tú no tienes nada que ver con esa mujer, no cabe duda que la estás comprometiendo.

PAB. Pues eso no puede ser de ninguna manera. *(Hace sonar un timbre.)*

TOM. ¿Vas a decirle que...? *(Señal de ahuecar.)*

PAB. Sí.

TOM. Claro.

ADE. *(Por la izquierda, segunda puerta.)* ¿Señor?

PAB. Adela, diga a la señorita Rosario que haga el favor de venir.

ADE. Sí, señor. *(Mutis por donde vino.)*

TOM. Bueno, en el laboratorio estoy. Haré mientras esos dos análisis que te interesan.

PAB. Hombre, sí; muchas gracias.

TOM. ¡Ah! Y el día menos pensado le voy a decir a tu prima Luisa algo muy gordo. Me anda buscando siempre y me va a encontrar. La quisquilla médica le va a hacer daño. ¡Al tiempo! *(Mutis por la izquierda, primera puerta.)*

PAB. *(Queda abismado un instante.)* ¡Sí! ¡Es necesario...!

ROS. *(Por la izquierda, segundo término.)* ¿Me llamaba usted?

PAB. Sí, amiga mía; la llamaba para hablarle de un asunto poco grato, por cierto; pero del que no puedo evitar tener que enterarla...

ROS. Me alarma usted.

PAB. Con motivo... Aunque tampoco se figure que se trata de un mal irremediable...

ROS. Por Dios, hable pronto.

PAB. Así lo haré, y sin rodeos. Es preciso que salga usted al momento de esta casa.

ROS. *(Asombrada.)* ¿Eh?...

PAB. Voy a darle una carta para cierta señora anciana y respetable, en cuya morada encontrará benévola acogida.

ROS. Pero...

PAB. Ya comprenderá que esto no significa que su presencia me sea enojosa, ni menos que esté arrepentido de mi deseo de proporcionarle aquí un refugio para su legítimo dolor hasta la llegada de su prometido. Es el interés hacia usted el que me guía.

ROS. Le aseguro que no comprendo...

PAB. Sería difícil que comprendiera la maldad de que es vícti-

ma. Sépalo de una vez: se murmura de su permanencia a mi lado.

ROS. ¡Por Dios!...

PAB. Al hecho, que no puede ser más natural y explicable, de haber aceptado la hospitalidad que la ofrecí aquella noche terrible, se le ha dado una interpretación perversa. La difamación clava su garra en nosotros.

ROS. ¿Es posible? Pero si usted y yo...

PAB. *(Riendo.)* ¿Va usted a tratar de probarme a mí nuestra inocencia? En realidad, nosotros, aun viviendo juntos, puede decirse que somos dos desconocidos...

ROS. Ciertamente. Usted no es para mí mas que mi protector inesperado.

PAB. Ni usted para mí más que una mujer desdichada, con quien tropecé por azar...

ROS. ¿Quién ha inventado semejante impostura?

PAB. Las imposturas no suelen tener autor conocido. Todos las propalan, sin que nadie acepte la paternidad.

ROS. ¿De modo que no podemos saber ni quién nos acusa?

PAB. Eso, sí. Todo el mundo, porque la calumnia ha tomado ya mucho vuelo, según parece. No hay quien no la tenga por verdad comprobada, ni en esta casa ni fuera de ella.

ROS. Sí, sí... Tiene usted razón. Ahora caigo...

PAB. ¿En qué?

ROS. En que he debido comprenderlo antes. Eso significan, sin duda, las medias palabras, las sonrisas, los cuchicheos que observo siempre a mi alrededor. *(Llorando.)* No bastaba al drama de mi vida, con haber conocido todas las negruras de la miseria, después de haber sido rica y feliz; no bastaba con que perdiera a mi madre y me quedara sola; era preciso además que me viese calumniada, escarnecida...

PAB. Vamos, tranquilícese y pensemos solamente en remediar el daño causado. Es preciso que salga usted de aquí al instante. Recoja su ajuar mientras yo escribo aquí mismo la carta que le he dicho.

ROS. Sí, señor. *(Se dispone a hacer mutis por la segunda puerta de la izquierda.)*

DOM. *(Por la derecha.)* ¿Señorita?

ROS. ¿Eh?

DOM. Un hombre que pregunta por usted.

ROS. ¿Por mí?

DOM. Dice que basta con que le diga que es Antonio.

ROS. ¡Él!... ¡Dios mío!... ¡Por fin!

PAB. ¿Es su prometido?

ROS. Sí.

PAB. Serénese y recíbale con alegría. Con él llegarán para usted seguramente la ventura y la felicidad. *(A Domingo.)* Que pase ese hombre. *(Vase Domingo por la derecha.)* Hasta luego. *(Mutis por la izquierda, primera puerta.)*

ROS. No sé... Tengo miedo... ¡Tengo miedo! *(Al ver a Antonio, un hombre joven, fuerte y bien vestido, que entra receloso por la derecha y se detiene bajo el dintel de la puerta.)* ¡Antonio!... ¡Gracias a Dios! *(Al ver que Antonio fríamente la detiene con un ademán.)* ¿Eh?... ¿Qué tienes?... ¿Qué te pasa? ¿Por qué no te acercas a mí?...

ANT. *(Examinando la habitación.)* Mujer, no sé si darte el pésame o felicitarte.

ROS. ¿Felicitarme?... ¿Estás loco?

ANT. Desgraciadamente estoy muy cuerdo. Por eso hablo así.

ROS. ¿Qué enigma es este?

ANT. ¿Llamas enigma a tu presencia en esta casa?

ROS. *(Comprendiendo. Aterrada.)* ¿Eh?... ¿Qué?... ¿Tú también te figuras...?

ANT. Yo no me figuro nada. Veo... lo que veo, que ya es bastante.

ROS. ¡No!... ¡Habla en seguida! ¡Díme lo que estás pensando!

ANT. ¡Calma!... ¡Calma! No quiero precipitarme, ya que he conseguido el triunfo de verte.

ROS. ¿El triunfo de verme? ¿Acaso me has buscado antes de ahora?

ANT. Sí. Te busqué anoche al llegar. No hice mas que dejar la maleta en la casa de huéspedes y venirme aquí, con doble impaciencia, porque allí, en el pueblo, me habían contado la muerte de tu madre. *(Irónico.)* Pero anoche no me dejaron que te viera.

ROS. ¿Eh?

ANT. *(A un tiempo con ira y desprecio.)* El portero de ahí enfrente me dijo que vivías aquí, y no en un sotabanco, como antes, sino en el principal, con el dueño de la finca...

ROS. *(Horrorizada.)* ¡¡Antonio!!

ANT. Crucé la calle, y cuando dije abajo que quería verte me contestaron con cierta sorna que era ya tarde, que el señor estaba ya recogido y no era cosa de que tú recibieras visitas... *(Sonríe y crispa los puños.)* Ya supondrás lo que pasó por mí; pero, aunque pensaba cosas muy negras, quise creer que no había en esto nada malo, que tú me explicarías lo ocurrido, y me marché con el propósito de volver hoy temprano. Al retirarme vi aún abierto el bar de la esquina y se me ocurrió entrar en él a tomar un bocado, porque apenas había comido durante el viaje. Yo lo frecuentaba mucho en mis temporadas de Madrid

por estar próximo a tu casa, y todos sus asiduos parroquianos eran, por consiguiente, antiguos conocidos. Entonces ellos mismos me explicaron lo que sucedía. Entonces me dijeron que tú, el mismo día que murió tu madre, te viniste a vivir con... este hombre, y que aquí sigues, siendo a la vista de todos su... *(Se tapa la boca con rabia.)*

OS. *(Con energía.)* No te detengas; dílo sin rodeos... El latigazo ya lo he sentido en la cara y en el corazón. Siendo... su amante, ¿no es eso?

NT. Eso es.

OS. *(Serena.)* Está bien. Ya sé lo que dicen los demás. Ahora quiero saber lo que dices tú, que es lo que me importa.

NT. ¿Te parece que tu conducta no debe infundir sospechas?

OS. No me preguntes y respóndeme: ¿Tú crees también que ya soy la... amante de ese hombre?

NT. Sí.

OS. En ese caso, vete; vete ahora mismo.

NT. ¿Me echas?

OS. El insulto que vienes a hacerme ha roto entre nosotros todo lazo.

NT. No tan de prisa. Yo no soy el trasto viejo que se tira a un rincón ni el criado a quien se despide. Son cuatro años de relaciones, Rosario; y el hombre que pone toda su alma en una mujer tiene derecho a más...

OS. *(Con sarcasmo.)* ¿Tú has puesto en mí toda tu alma? ¿Cuándo?

NT. Siempre.

OS. ¡Mentira! Si me hubieras querido alguna vez no dudarías de mí sin pruebas; no vendrías a acusarme de lo que me acusas por un runrún de la calle, por una calumnia...

NT. ¿Y el testimonio de mis ojos? ¿No te estoy viendo aquí? ¿Cómo explicas tu presencia en esta casa?

OS. La explicación no puede ser más sencilla; pero, en vista de que dudas y me ofendes injustamente, me niego a dártela.

NT. ¿Quieres hacerme creer que podrías explicarme con facilidad la razón que te obligó a vivir con un hombre a quien no conocías?...

OS. Sí.

NT. Tienes razón. También yo me lo explico. Eres demasiado señorita, te gustan demasiado las comodidades para resignarte a tu presente de pobreza y a la que te condenaría para siempre el ser mujer de un piloto con poco sueldo como yo.

OS. ¡¡Antonio!!

NT. *(Cada vez más exaltado.)* Entre el novio pobre y el

amante rico y distinguido la elección no podía ser dudos

ROS. ¿Qué infamia estás diciendo?...

ANT. ¡Que al fin sales a los tuyos!... ¡Tienes a quién salir!

ROS. ¡¡Calla!!... Si no estuviera viendo que has perdido la r zón pensaría que eres la más miserable de las criatura Vete, vete, que me da vergüenza de haberte querido...

ANT. Tú no me has querido nunca; no has hecho mas que tra cionarme, que pisotear mi cariño, que hacerme el ludibr de la gente...

ROS. Gózate insultando a una mujer indefensa... ¡Canalla!

ANT. Pues llama a quien tiene el deber de defenderte... Llam a ese hombre... ¡Llámale!

PAB. *(Entrando en escena, seguido de Tomás.)* No hace falt que me llame; estoy aquí.

ANT. *(Provocativo.)* Lo celebro, porque necesito saber...

PAB. *(Atajándole.)* Sabrá usted cuanto desee; pero no ahora, e mi casa, y en presencia de esta señorita, sino en otro lug cualquiera, que dejo a su arbitrio el escoger...

ANT. No comprendo por qué hemos de aplazar...

PAB. Porque aquí no nos entenderíamos. Su lenguaje no es que estoy acostumbrado a oír entre estas paredes.

ANT. ¿Sabe usted acaso cómo hablo yo?

PAB. Sus gritos destemplados me lo han hecho saber contra n voluntad.

ANT. ¡Ah! ¿Nos ha oído...?

PAB. Sí; por eso vengo a decirle: usted podrá tener sobre s prometida cuantos derechos quiera invocar; eso no es de m incumbencia y se los reconozco todos, todos... menos uno el de insultarla aquí. Mi casa es la casa de un hombr de honor, donde se respeta a las mujeres, y este respet es condición que se exige para entrar en ella. Usted, a olvidarlo, no ha faltado a una mujer: me ha faltad a mí, y, por consiguiente, yo le arrojo de mi casa.

ANT. Poco a poco. Esas altiveces concuerdan mal con la situa ción en que uno y otro nos encontramos. Aquí no hay ma que un ofendido, y ése soy yo. Vuelvo a decirle que no m iré sin que me explique...

PAB. Y yo vuelvo a decirle que mientras esté aquí no le dar explicación alguna. Tomás: hazme el favor de acompaña a este hombre hasta la puerta.

ANT. Pero...

PAB. Salga usted..., y no me obligue a emplear medios vio lentos.

ANT. *(Con ironía.)* ¿Tanta prisa tiene porque le deje solo co su... amante?

ROS. ¡¡Antonio!!... ¿Todavía...?

PAB. *(A Rosario.)* No haga caso. Las ofensas de un miserabl

o de un demente no pueden alcanzarnos ni a usted ni a mí.

TOM. (*A Antonio.*) ¡Vamos!

PAB. Cedo a la violencia y me voy; pero nos veremos, ¿eh? ¡Nos veremos!

PAB. No siendo aquí, donde usted quiera.

ANT. ¡¡Maldita sea...!!

TOM. ¡Vamos! (*Se van los dos por la derecha.*)

ROS. ¡Gracias!... ¡Muchas gracias!...

PAB. Nada tiene que agradecerme. He cumplido con mi deber y nada más.

ROS. ¡Está ciego, Dios mío! ¡Ciego!

PAB. No hay que perder la esperanza de que aun abra los ojos y reconozca su injusticia. En el fondo, la causa de su ceguera es el cariño.

ROS. Pero si yo también le quiero a él. Créame.

PAB. ¿Va usted a tratar de convencerme de nuevo de su inocencia?

PIL. (*Una señorona muy elegante, por la derecha.*) ¡Hola!...

PAB. (*Acudiendo a ella y abrazándola cariñosamente.*) ¡Madre! Tú aquí...

ROS. Con el permiso de ustedes... (*Se dispone a marcharse.*)

PIL. (*Observándola atentamente con curiosidad.*) No, no se vaya usted; al contrario... Su presencia puede sernos muy útil. (*A Pablo, con sequedad e ironía.*) Lo digo porque supongo que esta señorita será la que me han dicho que vive aquí hace más de un mes.

PAB. La misma.

PIL. Como llevo en Madrid tan pocos días, no he podido venir por aquí y no he tenido hasta ahora el... gusto de conocerla.

ROS. (*Extrañada.*) Gracias...

PIL. Y lo lamento, porque de haber podido venir antes tal vez te hubiera evitado algunas cosas desagradables como la escena que acabas de tener...

PAB. ¿Quién te ha contado...?

PIL. He oído ciertas palabras que iba diciendo a Tomás ese hombre que salía de aquí, y de ellas deduzco lo que ha pasado... (*Rosario baja la cabeza, avergonzada.*)

PAB. Sí, madre: murmuran de nosotros. Hasta hace poco no lo he sabido. ¿Cómo iba a sospechar que un impulso de compasión, de caridad, sentido por mí ante una desgracia de la que el azar me hizo testigo pudiera ser origen de una calumnia miserable que iba a alcanzar a los dos, a quien lo realizaba y a quien lo recibía?...

PIL. Sin embargo, Pablo, te debe sobrar la experiencia necesaria para comprender que el hecho de que un hombre sol-

tero se lleve a su casa a una mujer joven y bonita tení por fuerza que ser mal interpretado por la gente.

ROS. Pero si su hijo de usted y yo no nos conocíamos siquiera señora. Si nos vimos entonces por primera vez... Es un crueldad espantosa lanzar semejante acusación sobre un hombre tan bueno, tan generoso...

PIL. *(Secamente.)* Usted está en su papel al decir lo que dice pero... yo no hablo con usted, porque tampoco tengo títulos para hacerlo, sino con mi hijo, por quien tengo el deber de velar, aunque sea un hombre y no viva a mi lado. Tienes que reconocer, Pablo, que has dado un escándalo terrible al traerte a vivir contigo a esta joven Tú has sido siempre un muchacho serio, formal, celoso de tu buena reputación, y esta vez te has olvidado de todo

PAB. Pero tú ¿qué es lo que crees de nosotros, madre?

PIL. No me hagas hablar con más claridad.

PAB. Sí, madre; te lo suplico.

PIL. Pues te lo diré con franqueza. Yo soy ya vieja y no me asusto fácilmente. No me parece nada extraordinario que un hombre de tu edad tenga algún... Eso es cosa corriente. Lo que no es admisible es el escándalo de traerse a la casa propia a la...

ROS. ¡Señora!... ¿Qué está usted pensando?

PAB. ¿Tú también?

ROS. ¡Qué horror!... ¿De modo que ya no es Antonio solamente quien sospecha de mí, sino cuantos me rodean, esta misma señora, la madre de mi bienhechor?...

PIL. A eso han dado lugar con su ligereza: a causarse los dos un grave daño.

PAB. El mío no me importa; el que no puedo consentir es el de esta desventurada.

ROS. *(Llorando.)* ¡Jesús!... ¡Jesús!...

PAB. Es preciso contar en todas partes la verdad, referir la historia de lo ocurrido, decir que ella y yo...

PIL. Y nadie lo creerá. Cuando un rumor llega a tomar el cuerpo que éste ha tomado...

ROS. ¿Es decir, que estoy perdida irremisiblemente?...

PIL. Usted lo ha querido.

PAB. *(Enérgico.)* No, madre; eso no. El culpable soy yo, aunque lo haya sido contra mi voluntad. Pero todo tiene arreglo en la vida, y quien causa un mal debe remediarlo.

PIL. ¿Eh?

PAB *(A Rosario.)* Por mi culpa acaba usted de perder lo único que podía ser su sostén en el mundo: la estimación del hombre que amaba. Pero si ha perdido uno, a otro puede encontrar. Todos se empeñan en que usted y yo

nos queremos, y va a ser preciso complacerlos. Es la eterna leyenda del Gran Galeoto. Yo soy un hombre honrado y usted debe ser una mujer buena... ¿Quiere usted casarse conmigo? *(Asombro en todos.)*

ROS. ¿Eh?...

PIL. ¡Pablo!...

ROS. ¿Usted me propone...?

PAB. Y usted acepta, ¿verdad?

ROS. *(Rompiendo en una congoja.)* ¡Dios mío!

PIL. ¿Qué estás diciendo, hijo?

PAB. Madre: lo que todos, lo que tú misma me has obligado a hacer.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es de día.

Al levantarse el telón están en escena Rosario, Pilar, Adela, Pablo, Tomás, Blas, Víctor, Juan y Domingo. Están acabando de tomar el café. Adela y Domingo recogen el servicio.

VÍCT. La comida ha sido digna de la fecha que se conmemora.

PIL. *(A Rosario.)* Hay que ver cómo se pasa el tiempo, hija mía. ¡Dos años ya!...

ROS. ¡Dos años!

BLAS. *(En las nubes.)* ¿Pero esta comida ha sido para festejar algo?

JUAN. Sí, hombre; el segundo aniversario de la boda de Pablo y Rosarito.

BLAS. ¡Ah!... Ya decía yo que me hacía raro este banquetazo sin venir a qué...Naturalmente que hoy hace dos años... Como que hoy estamos a quince, ¿no?

TOM. A siete.

BLAS. Siete..., viernes.

TOM. Martes.

BLAS. Verdad, que ayer fué domingo... Me confundo con gran facilidad. Como me da lo mismo que sea un día que otro...

PAB. *(A Rosario.)* Está peor cada vez.

Ros. ¡El pobre!...
Víct. *(A Juan.)* ¿Y por qué no han venido Inés y Luisita?
Juan. Inés tenía una conferencia telefónica con nuestra hij Julia y su marido.
Blas. ¡Cómo! ¿Pero se ha casado Julia?...
Tom. ¡Aprieta!
Víct. ¡Por Dios, amigo Padilla, que fué usted testigo de l boda!
Blas. ¿Yo?
Juan. ¡Hombre, que se ha casado con su sobrino de usted!..
Blas. ¡Ah! Sí; Julita... Yo aludía a la otra. *(Por Tomás.)* A la de éste...
Tom. *(Saltando.)* ¿Eh? ¡Oiga usted, amigo!...
Blas. *(Rectificando.)* A la que no puede ver a éste.
Tom. ¡Aaah!...
Juan. Pues Luisita no ha venido por sus rarezas; sus... cosas
Tom. No, hombre, dígalo usted claramente. No ha venido por que estaba aquí yo. *(Risas.)*
Pil. Pero, criatura, ¿qué le ha hecho usted a esa muchach para que esté ahora contra usted de esa manera?
Tom. ¿Ahora?... ¡Anda! Dice que ahora. ¡Sí que sí!... Pero señora, si nunca me ha podido ver. Aquí su padre que lo diga. Claro que a mí ella, dicho sea sin ánimos de molestar a nadie, no me pasa de aquí. *(Por la garganta Riendo.)* Actualmente con el «ja já ja» la tengo loca *(Muy acentuado el segundo já.)* Porque ella se mete conmigo todo lo que puede y me hace todos los desprecios que puede, y yo ni palabra; pero dondequiera que me la encuentro me acercó a ella, me pongo la mano junto a la boca, ahueco la voz y le digo «ja já ja».
Juan. Pues cada ja já ja de esos le cuesta a ella un sofocón de los de tila y azahar.
Pil. ¡Por Dios!
Juan. *(A Tomás.)* Y aunque comprendo que tiene usted sobrados motivos para estar resentido con ella, porque soy el primero en declarar que es ella la que busca a usted las cosquillas, yo le agradecería muchísimo que no volviera usted a «jajajearle».
Tom. Sí, señor; pero dígale usted a ella que me deje en paz, y sobre todo que no me escriba más anónimos, que me tiene frito.
Pab. ¿Eh?
Víct. ¿Pero también...?
Juan. ¿Usted cree...?
Tom. ¡Vamos! Y que ni siquiera desfigura la letra... *(Sacando un papel del bolsillo y enseñándoselo a Juan.)* Vea usted. ¿Esta letra es de su hija?

JAN. Sí.

OM. Pues éste está fresquito: de esta mañana. Como ayer diserté en el Colegio Médico sobre los distintos métodos de adelgazar, porque entiendo que el exceso de carnes es un grave peligro para ciertas enfermedades, y los periódicos se han ocupado del asunto, aquí tiene usted lo que me dice la niña. *(Leyendo.)* «Ambrosio...»

UAN. *(Extrañado.)* ¿Eh?

OM. Esto de Ambrosio me lo pone siempre porque tengo el alto honor de pertenecer al Somatén, y desde que un día me vió en el Retiro con la carabina, me llama así el ángel mío... ¡Qué rica!... *(A Juan.)* Y usted perdone... *(Leyendo.)* «Ambrosio, tú hablas mal de la carne porque eres un güeso.» *(Grandes risas.)* No, si yo, en medio de todo, me he reído también, porque no deja de tener gracia la cosa; pero son ya muchos anónimos.

UAN. Deme ese papel, y yo le prometo...

OM. *(Guardándose el anónimo.)* No, señor; usted perdone; pero es que hago colección.

UAN. De todas maneras, yo le diré...

OM. Dígale que mientras ella siga molestando habrá ja já ja. Como que voy los domingos a la misa que ella va, nada más que por pasar por su lado y decirle como el que tose: ja já ja... ¡Pone una cara...!

IL. Pues yo sé de más de cuatro que han empezado así y han terminado en la Vicaría.

OM. *(A doña Pilar.)* ¡Ja já ja! *(Risas.)*

AB. Y a propósito de tu conferencia: estás alcanzando unos éxitos grandísimos, Tomasillo.

OM. Hombre, la suerte me acompaña y tú me empujas...

AB. ¡Bah!

LAS. ¿Y qué hay de mi recomendada, Tomasito?

OM. ¿Cuál de ellas, don Blas?

LAS. Lourdes, la del puesto de flores.

OM. ¡Ah! Ya está completamente buena. Se ha casado hace un mes con un tal Sixto Manteca, un chulángano camorrista que es tratante de ganados.

LAS. Se habrá casado por su puesto.

OM. ¿No le he dicho a usted que sí?

LAS. Digo que se habrá casado por su puesto de flores, que le produce muchísimo. *(Ríen todos menos Blas, que no comprende las frases de doble sentido.)*

OM. Claro. Como que él es un sinvergüenza, más chulo que un parche poroso. ¡Si le conoceré yo! Yo asisto a Sixto hace ya tres años y sé lo que puede dar de sí. ¡Pues anda que su familia...! Tiene una hermana, Purita, la novia de Casto Regoyos, el de las cadenas, que ha tenido ya de

él nueve hijos; el último les nació el sábado pasao. Po cierto que le decía yo a ella: «Mujer, por Dios, con nue ve hijos ya, ¿por qué no os casáis?» Y va y me contesta «Pues mire usted: porque no congeniamos.» *(Risas.)*

PIL. ¡Qué gente tan rara!

BLAS. Ella es brutísima, ¿verdad?

TOM. ¿Quién?

BLAS. Lourdes.

TOM. De lo más bruto que se encorambra.

BLAS. Cuando tenía el puesto en la calle de Atocha la llama ba todo el mundo la bruta de Lourdes. *(Risas.)*

TOM. Pues el marido está ahora en la cárcel. Se dió el otro dí de palos con uno y lo han metido en chirona. Ayer m decía ella llorando: «El pobrecito me dice que le llev a la cárcel cuatro cajetillas y el *A B C.*» Lo cual que y le dije: «Mejor que el *A B C*, llévele *La Libertad*» *(Risas.)*

VÍCT. Está bien.

JUAN. Muy ocurrente.

PAB. ¡Qué mamarracho eres!...

BLAS. *(En las nubes.)* ¿De qué se ríen?

PAB. Del chiste tan malo que ha hecho Tomás. ¿No lo has com prendido?

BLAS. No... *(Queda pensativo.)*

JUAN. Caramba, no sé si es de reírme, pero me está doliendo ur poco el estómago.

TOM. ¿Ya empezamos?

JUAN. Principalmente aquí. *(Se señala.)*

BLAS. *(Lanzando una carcajada.)* ¡Ja, ja, ja!...

TODOS. ¿Eh?

BLAS. Ahora he caído yo en eso de la libertad. *(Ríe.)*

TOM. Apañao es usted pa un estreno, don Blas.

JUAN. *(Inclinándose.)* Torciéndome así un poco se me alivia...

TOM. Es que come usted mucho; porque usted no es que se atraca, es que se repapila. Y luego, como todo eso es artrítico... *(Le guiña a los demás.)* Pida usted en cualquier farmacia un par de botellas de agua clorurado-florurado-silicatado-bicarbonatado-sódico-lítico-radioactivas, y antes de comer se bebe usted un buche.

JUAN. Eso me lo escribirá usted en un papelito, ¿no?

TOM. Sí, señor, luego. Y muévase usted; haga usted ejercicio. Viaje usted, hombre... ¡Caramba! Lo bien que le sentaría a usted un viaje por la América del Sur. *(Risas.)*

PAB. No le mandes tan lejos, Tomás. Que haga lo que hace Blas ahora, que no viaja mas que por España.

BLAS. En efecto. Dos veces he recorrido ya todas las capitales y pueblos más importantes de la península. Fondas bas-

tante malas. Camas durísimas. Comida pesadita, pesadita; pero hay más cosas bellas que en ninguna parte. ¡Oh! Ese puente de... de ahí... Y esa mezquita de... de allá, de Andalucía. Y el acueducto de... de eso... ¡Admirable! Y no hablemos de castillos, ni de catedrales, ni de eso otro de allí... de allá... ¡Oh!... No sabemos lo que tenemos.

PIL. ¿Qué es lo mejor de España, amigo Padilla?

BLAS. Lo mejor de España, señora, es Valencia.

DOM. *(Que se disponía a hacer mutis con una bandeja llena de cacharros.)* ¡Miau!... *(Asombro general.)*

PAB. ¿Eh?

VÍCT. ¿Qué?

ROS. ¡Domingo!

PAB. *(Muy serio.)* ¿Qué es eso, Domingo?

DOM. *(Dejando la bandeja sobre la mesa y quitándose los guantes.)* Pues son siete días con el de hoy, y cuatro pesetas que me debe el señor de la propina que le di esta mañana al chófer del Círculo que trajo a casa al señor.

PAB. ¿Pero qué significa...?

DOM. Que me figuro que el señor me va a poner en la calle por la falta de respeto que supone el maullido y le facilito el camino. Siento muchísimo el tener que marcharme, pero me voy satisfecho de haber maullado; yo no puedo continuar sirviendo en una casa donde se dice que lo mejor de España es Valencia. *(A Blas.)* ¡Lo mejor de España es Madrid!

TOM. ¡Ole!

BLAS. Y es Madrid. ¡Claro que es Madrid! He dicho Valencia porque me había olvidado de Madrid.

DOM. *(Poniéndose de nuevo los guantes.)* Eso es otra cosa.

BLAS. *(Sacando la cartera y dándole cinco duros.)* Toma, para que bebas a mi salud. Si todos fuéramos tan entusiastas de lo nuestro como tú, España sería lo más grande del mundo.

DOM. *(Guardándose el billete.)* Muchísimas gracias, señorito. *(Guiñando a los demás, por Blas.)* ¡De Madrid!

PAB. *(A Domingo.)* Bien; pero lo que has hecho...

DOM. *(Cargando con la bandeja.)* No se canse usted, señorito, porque ahora no me voy de la casa aunque usted me eche. *(Se va por la izquierda, segunda puerta.)*

TOM. *(Imitándole.)* ¡De Madrid!...

PIL. *(Levantándose.)* ¡Es mucho Domingo!

TOM. Este es Domingo y lunes, en una pieza.

PIL. Bueno, hijitos, que tengo que estar temprano en el Dispensario, porque esta tarde van a visitarlo los reyes...

BLAS. Vamos. *(Se levantan todos.)*

PIL. (*Despidiéndose de Rosario y de Pablo.*) Que el año próximo nos reunamos todos con igual satisfacción que hoy.

VÍCT. Lo mismo digo.

ROS. Gracias.

PAB. Muchas gracias.

JUAN. Yo también me voy. Tengo ganas de coger a Luisita por mi cuenta. Eso de los anónimos...

TOM. ¡Bah!...

JUAN. (*Despidiéndose.*) Adiós, adiós.

BLAS. Hasta luego, pollitos... (*A Tomás, en tanto que hacen mutis animadamente por la derecha doña Pilar, Rosario, Víctor, Juan y Pablo.*) He de hablar con usted muy despacio, querido Tomasito, porque noto que empiezo a perder la memoria.

TOM. ¿Usted cree...? No, hombre.

BLAS. Sí, sí. Claro que todavía es muy poco, pero la estoy perdiendo, la estoy perdiendo.

TOM. Nada, pues ya hablaremos y veremos eso despacio.

BLAS. Gracias. Hasta luego, es decir, no, hasta la vuelta. Esta noche emprendo un nuevo viaje. Empezaré por El Escorial, para ver de nuevo el Monasterio de Piedra, que se me ha borrado, y luego seguiré por La Coruña, León y Alicante, hasta volver por Huelva.

TOM. Pues feliz viaje, don Blas.

BLAS. Gracias. Hasta la vuelta. (*Mutis por la derecha.*)

TOM. ¡Pobre señor! Es un completo cacharro. Creo que hay en la central de ferrocarriles una habitación nada más que para guardar las maletas que él pierde. En fin, vamos a lo nuestro. (*Se va por la izquierda, primera puerta.*)

PAB. (*Entrando con Rosario.*) El pobrecito está peor cada vez. ¡Me da una lástima! Y siempre viajando por ahí... Cualquier día le va a ocurrir una desgracia. (*Al ver a Rosario que se ha dejado caer en una silla y permanece ensimismada.*) ¿Qué te sucede, Rosario?... Cada día que pasa te encuentro más preocupada. ¿Quieres algo?

ROS. Sí, quiero pedirte un favor: uno más sobre los muchos que te debo.

PAB. Ya sabes que si está en mi mano darte gusto...

ROS. Porque lo está vacilo al pedirte lo que deseo. Eres tan bueno para mí que casi me da remordimiento y vergüenza abusar de tu bondad.

PAB. (*Sonriente.*) ¡Caramba, qué tono tan altisonante!... Voy a tener que dar la razón a los que sostienen que te estás volviendo muy rara desde hace algún tiempo.

ROS. Puede ser... Debo estar enferma.

PAB. ¿Enferma?

ROS. Cosa pasajera... Los nervios... Esa es la región que tengo

para suplicarte que me lleves a pasar una temporada fuera de Madrid.

PAB. ¡Ah! ¿Es un viaje lo que quieres pedirme?

ROS. Creo que el cambiar de aire me sentaría bien.

PAB. Pues concedido, con una sola limitación.

ROS. ¿Cuál?

PAB. Que has de dejarme un plazo de ocho o diez días para que lo disponga. Tengo que arreglar antes muchas cosillas...

ROS. ¡Cómo ha de ser! Si es preciso...

PAB. Absolutamente preciso; pero a cambio de la espera te daré la compensación de que escojas con plena libertad el sanatorio para tus nervios. ¿Qué prefieres?

ROS. ¡Psch! Me da lo mismo. Lo que prefieras tú.

PAB. No, debes ser tú quien elija.

ROS. ¡Qué bueno eres, Pablo! No me canso de decírtelo... ¿Por qué no has sido siempre como ahora?

PAB. *(Sorprendido.)* ¿Fuí malo contigo alguna vez?

ROS. *(Reaccionando.)* Tienes razón. He dicho una necedad y he cometido una injusticia; perdóname. Tú has sido siempre la bondad misma para mí y yo te lo debo todo, ¡todo!...; pero a raíz de nuestra boda tu conducta no era lo que es hoy; entonces me dejabas sola constantemente; parecía que el estar junto a mí te era desagradable...

PAB. ¡Qué desatino!... Acaso lo que tú juzgabas desdén no era en el fondo sino simpatía y..., ¿por qué no decirlo?, delicadeza.

ROS. ¿Delicadeza?

PAB. Sí. Nosotros nos casamos sin amor; yo te ofrecí mi nombre por cumplir con el que estimaba un deber de conciencia... Por eso puse empeño en tratarte con todas las consideraciones que merecías; pero procurando evitar asiduidades, que hubieran podido parecerte que te reclamaban el pago de lo que hacía...

ROS. ¿Esa fué la razón de tu alejamiento?

PAB. ¿Podía ser otra? El tiempo se encargó de ir rompiendo poco a poco aquella especie de muralla de hielo que entre nosotros se levantaba, y al convencerme de que el azar me había proporcionado una mujercita que podía hacer la felicidad de cualquier hombre fuí acercándome a ella cada vez más y...

ROS. ¡Ay, Pablo!... Acaso yo tengo que acusarme del mismo pecado que tú; acaso yo también haya tardado mucho en darme cuenta de todo el bien que me hizo Dios poniéndote en mi camino... ¿Por qué se comprenden siempre tarde las cosas?

PAB. ¿Tarde?... ¿Qué dices, Rosario?

Ros. *(Con viveza.)* No sé..., no sé lo que digo. Estoy esta tarde... ¡Qué sé yo!... Sé únicamente que eres el mejor de los hombres.

Pab. *(Echándolo a broma.)* Bueno; no hacen falta tantas lisonjas para lograr lo que deseas. Ve preparando las maletas, porque, en efecto, esos nervios necesitan algo que los tranquilice: un poco de Francia, algo de Suiza, algo de Alemania... ¿Eh? Ya veremos, ya veremos. Ea, quédate con Dios.

Ros. ¿Te vas?

Pab. Sí; tengo un enfermo de cuidado y voy a darme una vuelta por el Sanatorio. Vuelvo pronto. Hasta luego.

Ros. Hasta luego. *(Se va Pablo por la derecha.)* ¡Dios mío!... Es demasiado dura la lucha que me veo obligada a sostener. *(Suena el tiembre del teléfono.)* ¿Eh?... *(Coge el aparato.)* ¿Quién?... *(Aterrada al escuchar.)* ¡¡Ah!!... ¡Virgen santa!... ¡Qué audacia!... *(Contestando nerviosísima.)* ¡No! ¡No! ¡¡No!! ¡Ni ahora, ni nunca!... ¡Vete! ¡Déjame!... *(Tira el auricular.)* ¡Se atreve a todo!... ¿Qué hacer, Dios mío?... No se me ocurre ningún medio... *(Al ver a Tomás que entra en escena por la primera puerta de la izquierda.)* ¡Ah! Sí... ¡Tomás!...

Tom. ¿Ha sonado el teléfono o yo lo he soñado?

Ros. Sí; era que... *(Cerciorándose de que nadie la escucha.)* ¡Tomás!...

Tom. *(Extrañadísimo.)* ¿Eh?

Ros. Es preciso que usted y yo hablemos reservadamente.

Tom. ¿Reservadamente?

Ros. Sí, y de un asunto muy desagradable.

Tom. Me alarma usted.

Ros. Con motivo, por desgracia.

Tom. Dígame pronto...

Ros. *(Vacilando.)* Mire usted, Tomás, aunque estoy segura de que me profesa usted una buena amistad, no es a mi amigo a quien me dirijo, sino al de Pablo. Yo no tendría derecho a exigir de usted un favor como el que voy a pedirle; pero, más que de mi propio interés, se trata del de mi marido, que es para usted un hermano.

Tom. Por Dios, basta de prólogo, que me devora la impaciencia, Rosario. ¿Qué ocurre?

Ros. Algo que puede proporcionar a Pablo un grave disgusto y que acaso pudiera usted evitar.

Tom. Pues si de mí depende... ¿De qué se trata?

Ros. De que busque usted a una persona a quien ya conoce y le hable y le exija que deje de hacerme víctima de su persecución

TOM. ¿Quién la persigue?
ROS. Mi antiguo... prometido.
TOM. ¿Aquel Antonio?... ¿Está en Madrid?
ROS. Sí, y me tiene en continuo sobresalto, escribiéndome a cada momento, pasando a todas horas por delante de esta casa...
TOM. ¿Cómo? ¿Lleva su atrevimiento hasta ese punto?
ROS. Hasta el punto de llamarme al teléfono. Cuando usted llegó intentaba hablarme. Pablo acababa de salir de aquí. Por milagro no lo sorprendió.
TOM. Pero ¿qué pretende ese hombre?
ROS. Tener una entrevista conmigo. Me amenaza con el escándalo si me niego.
TOM. ¿Tiene algún título para exigir...?
ROS. *(Con rapidez.)* ¿Sospecha usted acaso?...
TOM. Perdone usted, Rosario. La he ofendido sin pensar lo que decía. Usted es una mujer honrada.
ROS. Y aborrezco a ese hombre... ¡Le juro que le aborrezco!
TOM. No tiene que esforzarse en probármelo.
ROS. Pero no es de mí ni de mis odios de lo que se trata. ¿Qué importo yo? Es a Pablo a quien hay que evitar una contrariedad y acaso un peligro también.
TOM. Deje usted el negocio a mi cargo. ¿Dónde puedo encontrar a ese hombre?
ROS. Con que salga a la calle le encontrará. En el bar de la esquina está constantemente.
TOM. Cuando hable conmigo no volverá a poner los pies en él. El debe acordarse de que el día que se concertó la boda de usted, por su culpa precisamente, fuí yo quien le obligó a salir de esta casa. Ahora le obligaré a salir de Madrid, y aun de España, si es preciso.
ROS. Sí, sí; hágalo, por Dios. Le deberé la tranquilidad, la ventura de Pablo, que me interesa mil veces más que la mía.
TOM. Ha hecho usted bien en recurrir a mí. Este es asunto concluído.
ROS. Gracias, Tomás, muchísimas gracias. *(Rumor de voces dentro.)*
TOM. Alguien viene; no quiero que me detengan. Bajaré por la escalera de servicio. *(Se va por la segunda puerta de la izquierda, al mismo tiempo que entran por la derecha, muy nerviosos, muy alborotados y muy descompuestos, Luisita, Juan e Inés.)*
LUI. *(Sin mirar a Rosario y muy secamente.)* Hola... *(Se sienta en un rincón, de espaldas a todos.)*
JUAN. Ha de ser aquí. ¡Aquí!
ROS. *(Asombrada.)* ¿Eh?

INÉS. ¿Qué es lo que te propones, Juan?... ¿Es que vas a dar el espectáculo? Dios te guarde, Rosario...

ROS. ¿Pero...?

JUAN. A mí cuando me duele el estómago no me importan los espectáculos.

INÉS. Pues hijo, si te duele el estómago será porque habrás comido alguna porquería; porque a ti no te duele el estómago mas que cuando comes porquerías.

JUAN. No metas la pata, Inés, que he comido en esta casa.

INÉS. ¡Ay! Perdóname, Rosario, hija mía; pero es que Juan me pone de nerviosa que desbarro.

ROS. Bueno, ¿pero qué sucede?

JUAN. Nada; no sucede nada. ¿Tomás está?

ROS. Se marchó hace un instante.

JUAN. Lo siento con toda mi alma. Volverá, ¿no?

ROS. Seguramente.

JUAN. Pues con tu permiso vamos a esperarle...

ROS. No faltaría más.

INÉS. ¡Pero Juan!...

JUAN. No hay Juan que valga. A mí no vuelve nadie a ponerme las orejas coloradas por causa de esta... pécora.

LUI. ¡Papá!...

JUAN. ¡Pécora! Que el dolor que tengo es de eso; de eso. Come uno, se disgusta uno, el hígado segrega más bilis de la necesaria, todo se acidula, y vengan agrios, vengan gases, vengan punzadas y vengan retortijos. ¡Pues no! ¡No! ¡Se acabó! *(Llevándose la mano al estómago.)* ¡¡Oh!!

ROS. Pero, por Dios santo, ¿quieren ustedes explicarme...?

INÉS. Pues nada, hija, veníamos para acá...

JUAN. Falso...

INÉS. Te juro que veníamos para acá, cuando nos alcanzó Juan todo descompuesto diciéndonos que le dolía el estómago por causa de unos anónimos insultantes que Luisita había dirigido a Tomás, y que era necesario que aquí mismo, delante de todos, le diera a Tomás una cumplida satisfacción.

ROS. ¡Bah! No es para tanto. Con que no vuelva a meterse con él será suficiente. Porque Tomás tiene mucha correa; pero tanto va el cántaro a la fuente...

JUAN. No se puede tolerar que una... mocosa se mofe de ese modo de un muchacho como Tomás, tan digno... *(A un gesto de Luisa.)* ¡Sí, señora, tan digno!... Tan inteligente; de tanto mérito, porque ha sabido elevarse de la nada hasta un nivel superior. ¡Digo!... Ahí es nada, salir de la nada y llegar en nada a... ¡Nada, nada! No lo tolero.

INÉS. Si yo se lo digo constantemente. «Luisa, no hagas eso;

respeta a Tomás, que es un muchacho digno de consideración, aunque no sea más que por su afán de mejorar de clase...» Pero ésta se deja llevar de sus antipatías, y eso no puede ser. *(Mirando a Juan con las de Caín.)* ¡Ay, si pudiera una dejarse llevar...!

ROS. *(A Luisa, cariñosamente.)* Pero vamos a ver, ¿qué es lo que tienes tú contra Tomás? ¿Me quieres decir?

LUI. Que es un grosero, un grosero y un grosero.

ROS. Pero ¿por qué?

LUI. Por muchísimas cosas.

JUAN. Concreta, concreta...

LUI. Es un grosero porque las tres veces que he querido bailar con él, que se lo he suplicado yo misma, me ha contestado: «Vamos, quita, panoli.»

JUAN. No baila porque no sabe, y ése es un gran mérito.

LUI. Es un grosero porque le he dicho en una ocasión: «Suba usted esta noche a nuestro palco, que quiero pedirle un favor», y no ha subido. Le he visto en el teatro; le he hecho así... *(Señal con la mano de «ven aquí».)* y él me ha hecho... *(Señal con la mano de «no me da la gana».)*

INÉS. Dignidad; eso es dignidad. Como te mofabas de él constantemente...

LUI. *(Cada vez más nerviosa, hasta que rompe a llorar a moco tendido.)* Es un grosero porque sí; porque le escribo y no me contesta; porque le busco y no le encuentro; porque le ofendo y no me pide una explicación; porque le desafío y me desprecia; porque le hablo y no me hace caso... ¡Y yo quiero que me haga caso!... ¡Yo quiero que no me desprecie, Rosario!... ¡Porque yo estoy enamorada de él!...

JUAN. *(Saltando.)* ¡¡Luisa!!...

INÉS. *(Idem.)* ¡¡Luisita!!...

JUAN. ¡De un cualquiera!

INÉS. ¡De un... don nadie!...

JUAN. ¡De un hombre sin posición!...

INÉS. ¡Hijo de un zapatero y nieto de un guardia!...

JUAN. Estás loca.

LUI. ¡Pues le quiero y le quiero y le quiero!

JUAN. *(Escuchando hacia la derecha.)* Calla, que me parece que es él.

LUI. ¡Ay, él!...

JUAN. Sí, es él.

INÉS. ¡El!...

LUI. ¡El!...

TOM. *(En la puerta de la derecha, muy serio.)* Buenas tardes.

LUI. Tomás...

TOM. *(A Luisa.)* No le digo a usted... ja já ja, porque me ha suplicado su señor padre que no se lo diga.

JUAN. Dígaselo usted.
TOM. ¿Eh?
JUAN. Y añádale algo muy gordo.
TOM. Déjeme usted, don Juan, que no traigo ganas de bromas.
INÉS. *(Despidiéndose rápidamente.)* Bueno, Rosarito, adiós; que sea por muchos años...
JUAN. Sí, vámonos; es lo mejor.
INÉS. *(Tirando de Luisa, que pretende acercarse a Tomás.)* ¡No!...
TOM. ¿Eh?
INÉS. *(Por Luisa.)* Querría decirle a usted alguna tontería de las suyas, y no la consiento...
TOM. *(Secamente.)* Muchas gracias.
LUI. *(Conmovida.)* ¡Mamá!...
INÉS. *(Empujándola.)* ¡Vamos!
JUAN. *(Idem.)* ¡Vamos!...
LUI. ¡De todas maneras me he de salir con la mía!...
TOM. ¡Ja já ja!...
LUI. *(Echándose a llorar.)* ¡Ay, Dios mío!...
JUAN. ¡Hala, hala!... *(Se van por la derecha Luisa, Inés y Juan.)*
ROS. Le advierto que está enamorada de usted.
TOM. Y le repito que no vengo con ganas de broma, sino todo lo contrario.
ROS. *(Temerosa.)* ¿Eh?... ¿Ha hablado usted con... ese hombre?
TOM. Sí.
ROS. ¿Y qué le contestó?
TOM. Algo gravísimo.
ROS. ¿Se niega a cesar en su persecución?...
TOM. No sólo se niega, sino que insiste en tener con usted la entrevista que le ha pedido.
ROS. ¿Cómo? ¿Insiste?...
TOM. Sí, señora; y eso es lo grave precisamente: el motivo en que funda su insistencia. Motivo que no me atrevo a decirle, porque...
ROS. ¿Eh? ¿Que no se atreve?...
TOM. Mire usted, Rosario; desde que he hablado con ese hombre me encuentro en la situación más terrible en que me he encontrado jamás.
ROS. *(Temerosa, sin atreverse a mirarle.)* ¿Por qué?
TOM. Porque lo que me ha dicho es tan absurdo, tan monstruoso, que hasta para repetirlo me faltan a mí arranques. Y sin embargo, es preciso que usted lo sepa para que pueda desmentirlo; para que yo la oiga decir que toda esa historia que me ha contado no es mas que una calumnia.
ROS. *(Temblorosa.)* Pero... ¿qué es lo que ha dicho?...

TOM. Una cosa que parece que está quemándome los labios aun antes de haber salido de ellos... *(Costándole un gran esfuerzo decirlo.)* Que tiene derecho a exigir lo que exige porque él y usted...

ROS. ¿Eh?... *(Aterrada.)* ¿Ha cometido la infamia de decirle...?

TOM. Asegura que... lo que no quiero ni repetir ocurrió hace unos meses...

ROS. *(Como loca.)* ¡Ah!... ¡Canalla!... ¡Canalla!... ¡Miserable!...

TOM. Eso fué lo que yo le contesté, lanzándome sobre él para ahogarle con mis manos. Tuve que contenerme cuando me replicó que usted no se atrevería a negar la veracidad de la acusación; que viniera a preguntárselo... y que luego, de hombre a hombre, arreglaríamos lo que fuera. Y por eso he venido sin aplicarle el correctivo que merecía; porque necesitaba poder contestarle: «Esa señora, a quien yo creo mil veces más que a usted, jura que miente...», y escupirle entonces a la cara y matarme con él para evitar a Pablo un disgusto. ¿Usted me autoriza a que se lo diga?... ¿No es verdad?

ROS. *(Sin saber qué decir.)* ¡Tomás!...

TOM. ¿O prefiere usted venir conmigo para decírselo usted misma en mi presencia?

ROS. *(Retrocediendo.)* ¡No! ¡Imposible!...

TOM. *(Con extrañeza.)* ¿Imposible? ¿Por qué?

ROS. *(Como loca.)* ¡Qué castigo, Señor!... ¡Qué castigo tan grande y tan justo!...

TOM. *(Cada vez más extrañado.)* ¿De qué castigo habla? ¿Acaso...?

ROS. Sí. Puesto que él lo ha descubierto, ¿a qué he de negarlo? No quiero agravar la culpa con la mentira.

TOM. Entonces..., entonces... ¿lo que ese miserable me ha contado...?

ROS. Es cierto. ¡Despréciame!... Lo merezco...

TOM. ¡Rosario! ¿Qué ha hecho usted?

ROS. Cometer un crimen para el que no hay pena suficiente: ultrajar al mejor de los hombres... *(En un arranque.)* Busque usted a Pablo, y dígaselo. ¡Que me mate si quiere! Es lo que debe hacer; pero no como castigo, sino como salvación... ¡Como la única salvación que existe para mí! ¡De las torturas que sufro desde entonces sólo la muerte puede librarme!

TOM. Si comprende usted lo espantoso de su traición, ¿cómo ha podido cometerla, desgraciada?

ROS. ¡Qué sé yo!... Era mi destino, quizá.

TOM. ¿Puede haber algo que la excuse?

ROS. Tal vez. No lo digo por invocar piedad ajena, sino por re-

sultar menos despreciable a mis propios ojos... El equívoco en que hasta hace poco he vivido atenúa mi falta... De él hablaba con el mismo Pablo aun no hace una hora.

TOM. ¿Pero a qué equívoco se refiere?

ROS. Al de haber creído durante mucho tiempo que yo no le inspiraba más que desvío, casi repulsión. No me acuse usted por eso de ingrata; al contrario. Le agradecía tanto más que me rodease de atenciones y esmeros cuanto más me figuraba que lo hacía sin el menor asomo de afecto; pero Pablo, fuera de la vida meramente externa, en la cual tuvo siempre para mí toda clase de halagos, en la intimidad jamás procuró que nos conociéramos verdaderamente; jamás me dirigió una frase cariñosa, jamás hizo nada por acercarme a él; más bien parecía huir de mi lado, evitar mi compañía... Sola, siempre sola, necesitaba de algún cariño que alegrase mi soledad, y, perseguida a todas horas por un hombre a quien había querido, la caída era inevitable. Así y todo, resistí mucho tiempo a su incesante persecución, y puedo asegurarle que de la falta sólo he conocido el dolor: la ventura, la falsa ventura del pecado, no la conocí mas que un instante, porque apenas cometido me causó horror; un horror invencible, que alcanza a cuanto me lo recuerda, sobre todo al hombre que me arrastró a él, a quien desde entonces aborrezco: se lo juro. Ya sabe usted la historia de mi culpa... Una hora de mentida felicidad, y luego meses enteros de lágrimas, de zozobras, de insomnios, de temores; un padecer sin tregua que ni con la esperanza de la muerte se mitiga; porque si el alma nos sobrevive estoy segura de que la mía sobrevivirá eternamente al remordimiento.

TOM. ¡Infeliz!

ROS. ¿Me compadece usted por lo que le he contado? Pues hace mal. Todos esos dolores juntos no son nada al lado de otro nuevo que he conocido hoy mismo, hace un instante... ¡Ese sí que es horrible! ¡Ese sí que es cruel!... El de haber sabido que Pablo no me tuvo al principio en aquel abandono por desdén, sino al contrario, por delicadeza: por creer que yo no le amaba y no querer forzarme a que lo hiciese; pero dándome a entender que me hubiera querido si yo hubiese puesto algo de mi parte por conseguirlo... Es decir, que el cariño, el verdadero cariño, el noble, el santo, el que dignifica y alegra la vida, ha estado junto a mí, y yo lo he profanado, lo he vendido, he echado sobre él una mancha imborrable... ¡Estoy maldita! ¡Maldita!

TOM. *(Asustado.)* ¡Cálmese, por Dios!...

ROS. *(Exaltándose cada vez más.)* ¡No puedo!... Ni querría

aunque pudiera... ¡Lo que deseo es morir!... ¡Morir!... ¡Dios mío!... *(No puede tenerse.)*

TOM. *(Acudiendo a ella.)* ¡Rosario!...

ROS. *(Cayendo casi desvanecida.)* ¡Madre mía!...

PAB. *(Entrando por la derecha.)* ¿Eh? ¿Qué es esto?... ¿Qué ocurre?

TOM. No te alarmes; no es nada.

PAB. ¿Se ha puesto enferma?

TOM. Un vahido; ya está pasando.

PAB. ¡Rosario!... ¿Qué tienes?

ROS. ¿Eh?... ¡No!... *(Levantándose, huyendo de él, trastornada.)* ¡No!... ¿Vienes a pedirme cuentas?...

PAB. Cuentas... ¿de qué?

TOM. *(Interviniendo.)* No hagas caso. Está muy exaltada y dice palabras sin sentido...

ROS. *(A Tomás.)* Es inútil que quiera usted evitar lo que ya es inevitable. Hablaré. Mi marido debe saber por mí misma lo que soy, antes de que ese hombre se lo diga.

PAB. ¿Lo que eres?

TOM. ¡No la oigas!... ¡No la creas!...

ROS. Oyeme y créeme. ¡Soy una infame!

TOM. Te repito que no sabe lo que dice.

ROS. Lo sé muy bien, y usted lo sabe igualmente, puesto que ha recibido la declaración de mi cómplice. ¡Soy una infame, una mala mujer!...

PAB. ¿Te has vuelto loca?...

ROS. Sí, pero no ahora, sino antes; cuando falté a mi deber, cuando fuí perjura, cuando te ultrajé a ti, al mejor de los hombres...

PAB. ¿Eh? ¿Tú...?

ROS. No merezco perdón.

PAB. ¡Imposible!... ¡Imposible!... Habla. ¿Es verdad lo que dices, Rosario?

TOM. Es verdad.

PAB. *(Arrojándose sobre Rosario y tirándola sobre un sofá.)* ¡Víbora!... ¡Mala mujer!...

TOM. *(Sujetándole.)* ¡Pablo!

PAB. ¿Así me has pagado? ¿Para eso te di mi nombre y te saqué de la miseria y sacrifiqué mi vida a salvarte de la calumnia y a devolverte la honra? ¡Para que pisoteases la mía! ¡Para que arrastrases por el lodo el nombre que te di!... ¡Para que me hicieras ludibrio de la gente!... ¡Mala mujer! ¡¡Mala mujer!!...

ROS. Díme lo que quieras... Es poco cuanto me digas.

PAB. El nombre de tu amante... ¡Pronto!... Pero no..., ¡no quiero saberlo!... Quiero guardar para ti sola todo el odio que puede caber en mi alma, sin que nadie lo comparta

contigo. Tu maldad ha apagado en mí los sentimientos del hombre para no dejar sino el instinto de la fiera; de la fiera que mata..., porque eso es lo único que siento en este instante..., ¡impulso de matar!...

ROS. Pues mátame... Me harás un bien.

PAB. *(Intentando lanzarse sobre ella.)* ¡¡Miserable!!...

TOM. *(Sujetándole.)* ¿Qué vas a hacer, Pablo?...

PAB. *(Conteniéndose a su vez.)* Es verdad. Perdí la razón; debo recobrarla. *(A Rosario, ya más sereno.)* Vete. Ahora pensaré la resolución que debo tomar, y te llamaré para notificártela. *(Señalando la primera puerta de la izquierda.)* Espera ahí.

ROS. Obedeceré cuanto me ordenes.

PAB. No me hables. Tu voz y tu presencia me hacen daño, y es preciso que recobre por completo la serenidad. Vete.

ROS. Pero...

PAB. ¡Vete te digo!... *(Vase Rosario por la puerta indicada. Pausa.)* ¡Qué horror, Dios mío!... ¡Qué horror!... Porque entonces, lo que ha de nacer..., lo que yo aguardaba con tanto anhelo, puede ser de ese... hombre...

TOM. ¡¡Pablo!!

PAB. *(Llorando.)* ¡Infame!... *(Serenándose un poco.)* Habla, Tomás, cuéntame.

TOM. ¿Para qué quieres aumentar la cólera con el relato de pormenores innecesarios? Desgraciadamente ya sabes lo único que necesitas saber. Yo estoy enterado, porque ella misma me pidió que fuese a hablar con ese hombre para lograr que dejara de perseguirla; claro que sin decirme que había sido su amante, y él me lo refirió todo.

PAB. ¿Le conocías acaso?

TOM. Sí; es aquel Antonio... Pero deja eso de mi cuenta. Tú no puedes provocar a nadie por ese motivo. Entregarías a la publicidad lo que debe permanecer ignorado, y el mayor perjuicio sería para ti y para tu nombre. Hay que evitar el escándalo.

PAB. ¡Mala mujer! Parece mentira...

TOM. Dices bien. Pagar con semejante traición una conducta tan generosa, tan admirable como la tuya, es una vileza sin nombre. Cuantos castigos la impongas serán merecidos. Yo mido por la mía la indignación que debes sentir, y no encuentro pena suficientemente grande... Pero...

PAB. ¿Qué?

TOM. Que, por otra parte, Pablo, el abandono en que la dejaste... Reflexiona que... Vamos, no es que yo quiera... Compréndeme.

PAB. Mira, Tomás; la traición de Rosario me parece lo más abominable de la tierra; ya ves que si hubiera cedido al

impulso de furor que me produjo al descubrirla la hubiera matado aquí mismo. La herida que acaba de hacerme es de las que nunca se cicatrizan, y mi vida está rota para siempre; pero tienes razón: yo no debo mirar las cosas únicamente desde mi punto de vista, sino también desde el suyo. Tú sabes por qué se hizo nuestra boda: por un arranque de piedad que sentí ante su desgracia... y nada más. Le di mi nombre, pero no mi cariño. Sin embargo... Desde hace algún tiempo venía procurando demostrarle cada día mayor afecto, buscando su intimidad, tratando de reconquistar lo perdido... ¡Mira cuándo se me ocurre pensar en eso!... ¡Cuando la deshonra ha abierto un abismo entre ella y yo!

TOM. ¿Y qué piensas hacer?

PAB. Ante todo, ser justo. Ignoro si tengo o no el derecho de castigar; sé... que no quiero ejercitarlo. Rosario no merece mi perdón; no lo conseguirá nunca; pero, ya que en su culpa me alcanza a mí también alguna responsabilidad, no debo agravar su pena, sino más bien procurar su redención.

TOM. Decididamente, eres una especie de santo.

PAB. No. Tengo mis pasiones, mis malas pasiones, como todos los nacidos; lo que hay es que no dejo que se anteponga su satisfacción al cumplimiento del deber.

TOM. Entonces...

PAB. Yo no volveré a ver a esa mujer, ni la perdonaré jamás. Para eso se necesitaría ser santo verdaderamente, y yo no lo soy, aunque tú lo supongas. Pero, lejos de mí, quiero asegurarle una posición independiente, para que no pueda decir nunca que fué la pobreza la que no le permitió vivir como es debido. Cuanto poseo es suyo, y como esa criatura que ha de nacer para mi condenación y mi vergüenza será hijo mío ante el mundo y ante la ley... *(Con sorda rabia.)*, porque tiene que serlo aunque no lo sea, esa criatura debe nacer aquí, en mi casa, ¡en la suya! Yo saldré de aquí para siempre... ¡Para siempre, Tomás! Buscaremos algún pretexto, un largo viaje...

ROS. *(Entrando en escena.)* No, Pablo, no. Yo no puedo admitir tus generosidades. Saldré de aquí hoy mismo para ir a ocultar mi dolor adonde tú dispongas, al último rincón de la tierra; pero sola, pobre, sin más amparo que Dios. Tú no puedes abandonar esta casa.

PAB. Tu liviandad me arroja de ella...

ROS. ¡No, no!... ¡Insúltame, golpéame, mátame mil veces!; pero no me sometas a ese tormento...

PAB. ¿Tormento?

ROS. ¿Podría haberlo mayor que el de tener que estar compa-

rando a todas horas mi infamia con tu nobleza, mi traición con tu generosidad?... Pablo, Pablo; no te creía tan cruel... Gande fué mi culpa, pero éste es demasiado castigo... ¡Es demasiado!

PAB. *(Desde la puerta de la derecha.)* Pues sufre... y ¡redímete! ¡¡Mala mujer!! ¡¡Mala mujer!!

TELÓN

ACTO TERCERO

En Suiza, en el hall de una pintoresca casita de campo, decorada y amueblado al estilo del país. A la derecha, primer término, corredor que sirve de entrada. En último término y en ochava, una amplia chimenea con vivo hogar. Una ventana con cristaleras en el foro y dos puertas en el lateral izquierda. Es de día. Luz tenue.

Al levantarse el telón están en escena Adela y Domingo. Adela, muy arropada y sentada cerca de la lumbre. Domingo, mirando a través de la cristalera de la ventana.

ADE. Nevando, ¿eh?

DOM. Nevando, como ayer, como anteayer, como hace quince días... *(Desesperadamente, mordiendo mucho las palabras.)* ¡Maldita sea Suiza y la nieve, y la hora en que yo me metí en el tren para venir a esta... porra de casa, de este pingo de monte, de esta... birria de pueblo, de esta... porquería de país, de este... cochino mundo!

ADE. ¡Jesús, Domingo, qué letanía!

DOM. Señora, si es que estoy de negro que me pinchan una vena y sale Waterman... ¡Es ya mucha nieve pa mí!... Porque, vamos, salir de Madrid cuatro amigos en un Citroen de sesenta y trasladarse a Cercedilla a tirarse unas pelotas de nieve, está bien; pero con la nieve me acuesto y con la nieve me levanto, y adondequiera que voy me tengo que ir resbalando, eso no, caray, que ya me llega a mí la nieve aquí... *(Por la garganta.)* A la región superglútea, y está muy fría. Es ya mucha Suiza y son ya muchos suizos, Adela. Que los suizos, en el desayuno puen pasar; pero suizos a todas horas, no pué ser. Además, que esto ni siquiera es bonito. A mí que no me digan. ¡Tanto hablar de

la altura de los montes...! *(Con desprecio.)* ¡Vinagre de yema! El pico más alto de aquí está a menos altura que Collao-Mediano. ¡Esto es una porquería, hombre! ¡Maldita sea...! *(En un repente.)* Abríguese usté. *(Abre la ventana y grita hacia fuera, como insultando.)* ¡Viva Navacerrada!... *(Cierra la ventana.)*

ADE. *(Arrebujándose.)* ¡Jesús! ¡Cierre usted, por Dios!...

DOM. *(Abriendo de nuevo la ventana y escupiendo ruidosamente.)* ¡Puaf!... *(Cierra.)* ¡Maldita sea...! *(Sentándose cerca de la lumbre.)* ¡Así le den dos tiros a quien tenga la culpa!

ADE. ¿Y quién la tiene, Domingo?

DOM. ¡Qué sé yo!... ¡El demonio!

ADE. Lo que es yo, francamente, no me lo explico. Es decir, me lo explico creyendo lo que dice el señorito Tomás: que el señor está enfermo con una neurastenia de esas malignas.

DOM. Y así tiene que ser, Adela. ¿Cómo se comprende si no que un hombre tan bueno y tan cabal y tan madrileño como don Pablo abandone a una mujer tan requetebuena como la suya, que es una santa, y ni siquiera tenga la curiosidad de conocer al hijo que le nació hace más de un año? Algo muy grande tiene que pasar por él para que él, siendo como es, haga lo que hace.

ADE. Que no hay que darle vueltas, Domingo; mi padre que esté en gloria lo decía siempre. A todos los que estudian mucho se les hacen agua los sesos, y a don Pablo se le han hecho agua los sesos.

DOM. Y ha venido aquí a ver si con el frío se le vuelven a cuajar, ¿no?

ADE. No, hombre. Como estaba aquí el señorito Tomás de médico de ese sanatorio, ha preferido quedarse aquí, al lado suyo, a andar errante por esos mundos de Dios, como antes andaba, que se ha llevado cerca de dos años que no sabía nadie cuál era su paradero.

DOM. Y mientras, la señora en Madrid, hecha una mártir y sin asomarse ni al rellano de la escalera.

ADE. ¡Pobrecilla!... ¡Cómo nos suplicó que viniéramos a cuidarle cuando supo que se había instalado aquí! A mí me lo pidió con lágrimas en los ojos.

DOM. A mí con lágrimas en los ojos y con dos billetes de mil pesetas, que fueron los dos empujones que me llevaron a la estación. ¡Pobre señorita!

ADE. *(Bajando la voz, temerosa de que la oigan.)* Pues le advierto a usted que... va a venir.

DOM. ¿Quién?

ADE. La señora.

DOM. ¿Aquí, a Suiza?
ADE. Eso, al menos, espera el señorito Tomás. ¡Ay! ¡Qué verdad es que cada persona es un acertijo, como dijo... ese que lo dijo!
DOM. Unamuno.
ADE. El que fuera. Porque mire usted que ocurren cosas...
DOM. ¡Ya lo creo! ¿Quién le iba a decir a don Tomás, tan madrileño, que no veraneaba porque el día que no veía a la Cibeles le daba el «esplín», que iba a estar de médico en un sanatorio de Suiza?
ADE. Claro, como tuvo que salir por pies después del duelo...
DOM. ¡Y qué duelo, Adela!... ¡Vaya dos tíos valientes! Encaramao en un árbol lo vi yo, que no me dieron las balas de milagro. Tres tiros aguantó a pie firme el señorito Tomás, sin disparar y sin mover ni una pestaña, que hay que tener mucha sangre fría y mucha sangre madrileña para eso. Y cuando avanzó y tiró cayó el piloto hecho una pelota. ¡No se me olvidará mientras viva! Y todo por unos guantazos de na.
ADE. ¡El jaleo que armaron los periódicos!...
DOM. El señorito Tomás tiene que armar mucho ruido en este mundo, Adela. Ha nacido para eso. Tiene muchísimo debajo del pelo y además es un tío de gracia. Lo de su casamiento ha estao como para hacer una película. Y, sobre todo, lo castizo que es. Yo, cuando lo veo con los «esquís» puestos y embozao en la capa bordá, me troncho de risa.
ADE. Es muy simpático.
DOM. Eso de que llevara a su señora a Madrid pa que lo que naciera naciera en Madrid me saltó a mí las lágrimas. Y que me dijo en la estación: «Domingo, si es varón, Isidro, y si es hembra, Paloma...» Y una Paloma se ha traído para acá, más blanca que la misma nieve. ¡Madrid de mi alma!... No hay nada en el mundo como Madrid, Adela.
ADE. Yo lo digo también, porque los de Torrelodones es como si fuéramos de Madrid.
DOM. *(Mirándola con lástima.)* Hablemos de otra cosa, señora.
ADE. No podemos hablar de nada, porque ya están aquí los señores...
DOM. Es verdad. *(Se disponen a recibirles.)*
ADE. *(Sofocando la risa.)* ¡Jesús, cómo viene la señorita!... ¡Pero señorita! *(Por el corredor de la derecha entran en escena Luisa y Tomás. Luisa, que trae en brazos a Paloma, niña de seis meses, viene envuelta en la magnífica y torerísima capa de Tomás. Este se abriga, en cambio, con el amplio chal de Luisa.)*
LUI. *(Riendo y desembozándose.)* Dice el señorito que su capa abriga más que nada, y como hace tanto frío... *(Dándole*

la niña a Adela.) Tome usted, Adela. Viene dormidita. Allí en el sanatorio le he dado de mamar; de modo que a ver si hace un sueño largo y tranquilo. No la ponga boca arriba en la cuna, sino de lado, no tenga que echar algún flato... Y muy arropadita; remétala bien...

ADE. Por Dios, señorita, que he tenido muchos...

LUI. ¿Usted? Yo creía que no había tenido ninguno...

ADE. Digo que he tenido muchos niños a mi cargo.

LUI. ¡Ah!

ADE. Como tener, tener, no he tenido ninguno.

DOM. *(Despectivamente.)* ¡De Torrelodones!

ADE. Hombre, no parece sino que en Madrid todas las mujeres tienen hijos.

DOM. Todas. Y algunas antes de casarse. Esas son las que en Madrid llamamos castizas.

ADE. En Torrelodones las llamamos de otra manera. *(Se va por la izquierda, primera puerta.)*

TOM. Te han dao en la yema, Alcachofa.

DOM. Sí, señor; cada cosa en su sitio.

TOM. *(Sacando del bolsillo dos cartas y un paquete de periódicos con la faja bastante sucia y manchada.)* Espera, que tengo aquí el correo y creo que hay algo para ti. *(Leyendo uno de los sobres.)* Doña Luisa Artola de Inciarte y de Pérez... *(Dando la carta a Luisa.)* Toma: de tu madre.

LUI. ¿A ver?... *(Rasga el sobre y se pone a leer.)*

TOM. *(Por la otra carta.)* Para mí... No conozco esta letra: será de mi padre, seguramente.

DOM. ¿No conoce el señorito la letra de su padre?

TOM. Ni él tampoco. ¿No ves que no sabe escribir? Le escribe siempre algún amigo, y no voy yo a conocer la letra de todos los amigos de mi padre.

DOM. Claro.

TOM. *(Dándole el paquete de periódicos.)* Estos periódicos son para ti.

DOM. Sí, señor, me los manda un tío mío, tintorero de oficio y que hace churros por la noche en Atocha.

TOM. Pues de todo hay en la faja.

DOM. Por ella saco yo siempre los colores con que ha estao tiñendo durante la semana. Es un poquito espeso. Cuando coge él los churros con la mano hay churro que parece el arco iris.

TOM. ¿Y qué periódico es?

DOM. El *Heraldo*. Como tiene el Madrid en el título me parece a mí el más castizo. Voy, con el permiso de ustedes...

TOM. Sí, hombre, empápate.

DOM. Me meto ahí, en el cuartito de al lao de la puerta, que está muy templao; me pongo a leer y paso un rato en la gloria.

(Rompiendo la faja y desdoblando los periódicos.) Vamos a ver... *(Fijándose en uno de ellos.* ¡Casi nada! Casero, Torres del Alamo y Asenjo... ¡Mis ídolos! ¡Viva Madrid! *(Hace mutis por la puerta de la derecha.)*

TOM. *(Por la carta que acaba de abrir.)* No es de mi padre... ¡Bah! *(Se la guarda.)*

LUI. *(Que sonríe al leer la carta.)* Escucha, negro... Ven aquí y siéntate a mi verita, que te vas a reír... *(Tomás se acerca a ella.)* ¿No te sientas?

TOM. *(Vacilando.)* No, mujer. A lo mejor sale Pablo, y siendo él tan desgraciado, no quiero yo que vea lo felicísimo que soy.

LUI. *(Melosa y chulonísima.)* Vamos, quita d'ahi, exagerao.

TOM. Que me quede con un pie tieso si te engaño.

LUI. *(Como antes.)* ¡Gitano!

TOM. Más chula eres que la estación de las Pulgas.

LUI. Escucha y no seas pelmazo.

TOM. *(Intentando hacerle una caricia.)* Si es que...

LUI. Deja eso para luego, alma mía.

TOM. ¡Qué loco me tienes, morucha!

LUI. Oye, mamá sigue a matar con que le hayamos puesto Paloma a la niña. Dice que ella es tan madrileña como tú...

TOM. ¡Quisiera!...

LUI. Pero que ella no le llama Paloma a la niña, porque Paloma es nombre de perra, y ella a ese nombre le hace fu.

TOM. ¡Qué rica!...

LUI. Y como tampoco puede llamar a la niña por su segundo nombre, que es Ponciana...

TOM. Como mi madre.

LUI. Porque también a ese nombre le hace fu, pues va a llamar a la niña Fu-fú.

TOM. El que le va a hacer fu-fú a tu madre voy a ser yo. ¡Nos ha fastidiao! ¿Fu-fú a una niña que lleva los gloriosos nombres de Paloma, Ponciana, Exuperia, Isidra de la Santísima Trinidad? ¡Vamos, hombre! Yo oigo fu-fú, me siento fox-terrier y hay en tu casa bocaos y zamarrazos.

LUI. Escucha: dice que Rosario debe estar en París desde el martes y que todo el mundo sigue extrañadísimo de la conducta de Pablo. Que el que no haya ido a Madrid a raíz de la muerte de su hijo..., bueno, a raíz de la muerte del niño, ha llamado mucho la atención.

TOM. ¡Claro!

LUI. Yo creo, Tomás, que hemos hecho muy mal en ocultarle la muerte del niño.

TOM. Mira, Luisa. Cuando Pablo se instaló aquí con nosotros, creyendo yo que la manera de cerrar su herida era no hablarle jamás de lo pasado, le juré que no le hablaría

jamás de Rosario ni de nada que con ella se relacionara, y estoy decidido a cumplir lo jurado.

LUI. Pero una cosa así...

TOM. Para decirle que el niño había muerto hubiera tenido tal vez que decirle que por tozudez de la abuela le habían puesto el nombre de Pablo, y... ¡caramba!

LUI. Bueno, y si ahora Rosario se planta aquí...

TOM. ¡Qué se va a plantar, hombre! ¿Qué tiene ella que hacer aquí? ¿Qué puede buscar aquí? ¿Dinero? Le sobra. ¿Libertad? La tiene absoluta.

LUI. Sí, pero...

TOM. *(Rápidamente.)* ¡Calla!... *(Disimulan. Pausa.)* Nieva hoy de una manera inusitada. No caen copos, caen capas con esclavina y todo.

PAB. *(Por la segunda puerta de la izquierda.)* ¡Hola!...

TOM. Dios te guarde.

PAB. No sabía que habíais vuelto.

LUI. Hace dos minutos.

PAB. ¿Y la chiquita?

LUI. Dormida.

PAB. ¿Has visto cómo me conoce?

LUI. Siente predilección por ti. Claro, le haces mucho más caso que su padre...

TOM. Tiene más tiempo disponible que yo...

PAB. Eso es verdad. ¿Qué hay por el sanatorio?

TOM. Hombre, que te saliste con la tuya. Tenías muchísima razón. Lo que tú diagnosticaste era la fija.

PAB. Lo siento por el pobre enfermo.

TOM. No; yo creo que curará. Ahí le hemos hecho tres o cuatro barbaridades entre el director y yo, y curará. Nadie se muere hasta que Dios quiere. *(Rumor de voces dentro.)* ¿Eh?

LUI. ¿Qué?...

PAB. ¿Quién?...

BLAS. *(Presentándose, seguido de Domingo, en la puerta de la derecha.)* ¡Gracias a Dios, hombre!... ¡¡Gracias a Dios!!...

PAB. ¡Blas!...

TOM. ¡Don Blas!...

LUI. ¡Pero hombre!... *(Saludos y abrazos.)*

PAB. ¡Qué sorpresa tan agradable!

TOM. ¡Quién iba a esperar...!

LUI. ¡Por Dios!

BLAS. Yo soy así. Caigo de pronto, como los aerolitos.

DOM. ¡La alegría que yo me he llevao al verle... *(A Adela, que se asoma por la primera puerta de la izquierda.)* Es don Blas Padilla.

ADE. ¡Oh! ¡Señorito!...

BLAS. ¿Que tal, Juliana?...

ADE. Adela, señor.

BLAS. Digo, Adela.

ADE. Pues muy bien. ¿Y el señor?

BLAS. Mejor que nunca, Manuela. Bueno, he recorrido Suiza palmo a palmo por causa de ustedes.

LUI. ¿Y eso?...

BLAS Pues hija, que yo, que gracias a las gotas que me mandó tu marido no me olvido ya de nada, me olvidé por completo, así, por completo, del nombre de este sanatorio, del pueblo en que está y hasta del cantón a que el pueblo pertenece.

LUI. ¡Jesús!

TOM. ¡Qué raro!

BLAS. Rarísimo, hombre, rarísimo. ¡Me dió un coraje!... Tanto que dije: Ea, pues no escribo a Madrid preguntándolo. Recorreré todos los sanatorios que hay en Suiza, preguntaré en cada uno de ellos el nombre de los médicos y ya encontraré el de Tomás.

TOM. ¡Mi madre!

PAB. ¿Y has recorrido los novecientos treinta y siete sanatorios que hay en Suiza?

BLAS. No; voy por... no sé si es el trescientos veintidós o el doscientos veintitrés...

DOM. ¡Atiza!

BLAS. Ahora que, en medio de todo, estoy satisfechísimo de mi determinación, porque gracias a mi ocurrencia he visitado sanatorios que son una verdadera maravilla. El de ahí... un poco más allá... que está en lo alto es lindísimo. Y ese otro que se llama... Bueno, el que está en... Sí, hombre, uno que está bastante lejos de aquí.

TOM. Sí, ya sé...

BLAS. Ese es una maravilla.

LUI. De modo que mucho tiempo buscándonos.

BLAS. Tres meses largos. Sabía que Pablo estaba con ustedes y quería verle para darle personalmente el pésame por la muerte de su hijo... *(Conmoción en todos. Pablo se pone de pie y mira a Tomás y a Luisa, que bajan los ojos sin atreverse a mirarle.)* ¡De corazón, Pablo! ¡De corazón! *(Le abraza.)*

PAB. ¡Gracias, Blas!

DOM. (¡Muerto!...)

ADE. (¡Pobrecito mío!...) *(A una severa indicación de Luisa hacen mutis. Adela, por la primera puerta de la izquierda, y Domingo por la derecha.)*

BLAS. *(En tono de cariñosa reconvención.)* ¡Pablo!... ¿Cómo no has vuelto por allá?... ¿Cómo obligas con tu conducta a que la gente te critique del modo que lo hace? ¿Cómo das motivos a que te censure... tu propia madre? Yo te quiero mucho y sufro cuando oigo...

PAB. Déjame, Blas, déjame. Hablemos de otra cosa.

BLAS. Está bien. Tus razones tendrás para proceder como procedes.

TOM. Y qué, amigo don Blas, ¿toma usted diariamente las gotas que le mandé?

BLAS. Calle usted, hombre; si ése es otro de los motivos que me impulsaban a buscarle. Porque, verá usted; me dejé la receta en Madrid. Una distracción, no fué un olvido. Y como también por distracción me dejé el frasquito en el vagón restaurant del sudexprés...

TOM. ¡Caramba!

LUI. ¡Qué lástima!

BLAS. Y el caso es que un camarero recorrió todo el tren con el frasquito en la mano preguntando quién lo había perdido, y me lo preguntó a mí mismo; pero, yo, distraído, sin duda...

TOM. ¡Claro!...

BLAS. Total, que he tomado las gotas tres días. Ahora, que con esos tres días ha bastado, porque yo no he vuelto a notarme ni lo más mínimo. Me acuerdo de todo y estoy perfectísimamente. Seguiré tomándolas por si acaso...

TOM. Sí, sí, es lo mejor. Hay que prevenir.

LUI. Bueno, pues a ver qué arreglo hacemos para alojar a Blas; porque esta casa, como ahora verá usted, es una casita de muñecas. No tenemos cuarto de huéspedes.

PAB. En mi misma habitación, si quiere...

BLAS. ¡Quia, hombre!...

TOM. O en el sanatorio.

BLAS. De ninguna manera.

LUI. ¿Pero...?

BLAS. Pablo conoce mis gustos y mis rarezas. Me encanta la vida de hotel y, sobre todo, amanecer entre gentes que no tiene uno la obligación de saber cómo se llaman. Tengo ya dispuesta mi habitación abajo, en el pueblo, en el hotel... El mayor de los cuatro... Uno que tiene el nombre en la fachada... El guía lo sabrá, porque me ha traído un guía del hotel, que me está esperando en el coche. Por cierto que me suplicó que no tardara mucho, porque de noche es peligroso el descenso...

PAB. Muy peligroso.

BLAS. Pues me voy. Aun es de día...

TOM. Sí, todavía tiene usted media hora de luz.

BLAS. Mañana vendré temprano y pasaré el día con ustedes.
LUI. Muy bien.
TOM. Perfectamente.
LUI. Abríguese.
BLAS. *(Despidiéndose.)* Hasta mañana. *(A Luisa.)* Y a ver cuándo nos das una alegría... Conste que yo, que fuí vuestro padrino de boda, quiero apadrinar también a lo primero que nazca...
LUI. *(Asombrada.)* Pero...
PAB. *(Indicándole por señas que se calle.)* Ea, hasta mañana, Blas.
BLAS. *(Abrazándole.)* ¡Adiós, Pablillo!... Y te repito...
PAB. Gracias. *(Mutis por la derecha llamando.)* ¡Domingo!
BLAS. *(Desde la puerta, a Luisa.)* Y a ver si para almorzar me pones mañana ese pescado que a mí me gusta tanto. Ese entrelargo, que tiene una espina más gruesa que las otras... Sí, mujer, ese que tiene una cola... y que lo pescan ahí, en el mar...
TOM. ¡Ah! Sí, ya sé... Lombarda.
BLAS. Gracias. Au revoire. *(Vase.)*
LUI. ¡Qué horror!
TOM. ¡Qué cacharro!
LUI. ¡Ni acordarse que ha sido padrino de nuestra hija!
TOM. ¡Vaya un padrino que le hemos dao a la criatura!
LUI. ¡Pobre «Fu-fú»!
TOM. ¿Eh?... Oye, tú, que ni en broma.
LUI. Y lo peor es que le ha dicho... *(Tomás le guiña para que se calle.)*
PAB. *(Entra por la derecha pausadamente y se sienta. Pausa.)* ¿Por qué no me habías dicho nada, Tomás?
TOM. Por ahorrarte una pesadumbre y por atenerme a lo que te prometí. Recuerda que te juré no hablar siquiera de las cosas pasadas.
PAB. Pues en este caso, por evitarme un pequeño disgusto, has podido causarme el mayor de mi vida: ver descubierto lo que tanto procuro ocultar. Al decirme Blas que venía a darme el pésame, mi sorpresa estuvo a punto de hacerle comprender que ignoraba la desgracia, como la ignoraba efectivamente. ¿Os parece natural que un padre no sepa la muerte de su hijo..., porque mi hijo era ante el mundo?... Hemos corrido un peligro...
TOM. ¡Que pasó!
PAB. Pero que puede volver si seguís empeñándoos en considerarme como una especie de niño mimado, a quien hay que evitar toda contrariedad. Además, ¿os figuráis tal vez que porque no hable de lo pasado dejo de tenerlo presente una sola hora, un solo instante?

LUI. Pues haces mal, porque tú también nos ofreciste...

PAB. Os ofrecí lo que estaba en mi mano cumplir: no hablar... No pensar, ¿cómo había de ofrecéroslo? La voluntad no manda en los pensamientos. ¡Ojalá mandase!

TOM. Bueno, bueno, hablemos de otra cosa.

PAB. No. Y vosotros tenéis la culpa de que hablemos de esto. Hablemos de esto... un rato siquiera. Es ya mucho tiempo de mutismo y de destierro...

TOM. ¿A quién puedes quejarte sino a tu propia generosidad? Te empeñaste en tomar aquella resolución...

PAB. No había otro medio de conseguir que lo ocurrido quedase ignorado para siempre. La gente cree que sólo se trata de incompatibilidad de caracteres, y a nadie extraña demasiado, siendo público que nos casamos sin conocernos casi.

LUI. Tu madre es la primera que lo cree.

PAB. Y bien me acusa de ligereza; es decir, me acusaba. Ya ha dejado de escribirme, indignada conmigo, como los demás.

TOM. La verdad es que... ¡Caray!... Sobre hacer lo que has hecho, tener que cargar con las culpas ajenas...

PAB. Algunas son propias también. Mientras más pasa el tiempo más se arraiga mi convicción de que me alcanza una gran responsabilidad en la falta de mi mujer; por lo menos, de que hubiera podido evitarla... «Toma esa limosna de consideración y de riqueza—la dije—; pero al recibirla quedas obligada a olvidarte de que llevas un corazón en el pecho. Ya tienes nombre; lo que no tendrás nunca es amor.» Eso fué lo que yo le dije por una estúpida delicadeza... ¿Tengo derecho para quejarme ahora de que haya caído en la sima a que yo mismo la empujé?

LUI. A tanto llega tu bondad, Pablo, que, escuchándote, cualquiera pensaría que el recuerdo de esa mujer ha dejado de ser enojoso para ti; que serías capaz... hasta de quererla.

PAB. No, de eso no, porque sentiría rubor de confesármelo a mí mismo... Al fin y al cabo, me hizo el mayor de los ultrajes... Pero tampoco la odio... Lo que siento por ella es piedad, y más aun desde que sé que ha muerto aquel hijo, que si por un lado tenía que ser para ella causa de remordimiento, por otro hubiera sido siempre el refugio, el único refugio de su ternura, puesto que era el único cariño santo y legítimo al que podía consagrar su existencia. ¡Y también lo pierde!... ¿Qué le queda a esa desventurada? Debemos ser inexorables con la desgracia? No. Yo bajo la frente y doblo la rodilla ante la majestad del dolor.

TOM. Con razón tenemos prohibidas estas conversaciones, Pablo. Acabarías por volverte loco si te dejaras llevar por esa leyenda que te forjas, y que no es nueva en ti, del arre-

pentimiento de tu mujer, que será muy grande, no lo dudo; pero, vamos, de eso a ponerla poco menos que en un altar...

PAB. Pues a vosotros debo que se haya convertido en certidumbre lo que era sólo una sospecha.

LUI. ¿A nosotros?

PAB. Sí. El otro día cometí un acto censurable. Os espié. Vi que estabais leyendo misteriosamente una carta. Comprendí que tratabais de ocultármelo, porque se hablaba en ella de algo concerniente a mí, y me quedé escuchando. No sé de quién era la carta, porque sólo oí una parte: la parte que decía que mi mujer era una mártir, que no merecía que yo la abandonase, que estaba enferma y sumida en un dolor profundo y resignado, que edificaba a cuantos la veían...

TOM. La carta era de tu madre, Pablo, y si la hubieras oído toda te hubieras enterado del peligro que te amenaza.

PAB. ¿Eh? ¿Un peligro?...

TOM. Sí.

PAB. ¿Qué?... *(Callan todos, al ver a Domingo que, un poco cortado, entra en escena por la derecha.)*

DOM. Señor...

TOM. ¿Qué, Domingo?

DOM. *(Por Pablo.)* Es... al señor.

PAB. ¿Qué quieres?

DOM. *(Sin saber cómo empezar.)* La... la señora, que está ahí.

PAB. ¿Eh?...

TOM. ¿Qué?...

LUI. ¡Jesús!... *(Pausa.)*

TOM. A ese peligro me refería yo, Pablo. *(Nueva pausa.)*

DOM. Yo le he dicho que el señor está en casa. *(Jugándose el todo por el todo.)* ¡Y le he dicho que pase!... Pero ella dice que no entra sin que el señor se lo autorice expresamente. El señor me dirá. *(Pausa.)*

TOM. *(Acercándose.)* ¡Pablo!...

PAB. *(Abrazándole.)* ¡Tomás!...

TOM. Mándame. Si no quieres verla, yo la haré salir de esta casa, por doloroso que me sea.

PAB. *(Tras una pequeña pausa.)* Dejadme con ella.

TOM. *(A Domingo.)* Dí a la señora que puede pasar.

DOM. Sí, señor. *(Mutis por la derecha.)*

LUI. *(A Tomás, al hacer mutis con él por la primera puerta de la izquierda.)* Ahora es cuando me parece verdaderamente bueno. *(Se van.)*

PAB. ¡Dios mío!...

ROS. *(Apareciendo por la derecha y deteniéndose bajo el dintel. Hondamente conmovida, temblorosa, pero sin llorar.)*

¡Gracias, Pablo! ¡Dios te lo pague! *(Pablo le indica por señas que pase y se siente. Rosario avanza dos pasos y queda de pie. Pausa.)*

PAB. ¿A qué has venido, Rosario?...

ROS. *(Indicándole con el gesto que la emoción la impide hablar.)* Espera... No puedo...

PAB. Siéntate... Tranquilízate... *(Rosario se sienta. Pausa.)*

ROS. *(Más serena.)* Pablo, no voy a imponerte el martirio de mi presencia mas que un instante. Dentro de muy poco habré vuelto a irme, y para siempre; pero es preciso que me oigas, porque es preciso que me concedas la gracia que vengo a pedirte. Sé que es inaudito, casi monstruoso, que yo, yo, la mujer que ha roto tu vida, tenga aún la audacia de pedirte más, sobre tanto como le has dado, y, sin embargo, no vacilo en hacerlo, segura de obtener lo que busco. Conozco la nobleza de tu alma y sé que a su puerta no llaman nunca en balde los dolores.

PAB. ¿Qué pretendes de mí?

ROS. Yo estoy enferma, muy enferma... *(Ante un movimiento de Pablo.)* ¡No!... No creas que es un recurso para excitar tu compasión. Me siento morir, aunque los médicos aseguren que sólo se trata de una enfermedad nerviosa pasajera... No son los nervios: es el corazón el que se va cansando de padecer, el que no puede más... ¡Es imposible que pueda tardar mucho para mí la hora del descanso!...

PAB. Desecha esas ideas... Dios tendrá misericordia de ti.

ROS. No; si la muerte no me asusta. Al contrario: casi la considero una liberación; sobre todo desde que me veo a tu lado, desde que tengo la esperanza de no morir sin haber conseguido...

PAB. ¿Qué?

ROS. La gracia que vengo a pedirte: la que viene siendo desde que nos separamos el único objeto de mi vida; la única ilusión que acaricio; la única felicidad que me sonríe... ¡Tu perdón!

PAB. ¿Mi perdón?

ROS. A eso sólo he venido: a pedirte que te compadezcas de mí, que me saques del suplicio de estar temiendo a todas horas que me sorprenda la muerte sin que me hayas perdonado... ¡Sería horrible!... Es una palabra, una sola palabra la que deseo oír de ti... Pronúnciala, y te librarás de mí para siempre. Sé que no la merezco; pero no lo hagas por mí, sino por ti mismo; por no dejar incompleta la obra de los beneficios que te debo... ¡Corónala con ese, que será el mayor! Yo no puedo seguir viviendo como hasta aquí, por pocos que sean los días que Dios me tenga

reservados... El remordimiento me persigue con una crueldad implacable... Tú sólo puedes disiparlo, diciéndome: «Te perdono.» Dímelo, y me harás dichosa..., porque todavía puede haber para mí sobre la tierra una ventura inmensa, inefable: la de estar repitiéndome sin cesar desde ahora hasta el último día de mi vida: ¡Estoy perdonada! ¡Estoy perdonada!

PAB. ¿Es sólo el arrepentimiento el que te ha traído hasta aquí?

ROS. Sólo el arrepentimiento, aunque avivado por... *(Se contiene.)*

PAB. Habla. ¿Qué ibas a decir?

ROS. Que Dios te ha vengado, Pablo; te ha vengado imponiéndome la única pena que existía digna de mi culpa. Para un pecado como el que yo cometí el castigo no podía ser el remordimiento: tenía que ser el amor...

PAB. ¿Qué quieres darme a entender, Rosario?

ROS. Que las torturas que sufro y que hacen un infierno de mi vida no tenían por causa verdadera ni la vergüenza de haber faltado a mi deber, ni el dolor de haberte ofendido... Todo eso, con ser tanto, no es nada ante otra cosa mucho más cruel. Yo soy la más desventurada de las mujeres; pero no por haberte sido infiel, sino porque... ¡te quiero, Pablo!

PAB. ¿Qué dices?...

ROS. Lo que sé que ha de causarte asombro y repugnancia; por eso te lo digo precisamente: para que sepas hasta qué punto estoy castigada. ¿Concibes mayor tormento que el de querer, sabiendo que nuestra pasión no puede inspirar al sér querido sino repulsión y sonrojo?... Y eso es todo lo que yo puedo inspirarte a ti. No necesito que me lo digas: mi propia conciencia me lo dice... Tal vez uno de mis mayores martirios sea el de que cuando pienso en ti, y eres mi pensamiento constante, jamás te veo ante mis ojos colérico o airado, sino compasivo, respirando bondad, esa bondad suprema que me lleva a quererte más cada vez... ¡Pablo!... Hasta en mis noches interminables, cuando el insomnio le deja el paso a la pesadilla, porque yo no sé hace mucho tiempo lo que es un sueño reparador, nunca te me apareces de otra manera. Yo me abrazo a tus rodillas y me arrastro a tus pies, y tú no me contestas; pero no me rechazas tampoco... Me levantas del suelo y me miras, como diciéndome con la mirada: «Yo te hubiera querido si tú hubieras sido una mujer buena. ¡Mira lo que has perdido!...» Y entonces me despierta mi propia voz, pronunciando la única palabra que sé pronunciar: la que me sube constantemente del corazón a los labios;

la que calmará mis amarguras, si consigo arrancársela a los tuyos; la palabra redentora... ¡perdón!, ¡perdón!..., ¡perdón! *(Cae de rodillas ante él. Pablo la levanta.)*

PAB. *(Conmovido.)* Tranquilízate, Rosario, tranquilízate.

ROS. *(Exaltada y fatigada.)* No, déjame; aun me quedan fuerzas, y es preciso que te diga algo más: es preciso que sepas que el amor que te tengo es tan grande que hasta a no ser buena madre me ha llevado.

PAB. ¿Eh?

ROS. Ese es otro de mis martirios. Creo que por quererte a ti he dejado de querer a mi hijo; al sér de mi sér, a la carne de mi carne. Oyéme: la muerte del pobre niño —perdona que lo recuerde delante de ti—volvió a desgarrar mis entrañas con un dolor tan agudo como el que me costara el darle la vida. El niño murió en un pueblecillo de la sierra, adonde lo llevé a que recobrase una salud que nunca recobró... Yo quise que reposara donde había muerto... ¡Era tan bonito, tan alegre, el cementerio de tu aldea, al pie de la montaña, cubierta de nieve!... El estar próximo a Madrid me permitía visitar su tumba constantemente, y casi me sentía venturosa cuando por las tardes, al ponerse el sol, me arrodillaba ante ella y la cubría de flores... Me hacía la ilusión, estando allí, de no haber perdido del todo a mi hijo. Pero aquel placer era excesivo para mí... Dios no podía consentir que lo prolongara... Por eso, sin duda, me inspiró un remordimiento espantoso. ¿Debía yo recrearme con el recuerdo de mi hijo, que mientras más dulce fuera para mí más execrable tenía que ser para el esposo a quien había ultrajado concibiéndolo?... Este pensamiento se apoderó de mí obsesionándome, persiguiéndome... Y mis visitas al cementerio de la aldea fueron cada vez menos frecuentes, hasta que dejé de ir del todo, por cariño a ti; por un cariño que no nació en mi alma a tiempo de hacerme buena esposa, y que viene ahora a empujarme a ser mala madre..., porque lo soy, lo soy por quererte... El temor de ofenderte de nuevo no me deja... ni llevar flores a la tumba de mi hijo. *(Llora.)*

PAB. *(Conmovidísimo.)* ¡Rosario!... Bien expías tu culpa. Te compadezco...

ROS. ¿Pero no me concedes la gracia que vengo a buscar?

PAB. Sí. Yo no sé guardar rencor. Te perdono de todo corazón...

ROS. *(Casi desvaneciéndose.)* ¡Pablo!...

PAB. *(Sujetándola.)* ¿Eh?... ¡Rosario! *(Un poco alarmado, llamando.)* ¡Tomás!... ¡Luisa!... *(Acariciándola la frente.)* ¡Rosario!...

TOM. *(Entrando seguido de Luisa y de Adela.)* ¿Qué ocurre?

DOM. *(En la puerta de la derecha.)* ¿Qué? ¿Eh? *(Enciende la luz.)*

LUI. ¿Se ha puesto mala?

ROS. *(Reponiéndose.)* No es nada... Ya pasó... *(Arrojándose en los brazos de Luisa.)* ¡Luisa!

LUI. ¡Rosario!... *(Lloran abrazadas.)*

ROS. *(A media voz a Luisa.)* Estoy muy contenta... He logrado su perdón. *(Separándose de ella y limpiándose los ojos. A Domingo.)* Avise al automóvil...

DOM. El automóvil se marchó antes que cerrara la noche, señora. Le dije yo que se fuera porque con tanta nieve el bajar al pueblo de noche es peligrosísimo.

ROS. ¿Entonces...?

LUI. *(Indecisa.)* No sé... Esta casa es tan chica...

TOM. Puede dormir en nuestro cuarto. Yo me iré al sanatorio.

ROS. De ninguna manera. Yo no he venido mas que por un instante, y sería darles una incomodidad... Puesto que no hay habitación disponible...

DOM. ¿Pero no va a ocupar la señora la misma habitación del señor? *(Indicando a Pablo.)*

ADE. Claro.

PAB. Sí, Rosario; la mía..., que es también la tuya.

ROS. ¿Qué dices, Pablo?...

PAB. Mañana saldremos para España... Hay que llevar flores a la tumba de tu hijo...

ROS. ¡Pablo! Con esa generosidad, sólo Dios perdona.

PAB. ¡Perdona porque ama!...

TOM. *(A Domingo.)* Has estado bueno, Alcachofilla.

DOM. ¡De Madrid que soy, señorito!

TELÓN

Emilio G. del Castillo y Ceferino Palencia (hijo)

LA JOVEN TURQUIA

ZARZUELA EN DOS ACTOS DIVIDIDO EL SEGUNDO EN DOS CUADROS

MÚSICA DEL MAESTRO PABLO LUNA

Estrenada en el teatro Pavón, de Madrid, el 25 de septiembre de 1925, y en el Tívoli, de Barcelona.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CHARITO, LA EMBAJADORA	STA. R. LEONIS
HAYDEE	SRA. MARTIN
STANLEY	» POZUELO
SECRETARIO 1.°	» QUIJANO
ID. 2.°	» GUERRERO
ID. 3.°	» TEVAN
BEN GANDUL	RAMON PEÑA
HENRY MORGAN	SR. MIRANDA
CHARLES	» PONCE
EL VISIR	» GUILLOT
SELIM	» MENENDEZ
SAMUEL	» PASTOR
MUSTAFA	» MONTAÑANA
EL CADI	» LUÑA
BEN ALI	» VERA
JOVEN TURCO 1.°	» BERMUDEZ
VIEJO TURCO 1.°	» NAVARRO
UN CRIADO	» FERNANDEZ
UN ESCLAVO	» PRIETO

Odaliscas, eunucos, soldados, esclavas, jóvenes y viejos turcos, judíos

La acción en Constantinopla, después de la guerra.

ACTO PRIMERO

Decoración: Edificio, con una plaza en el barrio de Galata, en Constantinopla. Al foro un cobertizo o cristalería adosada a los bajos, de típico aspecto, en el que hay establecido el bazar de esclavas. Los muros cubiertos con tapices de vistosos colores.

Cuando el telón se levanta están en escena Selim, el viejo vendedor de esclavas, esclavos etíopes que cuidan de las esclavas, entre las que se destacan algunas nubias, circasianas, griegas, etc. Más hermosa que todas las demás, y ataviada con su traje indostánico, está Haydeé. En el café turco hay dos grupos: uno de jóvenes y otro de viejos turcos; a los primeros les indigna la bárbara costumbre de vender mujeres. Los viejos turcos, más ricos o más apegados a las viejas costumbres, que de todo habrá, miran a las esclavas con ojos de comprador experto. En el café, Mustafá, un turco que sirve en las típicas cafeteras y las conocidas pipas café y tabaco.

MUSICA

(Número del mercado de esclavas. Selim pregona su mercancía. Los Jóvenes turcos censuran la costumbre de la venta de mujeres; los Viejos turcos protestan y la defienden. Haydeé, una bella esclava india, canta en una canción las penas de su cautiverio, por el que perdió el amor de un marino, a quien amaba con locura, siendo correspondida.)

TODOS. Nunca mujer tan hermosa
ni de tan dulce mirar
tuvo Selim, el Judío,
entre las de su bazar.

JÓV. Carnes de nieve,
boca de flor
y ojos que dicen
las dulces penas de amor.

TODOS. Es la mujer más hermosa
que en los bazares
jamás se vió.

SELIM. ¡Nubias! ¡Griegas!
Circasianas hermosas sin par.
¡Turcas! ¡Indias!
Y bohemias de raza madgyar.

Cambio, vendo,
al que acuda a mi tienda
a comprar.

VIEJOS. Con oro quiero comprar
esa mirada que hace
soñar.

JÓV. A una mujer
sólo un querer
logrará
conquistar.

HAYD. ¡Pesar! ¡Dolor!

SELIM. Ya canta la esclava
sus penas de amor...

HAYD. Sin fe, llorar...

SELIM. Yo he visto en sus ojos
el llanto brotar... *(Avanzando hacia el proscenio.)*

HAYD. Mujeres que han perdido
su amor y su ilusión;
mujeres que han sufrido,
que escuchen mi canción.

I

En las orillas del Ganges
sagrado viví.
Y por un hombre, un amor
desdichado sentí.
En la pagoda fué
donde una tarde le encontré.
Y ante la imagen augusta
de Siwa, mi dios,
de amor eterno
nos dimos palabra los dos.

Al volver por el bosque,
lleno de flores,
al oído me hablaba
de sus amores.
Como un canto de cuna
su voz se oía
cuando, loco de amores,
me repetía:
«¡Oh, reina mía!»
Pero una tarde
su barco de guerra partió,
mientras mi pecho,
deshecho en sollozos, gritó:

«¡Jamás! ¡Jamás te olvidaré! *(Con gran pasión.)*
Piensa en mí
igual que pienso en ti.
¡Recuérdame!
Jamás tu amor
podré olvidar,
y mientras viva
¡te he de amar!
Jamás podré
otro amor sentir;
tu ilusión
aquí en mi corazón
ha de vivir.
Y si es que ya no vuelvo a verte más,
me moriré;
pero olvidar, ¡jamás!»

II

Sola en el mundo,
pensando en su vuelta,
quedé,
y me vendieron
y, esclava y sin alma,
lloré.
Siempre que miro al mar
sueño con irle allí a buscar;
y es mi ilusión,
aunque tantos dolores sentí,
que él allá lejos
no se haya olvidado de mí.
Muchas veces, despierta,
pienso en mi amado;
y otras veces, en sueños,
vuelve a mi lado,
y contemplo de nuevo
su gallardía,
y me quiere y le adoro;
¡oh, qué alegría!
Yo sé que un día
su barco de nuevo
vendrá,
y, al abrazarme, con loca alegría
dirá.

TODOS. ¡Amor!
Es fuego encantador;
donde va

de fuego llenará
la vida, Amor.

HAYD. Lloré
cuando pensé no verle más,
y moriré;
pero olvidar, ¡jamás!

HABLADO

HAYD. ¿Qué piensas de m ihistoria, Selim?

SELIM. Que tu voz es bella. Acabo de descubrir que vales dos mil piastras más de lo que yo creía. Canta, Haydeé, canta.

HAYD. ¿Es eso todo lo que te hacen pensar mis tristezas?

SELIM. Los tiempos son duros. Vamos, sonríe. *(Jóvenes y Viejos turcos se han acercado a contemplar a las esclavas. Selim los acoge solícito.)*

VIEJO. Viejo Selim, tu mercancía es admirable.

SELÍM. Poderoso Jusuf, me envanecen tus elogios.

JOVEN. Deberías avergonzarte por tu comercio vil.

SELÍM. ¿Qué dices?

VIEJO. *(A Selim.)* Déjale; es uno de esos jóvenes turcos que sueñan con quitarle a Turquía sus costumbres para igualarnos a los perros cristianos.

JOVEN. Queremos redimirla.

VIEJO. ¿Y por qué ese afán de suprimir los bazares de esclavas? ¿Cómo surtiréis vuestros serrallos sin comprar mujeres?

JOVEN. Con el amor.

VIEJO. *(A Selim.)* Déjalos. Envidian nuestra riqueza.

JOVEN. ¡Mientes! Vosotros sois quienes envidiáis nuestra juventud... *(Al turco del café, al que vuelve.)* ¡Eh! Sírvenos café a la europea, Mustafá.

VIEJO. ¡Eh, Mustafá! Primero a nosotros el café a la turca.

SELÍM. *(Alzando la voz, a los que pasan.)* Venid, ilustres compradores. Musulmanes, armenios, judíos. Yo vendo la felicidad, la hermosura, el placer. Todo rico puede ser dichoso. Venid luego. La subasta comienza a las seis. En cuanto suenen los cañonazos en la puerta de Achor.

HAYD. *(A Selim.)* Pero ¿nos subastas hoy, mercader?

SELIM. Hoy serás la perla de mis esclavas y el orgullo de mi bazar. Hoy todo Constantinopla ha de venir a admirar tus ojos.

HAYD. Dí más bien para verlos llorar, Selim... ¡Siwa, el dios de mi patria, te dará al fin lo que mereces. *(Entra dentro llorando.)*

JOVEN. *(Que escuchó lo anterior, a Selim.)* ¿No te ha conmovido?

SELIM. ¡Lágrimas de mujer! Son como aguacero de verano no profundizan.

JOVEN. Tienes tú para eso demasiado duro, por la avaricia, el corazón. *(Se aparta de él desdeñoso y se sienta en el café con sus amigos. Los Viejos turcos han hecho otro tanto.)*

SAM. *(Un tipo de viejo judío. Entra malhumorado porque unos mendigos le piden limosna.)* ¡Largo de aquí, ganapanes! ¡Perros! Queréis mi oro, ¿eh? Yo no le doy le cambio.

SELIM. ¡Saludo a mi mejor cliente! Al más rico de los judíos de Constantinopla. ¿Vienes a ver mi mercancía, Samuel?

SAM. ¿Tendrás, de seguro, algún manjar delicado para la subasta de hoy?

SELIM. Lo adivinaste. Una india de maravillosa hermosura. Pero te prevengo que has de aflojar los cordones de tu bolsa, porque hay muchos golosos.

SAM. Los venceré. Eso me divierte.

SELIM. ¡Qué grande eres, Samuel! Capaz te creo de comerciar con tu propia alma.

SAM. ¡Ah, si diesen algo por eso! Dicen que el diablo... ¡Buen tonto sería! Oye, Selim; ¿quién es aquel que llega rodeado de hermosas mujeres?

SELIM. ¿Aquel? Jusuf Ben Gandul, el renegado. De criado de la Legación inglesa se convirtió en barbero del Gran Visir y hoy es su secretario y quien provee sus harenes.

SAM. Comprendo ahora por qué le rodean las hermosas.

SELIM. Son profesionales del amor que en Constantinopla no hacen fortuna. Aquí compramos las mujeres.

SAM. ¿Y los cristianos no?

SELIM. Los cristianos no las compran: se arruinan por ellas.

SAM. ¿Y es turco el criado?

SELIM. No. Español.

SAM. Pues el nombre... Jusuf Ben Gandul...

SELIM. Se lo ha puesto él. Su nombre era Benito; por eso se hace llamar Ben.

SAM. ¿Y lo de Gandul?

SELIM. Dice que gandul ya lo era antes. Escuchemos lo que hablan.

GAN. *(Hablando a las que se supone están dentro.)* Se os recomendará eficazmente a mi señor. Contad con el empleo. ¡Y se van tan contentas las pobres!

SELIM. Supongo, Ben Gandul, que no llevarás al harén del

Gran Visir a ninguna de esas mujeres, que son bellezas profesionales.

GAN. Ni en broma. A los cuatro días de estar ellas allí se habría convertido el harén en un gallinero.

SELIM. Sería un escándalo para los buenos creyentes. Unas mujeres a las que todos han visto la cara.

GAN. Y que puede que la cara sea lo menos visto. Ya sabe el Gran Visir que yo de mujeres *chanelo* un rato largo. Desde que debuté en Madrid con el mujerío trastornando corazones en la calle del Bastero, hasta el día de la efeméride actual, he visto lo mío.

SELIM. ¡El Gran Visir debe surtirse sólo de mi bazar!

GAN. Hombre, claro es que tié el derecho de quedarse con las mujeres que le parezca al precio de subasta. Ya he visto, ya he visto las existencias. Me daré una vuelta luego.

SAM. Parece que el Gran Visir te distingue.

GAN. Uña y carne. Es un vivales muy simpático y congeniamos desde el primer momento. ¿Y tú qué tal, usurerete?... *(A Samuel.)*

SAM. ¿Eh?

GAN. O judío. Da lo mismo. No estarás quejoso de tu suerte. Eres de los más ricos de Stambul, Pera y Galata.

SAM. Tampoco tú has dejado de subir.

GAN. Que lo digas, distinguido levítico. No hace aún dos años que me trajo a Constantinopla mi paisana, la mujer del Embajador inglés. Como ella es de Sevilla y yo de Madrid, congeniamos la mar, y el marido, que a todo lo que ella dice contesta yes, me convirtió en su ayuda de cámara. Después yo me ingenié, le hice un día la barba al Gran Visir, le conté cuentos alegres, se rió conmigo y, total, que un servidor tiene, como quien dice, la llave de la Sublime Puerta en el bolsillo y más influencias aquí que tenía Romanones en Guadalajara.

SAM. ¿Romanones? ¿Quién es? ¿Algún judío?

GAN. Casi. Te le presentaré si vas a España. Por allí viene míster Morgan, el Embajador de Anglonia, con los Agregados.

SELIM. ¡Cómo le sirven!

GAN. Pa mí que es de Anglonia; pero está haciendo el indio. *(Entra Henry Morgan, el Embajador, rodeado de Secretarios 1.°, 2.° y 3.°, muy pollos y recompuestos, y Agregados 1.°, 2.° y 3.°, con uniformes militares, semejantes a los ingleses.)*

SEC. 1.° *(Con un parasol.)* Cuidado, señor Embajador. El sol abrasa.

SEC. 2.º ¿Quiere usted refrescar?
SEC. 3.º ¿Le molesta el calor? *(Abanicándole.)*
MORG. No. Unicamente que se me ha apagado la pipa.
TODOS. ¿Es posible? *(Cada uno de ellos enciende una cerilla o un encendedor y le rodean con las seis llamas.)*
MORG. Gracias, señores. ¿Pero a qué vienen estos fuegos artificiales?
TODOS. Señor Embajador.
GAN. ¡No hay nadie más feliz que el esposo de una mujer bonita! *(A Selim.)*
MORG. ¡Ah, demonio! *(Dándose un golpe en la frente.)*
TODOS. ¿Qué?
MORG. ¡Pícara cabeza! Todo se me olvida. Ahora me acuerdo que tenía que advertirle a mi mujer que la esperaba aquí.
SEC. 1.º Yo voy.
SEC. 2.º Y yo.
SEC. 3.º ¡En seguida! *(Todos con gran solicitud.)*
AGR. 1.º ¡Corro!
AGR. 2.º ¡Escapado!
AGR. 3.º ¡Vuelo! *(Hacen mutis.)*
MORG. ¡Stanley! Quédate. Hemos de hablar...
STAN. ¡Ah! *(Deteniéndose.)*
MORG. Estoy preocupadísimo.
STAN. Señor Embajador...
MORG. Tengo gran interés en que firme el Visir un Tratado de comercio muy beneficioso para Anglonia.
STAN. ¡Bah! Eso es un juego de niños para un gran diplomático como usted...
MORG. Sí... Eso sí... Pero estos turcos... Yo soy, efectivamente, un gran diplomático; pero el Visir tiene un genio de mil demonios, y yo también... Y temo... ¡Si yo dominase bien mis nervios...! ¡Si yo pudiese ocultar mis impresiones...!
STAN. Ensaye usted y ya verá como lo consigue.
MORG. ¿Ensayar?
STAN. Yo he leído un libro japonés que da una receta.
MORG. ¿Cuál?
STAN. El espejo. Se coloca usted frente a un espejo y se pone a reñir con alguien. Por ejemplo, con la señora Embajadora.
MORG. ¡Oh!
STAN. ¿Que su esposa le dirige un insulto? Pues usted se contempla en la luna, dominando el gesto de cólera que en ella se retrate.
MORG. ¿Y si mi esposa me pega, que es lo seguro?

STAN. Pues usted... ¡ impasible !

MORG. Es una idea genial. Esta tarde la pondremos en práctica en la Embajada. Tú me insultarás...

STAN. ¿Yo, señor Embajador?

MORG. Sí... Lo prefiero... Mi mujer es demasiado viva... Recurre en seguida al bofetón y... Basta con que tú me pongas verde... ; yo me domino..., y si logro mi objeto te guardaré sincera gratitud.

STAN. Lo haré como lo ordena, y por cariño hacia usted, señor Embajador. *(Mutis.)*

MORG. ¡ Qué cariño me tienen todos mis subordinados !

GAN. *(Que ha estado hablando con el mercader, se ha acercado en la última réplica y dice.)* ¿ No le parece que es demasiada *coba*?

MORG. No es *coba*, como tú dices ; es afecto hacia mí.

GAN. Y hacia la Embajadora.

MORG. ¿Qué quiéres decir, Benito? *(Enfadado.)*

GAN. ¡ Ben Gandul en berebere, señor Embajador !

MORG. ¡ Oh ! ¡ Basta ! Tú olvidas que fuiste criado mío... Tú me haces daño siempre.

GAN. ¿Con mis palabras?

MORG. Y con tus acciones. En cuanto yo tengo en Constantinopla una amiguita vas a verla, la convences y te la llevas al harén del Gran Visir, dejándome burlado.

GAN. ¿Yo?

MORG. Van cinco veces que haces esto... Y ya estoy harto. ¿Por qué te pones en mi camino?

GAN. Por salvarle a usted, y encima no me lo agradece.

MORG. ¿ Salvarme?

GAN. ¡ Naturalmente, señor ! Como que está usted en el alero y no se entera.

MORG. ¿Yo?

GAN. Como averigüe mi paisana la señora Embajadora los trapicheos que usted se trae y le dé por vengarse, no pasa usté por la Sublime Puerta ni aunque se la abran de par en par. *(Acción picaresca.)*

MORG. Esa suposición... *(Furioso.)*

GAN. Es el Evangelio... ¡ La *fetén!* que dicen en mi tierra...

MORG. ¡ Te prohibo que hables de ese modo a un Embajador ! ¡ Guarda las distancias que hay de mí a un criado ! *(Mutis.)*

GAN. ¡ Las distancias ! ¡ Oiga ! Que si yo me *arrimo* a usté sin temor es porque he sido torero ! ¡ Nos ha matao el tío ! ¡ Las distancias !... Ve que soy como quien dice el niño bonito del imperio otomano..., y se atreve ese tío a insultarme... ¡ Iluso !... A ver si no va a tener bien

sentada su reputación un hombre que proporciona al Visir todas las otomanas de sus harenes...

MUST. ¿Qué te pasa, Ben Gandul? ¡No hagas caso de él!

GAN. Claro que no. ¡Si yo sé que es un troncho! ¡Pero vaya si me las paga! ¡Ese me oye! ¡Me oye!... ¡Aunque tenga que hablarle por la Radio!... *(Mutis.)*

MUST. ¡Se va! ¡Qué alegría! En cuanto llega estoy temblando por mi mujer! ¡Si la viese me la robaba para el Visir!... Y que las convence. Cuatro palabras de las que él llama chulas, cuatro ¡salamacatruquis! de los que él dice, se pone el turbante sobre la oreja..., ¡y adiós tranquilidad! ¡Ah! Por allí viene su paisana la Embajadora. Como bonita, vaya si es bonita. Lástima no tener unos años menos, muchos menos para decirle...

CHARI. *(Dentro.)* Señores... ¡Olé mi tierra!

MUST. ¡Eso! ¡Eso!...

MUSICA

(Entrada de la Embajadora y los Secretarios y Agregados.)

NÚMERO Y CANCIÓN DE LA MARIANA

CHARI. Qué pesados son.
¡Oh! ¡Qué afán!
Si les ven así,
qué dirán.
No me hablen de amor;
déjenme tomar un poco
el sol.

AGRE. Es España un gran jardín
y usté una flor bellísima
del Guadalquivir...

CHARI. Míster Morgan va a llegar.

AGRE. Quién fuera él que os puede amar.

CHARI. Somos esposos;
mi marido es el mejor
que he podido yo soñar.

AGRE. Al serle fiel haríais mal.

CHARI. ¡Qué respetuosos!...

AGRE. Qué pena de mujer
para un Embajador.

CHARI. ¡Ah! ¿Sí?

AGRE. No sé qué pudo ver
en ese buen señor.

CHARI. Pues vi.

AGRE. Sois divino jardín
que han colocado
en un rincón.

CHARI. ¡No por Dios!
¡Basta ya!
O me voy por fin
a enfadar.

AGRE. El os tiene de mujer;
¡qué feliz se sentirá!

CHARI. Me conoció, se enamoró
y hoy soy dichosa.
Una esposa amante y fiel
que pendiente de él vivió
y no soñó mas que con él
y le adoró.

AGRE. ¡Oh qué feo es el mentir!
Y usted que bonitísima.

CHARI. Por favor, déjenme vivir;
cuándo acabarán
de mentir.
Nunca he de aceptar
ese amor.
Basta, por favor,
que me hacen reír.

AGRE. Es España un gran jardín
y usted una flor bellísima
del Guadalquivir.

HABLADO

SEC. 1.° ¡Encantadora!

SEC. 2.° ¡Divina!

SEC. 3.° ¡Adorable!

CHARI. Señores, señores. Un poquito de formalidad. Yo no me asusto por nada; pero el tono de la conversación va siendo demasiado agudo y tengo miedo de que alguno de estos pollos dé un gallo.

SEC. 1.° Poco a poco. La haríamos respetar como se merece.

SEC. 2.° Por algo somos oficiales.

SEC. 3.° Y amamos a nuestra patria.

SEC. 1.° Eso es; y como la Embajadora es aquí la representación de la patria..., la amamos todos.

CHARI. ¡Calma! Un poco menos de patriotismo, ¿eh? Porque si viene mi marido va a convertirse esto en un Trafalgar.

AGR. 3.° Supongo, señora, que no querrá usted referirse con eso a la armada de Anglonia.

CHARI. No, señor. No me refiero a la armada, sino a la que se va a armar si viene míster Morgan, mi marido. Ustedes conocen su carácter .. terrible.

TODOS. ¿Sí? *(Como dudando.)*
CHARI. No le parece, pero es una fiera.
TODOS. Ya... *(Irónicos.)*
CHARI. Sólo que lo sabe fingir, como un gran diplomático que es.
TODOS. ¡Oh, mucho! *(Burlones.)*
CHARI. Y ahora, con permiso de ustedes, voy a darle un encargo a Stanley.
STAN. ¿A mí? *(Muy contento.)*
TODOS. ¿A él? *(Muy triste.)*
STAN. Señora... *(Se van aparte.)*
CHARI. No me dejan en paz, Stanley. Lléveselos por ahí.
STAN. ¡Oh! Señora... *(Alto.)* Amigos míos. La Embajadora ha oído hablar de las rosas hermosísimas que hay en la quinta de Scutari. Creo que nuestro deber es ir a buscarlas.
TODOS. ¡Oh, al momento! *(Bis de orquesta y mutis.)*
CHARI. ¡Libre! Me dejaron libre por fin; Mustafá, sírveme un cocktaal. *(Viendo pasar a Charles, que no la ha visto porque va ensimismado.)* ¡Eh, Charles!... ¡Charles!
CHAR. ¿Es a mí? ¡Oh! Señora embajadora...
CHARI. Mis amigos me llaman Charito.
CHAR. En mi patria no es correcto nombrar a la mujer casada por su nombre.
CHARI. Pero yo soy española, y en mi tierra le llamamos al pan, pan, y al vino, vino.
CHAR. Como usted mande... Señora Charito...
CHARI. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Gracioso, muy gracioso! «Señora Charito.» ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Si en Sevilla le oyesen...
CHAR. Perdón si he sido incorrecto.
CHARI. ¿Incorrecto? ¡Qué tontería! Lo que echo de menos en usted es un poco más de cordialidad, de franqueza. Pero es usted tan poco hablador. Parece siempre preocupado.
CHAR. Diga usted más bien... enamorado.
CHARI. ¡Un secretito sentimental! ¡Una aventurilla, de seguro!
CHAR. ¡Tal vez no!
CHARI. Realmente yo no conozco su modo de pensar en amores. ¿Es usted frívolo, romántico, apasionado...? *(Ataca la orquesta.)*
CHAR. Los hombres tenemos algo de todo eso.
CHARI. Pero todos tienen del amor un concepto diferente. ¿Cuál es el suyo?
CHAR. No sé si debo...
CHARI. Puede usted expresarse con entera franqueza. ¿Qué piensa usted del amor?

MUSICA

CANCIÓN DEL AMOR

CHAR. Todos miran al amor
con algo de ironía;
todos creen que lo mejor
es sonreír si pasa el amor.
Pero un día, sin querer,
el hombre queda serie
y, ¡oh misterio!,
¡gran misterio!,
se ríe la mujer.

CHARI. Quiere combatir
con su alegre risa
la ilusión, que en su interior
sintió nacer.

CHAR. Lucha él por reír,
ríe muy a prisa;
pero al cabo las sonrisas
se le hielan al nacer.
¡Oh corazones de mujer!
Quisiera yo saber
qué es lo que os hace amar.

CHARI. Emociones, ilusiones,
¡quién puede adivinar!

CHAR. El corazón
de una pobre mujer
es un rosal
cuando va a florecer.
No arranquéis la flor
que empezaba a brotar;
más vale esperar
a que llegue a ser flor.

CHARI. El corazón
de una pobre mujer
es un rosal
cuando va a florecer.

CHAR. Dejadle abrir
con un beso de amor,
que para una mujer
es un rayo de sol.

HABLADO

CHARI. Decididamente, en amor es usted de los serios, de los que aman de verdad. Por lo tanto, su secreto no es una aventura.

CHAR. Es una gran pasión. Usted lo ha comprendido. Tal vez lo habrá adivinado.

CHARI. No. Confieso mi torpeza.

CHAR. Me extraña en una mujer tan inteligente y tan femenina.

CHARI. Gracias por la buena opinión que le merezco.

CHAR. Usted ha debido leerlo en mis ojos.

CHARI. ¿Me perdona usted el haber sido analfabeta?

CHAR. Es sencillamente que no se ha fijado en mí.

CHARI. *(Medio en serio.)* Charles. Sabía que los hombres son todos ingratos. Pero usted...

CHAR. ¿Yo?... Yo amo a una mujer con locura.

CHARI. ¿Nada menos?

CHAR. Y mi pesar...

CHARI. Le adivino. A usted le ofende el que ella no haya comprendido... ¡Charles! Las mujeres a veces tememos demasiado el hacernos ilusiones. Perdone a esa mujer.

CHAR. ¡Perdonarla!

CHARI. En amor la torpeza es un pecado. Yo estoy segura de que si ella hubiese sabido...

CHAR. Ella lo sabe.

CHARI. ¿Ella? *(Desde este momento en sus palabras se trasluce el pesar al comprender que se ha equivocado, que no es a ella a quien ama Charles.)*

CHAR. Hace tiempo que nos amamos. La vida nos separó. Desde entonces la busco sin encontrarla.

CHARI. *(Fingiendo indiferencia, pero descubriendo su emoción.)* Y esa mujer...

CHAR. La conocí en la India. En un poblado junto a Benarés. Era hija de un Brahmín, hechicero y encantador de serpientes.

CHARI. Muy novelesco. Siga usted.

CHAR. Nos amamos; pero durante un viaje mío a Ceylán murió el padre y fué vendida como esclava. ¡Cuando regresé era tarde! Desde entonces la busco, he navegado por todos los mares, he vivido bajo todos los cielos. ¡En ninguna parte la hallé!

CHARI. Comprendo su pesar... Y acaso lo comprendo ahora... mejor que nunca...

CHAR. Gracias en nombre de Haydeé.

CHARI. ¿Haydeé? ¿Pero se llama así?

CHAR. ¿Qué piensa usted? ¡He visto en sus ojos un rayo de luz! ¿Sabe usted algo? ¡Hable, por favor!

CHARI. Charles, amigo mío: cuando le hablen del egoísmo de la mujer en el amor asegure a todos que es una mentira más. ¡Hay mujeres capaces de sacrificar toda su ilusión por ver feliz al hombre que quieren, y es que en

cada corazón femenino hay un poco de corazón de madre.

CHAR. ¿Qué quiere usted decir? ¡Esa emoción!

CHARI. Es la emoción del hada buena que le trae el amor... Su hermosa Haydeé...

CHAR. ¿Dónde está?

CHARI. Ya lo veremos... Selim... *(Va a hablar con él en voz baja al bazar.)*

SELIM. *(Saliendo a la puerta.)* Señora Embajadora... *(Hablan y hace mutis Selim.)*

CHAR. ¿Será posible? No me atrevo a pensar...

CHARI. Creo que no tardará en verla.

CHAR. Gracias, amiga mía. ¿Cómo pagarle a usted esta felicidad?

CHARI. Como pagan siempre los hombres: con una tristeza.

CHAR. Yo también estoy triste... Me asusta todo...

CHARI. Nada tema. Viene hacia usted el amor, y el amor cuando llega es todo alegría.

CHAR. Lo sé... Y cuando se va...

CHARI. Es todo dolor. Pero basta de ponerse cursi. Busquemos la risa en nuestros corazones. La risa que espanta las penas y que hace huir asustadas a las malas intenciones. ¡Animo, Charles!

MÚSICA

(Terceto. Comienza por un dúo en el que ella le anima a la felicidad y acaba mostrándole a Haydeé, que sale con Selim del bazar. Cantan entonces el motivo. Luego interrumpe la Embajadora, animándose ella misma al sacrificio. Por último, entran Charles y Haydeé en el bazar de Selim. Queda en escena la Embajadora, triste al verles.)

CHARI. Quien siente y sueña
no se deja vencer.
Amor es risa
y es preciso reír.
Si vive en su alma
la ilusión del placer,
con eso sólo
ya no debe sufrir.

CHAR. De nuevo la ilusión
sus flores dió,
y mi vida se llenó
con la luz de la alegría.
Al fin la primavera
vuelve a florecer;

hoy sus ojos de azabache
vuelvo a ver.

CHARI. Dolor y penas
es preciso olvidar.
La vida es risa
y es reír lo mejor.
Si de sus ojos
viese llanto brotar
no piense en ello.
No le importe el dolor;
corra, vuele...
Busque en sus brazos amor.
Sueñe, ría,
que es el reír lo mejor. *(Le empuja hacia el bazar, de donde sale Haydeé conducida por Selim.)*

CHAR. ¡Haydeé! ¡Mi bella Haydeé!
Tu amor es mi consuelo.

HAYD. Mi amor eterno fiel
siempre tuyo será.

CHAR. Ven, mi amada;
seca ya tu llanto,
que el amor
de nuevo nos ha unido;
entre rosas
he de hacerte un nido,
donde a solas
estará el amor.

HAYD. El amor, lo mismo que la brisa,
vive libre mucho más a prisa.

CHAR. Ya verás si brota tu sonrisa
de mis besos al calor.

HAYD. Yo tus palabras adivinaba
cuando soñaba llena de fe.

CHAR. Amor en sueños te lo anunciaba,
porque aunque es ciego todo lo ve. *(Con dulzura y expresión.)*
¡Amor mío! Amor mío, espera;
tras de nieve y frío
llega primavera.
¡Amor mío!
Y tu llanto es eso:
gota de rocío
que ha secado un beso.

HAYD. ¡Cuánto he sufrido!
¡Cuánto he llorado
por perder tu amor!

Siwa ha querido
que no se pose en tu ilusión
el velo de olvido.

CHAR. Hoy va a brotar en mi rosal
la flor de amor.

HAYD. Dulce armonía;
yo no sabía
hasta hoy lo que era alegría.

CHAR. ¡Oh bien mío! ¡Bien amado!

HAYD. Paraíso del amor.
¡Amor mío!
¡Amor mío, espera!
Tras de nieve y frío
viene primavera.

CHAR. ¡Amor mío!
Y tu llanto es eso:
gota de rocío
que ha secado un beso.
Bella primavera...
Flores de alegría...;
El amor espera.

CHARI. *(Sale del bazar donde entró y va hacia el lateral y les canta a los dos.)* Reíd dichosos
mientras dure el amor;
la vida un día nos le puede robar.
Reíd dichosos;
no miréis al dolor,
y si alguien llora le olvidáis al pasar.

HAYD.
CHAR. } Hada bendita.
que amor nos da
y nuestros sueños
va a realizar.

CHARI. ¡Amor mío!
Deja tu quimera,
porque siento el frío
del amor que espera. *(Charles y Haydeé van haciendo mutis hacia el bazar.)*
¡Llorar! ¡Suspirar
en brazos del dolor!
¡Soñar sin cesar!...
¡Y no llega el amor!

HAYD.
CHAR. } *(Con pena sentándose en la mesa del café turco.)*
Bella primavera...
Flores de alegría...
El amor espera.

CHARI. Charito..., has estado buena. *(Dándose palmaditas en la cara.)* Te va a costar algunas lagrimitas, porque me parece que estabas algo colada con el oficialete; pero te felicito efusivamente, Charito..., y felicito también a tu esposo el señor Embajador, que me parece que de buena se ha librado. ¡Y qué guapo me estaba pareciendo este recondenadísimo! Pensar que esa pavisosa... Bueno... Nada de tener celos, ¿eh? Que sean felices, que coman perdices, y... La verdad es que está de suerte el señor Embajador.

GAN. *(Sale y va a besar el borde del vestido de Charito, que está sentada. Con ello descubre sus piernas. Ella se escandaliza.)* Señora... Que Alá dé a vuestros prados la fertilidad.

CHARI. ¡No tengo prados!

GAN. A vuestras vacas la fecundidad.

CHARI. Tampoco tengo vacas.

GAN. Es lástima, porque es un negocio; ahora que yo lo decía porque es un saludo árabe que está de moda.

CHARI. Benito, déjate de tonterías bereberes y habla en serio.

GAN. ¿En serio, en serio?

CHARI. En serio, que para mí es hablar como mis paisanos en Triana.

GAN. ¡Ah, sí? Pues oiga usté esta coplita. *(La dice con gran intención.)*

«Dar agua, teniendo sed.
Dar otra flor, siendo flor.
Dar amor, queriendo amor.
Eso es lo que hoy ha hecho usted.»

CHARI. *(Emocionada.)* ¡Benito!

GAN. ¡Si el señor Embajador supiese lo que tiene en casa...!

CHARI. ¡Tú qué sabes lo que tiene!

GAN. Tiene... ¡Tiene más suerte que la portada del Hospicio!... Todos los ingleses pasan por Sevilla; les sacan hasta la última libra, entre fondistas y cicerones, y se vuelven pa Inglaterra tan contentos. Bueno: pues va míster Morgan a Sevilla, la engatusa a usté, se la lleva, que es como llevarse a la Giralda con el pedacito de cielo azul que tiene alrededor, y no se vuelve loco de alegría ni la pone a usté en un altar, como se merece, ni hace que la toquen la Marcha Real cuando usté se despierta. No me diga usté que ese hombre no tiene más suerte que un galápago, que es el único animal

que desde que nace tiene casa propia y no paga inquilinato.

CHARI. Vamos, Benito, que dices unas tonterías...

GAN. ¡Y las que me callo! ¿Se creerá usté que yo no veo, ni adivino, ni tengo una penetración que atortola para saber dónde le aprieta el zapato a una mujer? Lo que pasa es que los hombres todo lo guardamos para los hombres, y no admitimos que haya más héroes que los hombres. ¡Cuando hay cada mujer que se sacrifica que... vaya usted con Dios!...

CHARI. ¡Calla! *(Le pisa un pie al mandarle callar con viveza.)*

GAN. Callo... *(Se toca el pie dolido.)* Pero que conste que entre el heroísmo de usted dando... lo que más cuesta dar, que es un querer hondo..., y el de un bombero que se chamusca el tupé pa librar de las llamas a una jamona, me quedo con el suyo, aunque al bombero le den la Cruz de Beneficencia, y a usted no le de nadie las gracias. Y he dicho. ¡Cuente con un servidor berebere y mahometano más madrileño que la fuentecilla, más feo que un Ford y más postinero que un guardia de los de: «llamé al cielo y no me oyó»... *(Saluda y dice al mutis.)* ¡Ay, mi madre, si yo fuese embajador! ¡Qué digo embajador! Si yo tuviese nada más que un bar con pianola ¡esta mujer..., esta mujer era una reina..., una emperatriz. *(Entusiasmado dice en alta voz desde el lateral.)* ¡Uy! ¡Paisana!... ¡Vaya una...! *(Señala el pecho.)*

CHARI. ¿Eh?

GAN. Vaya una suerte..., suerte gorda, y vaya cintura y busto y... por *vía* de la vía láctea.

CHARI. ¡Paisano!

GAN. ¡Paisana! ¡¡¡Uy!!! *(Hace signos de callar e inicia el mutis.)* ¡Ju... juy!... *(Mutis.)*

CHARI. Como respeto, no me tiene respeto; pero como castizo, vaya si lo es. ¿Que el pobrecito no es sevillano? Es verdad; pero... no van a tener todos esa suerte. ¡Hombre! Y el cocktail que no lo he tomado... Mustafá. Llévate este cocktail, que ya no estará frío, y tráeme otro.

MUST. Al instante, señora Embajadora.

CHAR. *(Sale del bazar de esclavas y al ver a Charito exclama.)* ¡Amiga mía!...

CHARI. Ya es usted feliz, ya encontró el amor...

CHAR. ¡Para perderle! Selim, el vendedor de esclavas, se niega a dejarla libre. Espera que concurran a la subasta los más ricos de Stambul. Habrá puja y ofrecerán cantidades fabulosas. Yo daré cuanto tengo, cuanto pueda obtener; pero me vencerán.

CHARI. Cuente con mis ahorros: dos mil libras. No le ofrezco más porque temo que el Embajador me lo niegue.

CHAR. ¡Acepto lleno de gratitud! Pero si eso no bastase...

CHARI. Intente alguna diablura.

CHAR. He pensado en una revolución de los jóvenes turcos. Ellos desean abolir la bárbara costumbre de la venta de mujeres. Con ellos y los marinos de las escuadras surtas aquí, que me seguirán...

CHARI. ¡Está usted loco! ¿Usted cree que todo eso puede hacerse en cinco minutos?

CHAR. ¿Cinco minutos?

CHARI. Antes de que transcurran sonarán los cañonazos en la Puerta de Achor, y ésa es la señal para que la subasta dé comienzo.

CHAR. ¡Entonces mi desdicha es segura! ¡Voy a perderla para siempre!

CHARI. ¿Quién piensa en eso? Los cobardes están vencidos antes de combatir. Espere. Puje por ella. Defiéndala. Interese a sus contrincantes diciéndoles su amor... Luche por ganarla. Eso es lo que ha de hacerse cuando se quiere... A veces..., a veces se hace mucho más que eso. ¡A veces se hace un sacrificio! *(Con cierta emoción.)*

CHAR. ¡Qué buena es usted!

CHARI. Yo también quiero ayudarle... ¡Agradézcamelo, ingrato!... ¡Y hable usted luego mal de las pobres mujeres! *(Suenan dentro cañonazos.)*

CHAR. ¡Los cañonazos de la Puerta de Achor! ¡La señal de la subasta!

CHARI. Animo, señor oficial. La batalla comienza...

CHAR. ¡Lucharé por vencer!

CHARI. Yo ya he luchado por vencerme. *(Aparte.)* ¡Y me he vencido! *(Mutis.)*

MUSICA

(Comienzan a salir jóvenes y viejos turcos, judíos, soldados, pueblo, Selim y cuantos aparecieron al principio, y se disponen a presenciar la subasta.)

CORO. Al sonar los cañonazos
de la gran Puerta de Achor
da comienzo la subasta,
la subasta del amor.

BAJOS. Hermosas mujeres
nos ofrece el mercader;
TENS. sus besos de amores guardan
el secreto del placer.

BAJOS. Con el oro se tiene alegría,
con el oro se puede gozar;
ilusiones, amor, poesía
se puede comprar.

TENS. ¡Infeliz Turquía,
llora sin cesar!
¡Cuándo vendrá ese día
en que te podamos salvar!

BAJOS. Es hermoso comprar el amor.

TENS. ¡Oh Turquía! Sacude la tiranía.
del opresor.

CORO. Nunca mujer tan hermosa
ni de tan dulce mirar
tuvo Selim el judío
entre las de su bazar.
Carnes de nieve, boca de flor
y ojos que dicen penas de amor.

CHAR. *(Sale frenético y desenvainando su espada canta con brío.)*
¡Atrás, gentes odiosas;
atrás, o por quien soy
el brío de mi espada
a demostraros voy!
Exijo que respeten
todos a esa mujer,
y piense quien la ofenda
que la he de defender.
¡Atrás! ¡Atrás!

CORO. ¡Muera el osado
quien habla así!

CHAR. ¡Atrás! ¡Atrás!
¡Que doy la muerte!

SELIM. Creyentes... El Cadí. *(Sale el Cadí, precedido de guardias que se colocan tras él, formados.)*

CADÍ. Empiece la subasta
y Alá nos dé la paz. *(Avanzando.)*

SELIM. Mahoma siempre es grande,
creyentes, escuchad. *(Toma una esclava africana y avanza con ella presentándola.)*
Se subasta una esclava africana
de mirar encendido en pasiones.

UNO. Cien piastras. *(Hablado.)*

SELIM. Es hermosa y es fresca y galana
y hace estragos en los corazones. *(Hablado.)* ¿No dan más?
Cien piastras no hay duda que es precio vil.

Si se fijan verán que es mujer gentil.
He olvidado decirles que es muda.

UNO. *(Apresurado.)* Doscientas.

OTRO. *(Apresurado.)* Dos mil. *(Avanza con otra esclava hebrea, que presenta a todos.)*

SELIM. Os ofrezco una hebrea española;
no habéis visto una hermosa como ésta.

GAN. Mil piastras.

SELIM. Toca la pianola.

GAN. *(Hablado.)* ¡Repringue! Retiro la puesta. *(Avanza con Haydeé, que admira a todos por su belleza.)*

SELIM. Y ahora ved esta perla de huríes,
flor hermosa que dan mis bazares.
Son sus labios igual que rubíes,
son sus carnes de rosas y azahares,
nido de amor. *(Avanza decidido y luego suplicante a todos.)*

CHAR. Cien mil piastras y la vida diera;
por ella ofrezco vil esclavo ser.
Si habéis amado con el alma entera,
que nadie puje, porque es mi querer.

SAM. Un millón.

CHAR. ¡Cobarde! ¡Traidor!

CADÍ. ¡Silencio! ¡Silencio!

CHAR. Me róban el amor.

CORO. *(Indignados contra el judío.)*
Es una infamia de Samuel;
se aman ella y él;
separar ese amor es cruel.

CHAR. ¡Cobarde!

SAM. *(Recitado sobre la música.)* Hablas mucho de valor
y yo una prueba quisiera.

CHAR. ¡Habla! ¡Díme!

SAM. Espera..., espera...;
no te impaciente el amor.
Tú tienes ahora un tesoro:
juventud, y yo tengo oro.
La partida no fué igual.
Te vencí por mi dinero,
pero no importa, ahora quiero
darte ventaja, oficial.
Te propongo una partida:
que tú te juegues la vida
contra el millón que ofrecí.
Si ganas, tuya es la hermosa;
si pierdes, es poca cosa
la vida. ¿La aceptas?

CHAR. Sí...

CADÍ. Yo no puedo tolerar
una apuesta de ese modo.

CHAR. Si pierdo, lo pierdo todo.
Cadí, déjame luchar.
Para lo que prometí
no ha de faltarme valor.
¡Es por ella, es por su amor;
déjame luchar Cadí!

CANTADO

SAM. Vengan dados; va un millón *(Toma los dados que traen unos esclavos.)*
Tiro... Cuatro.

TURC. Buena suerte.

SELIM. Vas tú ahora.

CHAR. ¡Qué emoción!

SAM. ¡Va la vida!

CHAR. ¡Va la muerte! *(Con el cubilete en alto tira y al ver los dados canta.)*
Tres... Perdí. *(Se retira a un lateral con desaliento. Movimiento de ansiedad de todos.)*

CORO. Ha perdido. Mala estrella;
hoy la vida da por ella.
Samuel. ¡Perdónale!
¡La vida perdónale!

CHAR. *(Ha ido a la mesa del lateral, donde se sienta desalentado.)*
Siendo sin ella,
ya ¿para qué?
Siendo sin ella
ya ¿para qué?;
¿para qué?, ¿para qué?, ¿para qué?
¡Mi Haydeé! *(Va hacia ella y se abrazan, rechazando a quienes tratan de impedírselo.)*

HAYD. ¡Amor mío!
Amor mío, espera;
tras de nieve y frío
viene primavera.

CHAR. ¡Amor mío!
Y tu llanto es eso:
gota de rocío
que ha secado un beso.

HAYD. No sientas ningún temor;
siempre vence el amor.
¿Me olvidarás? *(Movimiento de impaciencia de Samuel, a quien contienen todos.)*

CHAR. ¡Jamás!
¡Jamás te olvidaré!
Piensa en mí
igual que pienso ti.
Recuérdame.
¡Jamás
tu amor podré olvidar,
y mientras viva
te he de amar!

HAYD. Jamás
podré otro amor sentir!;
tu ilusión
aquí en mi corazón
ha de vivir.

CHAR. / HAYD. Y si es que ya no vuelvo a verte más,
me moriré; pero olvidar, jamás. *(Los separan y Samuel se acerca a Charles y le canta.)*

SAM. El deber te obliga.

CHAR. *(Resignado y sereno.)* Lo sabré cumplir.
Si perdí la apuesta,
ya voy a morir.
Mi vida te quiero pagar,
y cuantos me ven
te han de juzgar. *(Todos suplicando a Samuel.)*

CORO. Ten piedad, Samuel,
ten piedad.
Piensa en su amor,
piensa en él,
piensa que eres inhumano,
piensa que es cristiano;
darle muerte es muy cruel.

SAM. De mi cobardía
quiso antes reír.
Ciego me ofendía
y ahora va a morir.

CORO. No seas cruel.
Ten piedad de él.

CHAR. *(En un lateral saca un puñalito, dispuesto a herirse pero entre varios le detienen la acción.)*
Voy a morir. Adiós.
¡Adiós, mi Haydcé!

CADÍ. ¡Alto al Gran Visir! *(Avanzando para poner silencio y que escuchen a Ben Gandul.)*

GAN. Esa esclava es
para mi señor.
Todo ha de quedar
nulo y sin valor.

CADÍ. *(A Samuel.)* La apuesta no vale;
no es tuya la hermosa,
y tú no pudiste,
por tanto, apostar.

CHAR. Me salva la vida;
pero, ¡oh suerte odiosa!,
en manos de otro hombre
Haydeé va a quedar.

GAN. La ley terminante
del sabio Koram
concede el derecho
de prioridad.
Y es de razón
que el Gran Visir
pueda elegir
sin discusión.

CADÍ. Tuya es la esclava. *(Entregándola a Ben Gandul.)*

GAN. Que venga al harén. *(Tomándola de la mano para llevársela.)*

CHAR. Voy a perderla ahora
por segunda vez. *(Interponiéndose.)*
Pues yo no lo consiento.
Haydeé no marchará. *(Va a tirar de espada dispuesto a defenderla.)*

CHARI. *(Que sale y se interpone.)* Un instante, por favor.

CADÍ. ¿Quién nos viene a interrumpir?

MORG. Es mi mujer;
debe venir
muy decidida.

CORO. La señora debe hablar.

CHARI. Vengo a hacerles meditar.
Esta mujer no puede ser
jamás vendida.
En la India ha visto el sol:
por lo tanto, anglona es.
De esta nación el pabellón
su vida ampara.
¡Quien ofenda a esta mujer
ha ofendido sin saber
y sin querer
al pabellón de mi nación!

TODOS. *(Encantados al ver que resuelve el asunto.)*
¡Oh, qué noble corazón
es esta Embajadora!
La salvó con su pabellón.
La tendrán que libertar,

que al pabellón de Anglonia
hay que respetar.

CADÍ. ¡Alto ahí! *(Recitado sobre la música.)*
La ley es terminante:
esta esclava es ya del Gran Visir.

CHARI. Pues tendrán que ir a buscarla
a donde ahora la llevaremos:
a la Embajada de Anglonia. *(Llevándola hacia un lateral.)*

CADÍ. ¿Con qué derecho?
Soldados, prendedla. *(Los soldados van a obedecer. Charito saca una bandera de Anglonia, colores caprichosos, y cubre con ella a Haydeé, exclamando.)*

CHARI. ¡Alto!
¡Atreveos a tocar el pabellón
de nuestra patria! *(Con gallardía.)*

GAN. Eres mujer y eres brava.

CHARI. La defiendo con ahinco;
si tú quieres otra esclava...

GAN. Yo las compro en la Alcazaba
del «Todo a sesenta y cinco».

TENS. ¡Amor! Es fuego encantador.
Donde va,
de fuego llenará
la vida Amor.

HAYD.
CHAR. } Lloré cuando pensé
no verte más
y moriré;
pero olvidar, jamás. *(Charito se lleva a Haydeé abrazada. Le siguen Charles y los agregados de la Embajada con las espadas desnudas, dándoles guardia de honor. Todos abren paso con respeto y simpatía.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

Un despacho, sala baja de la Embajada de Anglonia en el barrio de Pera, Constantinopla.

La decoración, a medio teatro para facilidad de la mutación al segundo cuadro. Por la misma razón, pocos muebles. Al foro derecha, puerta. Al foro izquierda, ventanal bajo, rasgado y grande. En los laterales, puertas. Mapas de Turquía, etc., etc. Es por la tarde.

Están en escena, al levantarse el telón, Charito, la Embajadora, rodeada de su corte de amor, de Secretarios y Agregados. Todos ellos traen y le entregan manojos de rosas, que ella va colocando en un veladorcito donde hay búcaros.

MÚSICA

CHARI. Muchas gracias; muy amables;
hoy mi casa es un jardín;
rosas blancas, color rojo,
rosas de pitiminí...
Delicioso es su perfume,
encendido su color;
¡qué bien dicen que es la reina
de las flores esta flor!

AGRE. Todas las rosas,
según leyenda oriental,
son mariposas
que han olvidado volar.
La primavera,
en mayo las fascinó,
y vienen todas
detrás de un rayo de sol.

CHARI. Yo no creo esa leyenda,
porque hay otra que yo sé
de una rosa enamorada
en Sevilla de un clavel.
Se asegura que la rosa
la corona le cedió,
y el clavel es rey, pero ella
reina es de su corazón.

AGRE. Esa leyenda
siempre es verdad,
que la mujer,
en el amor y en el placer,
como reina triunfará.
Firme y divino, amor traidor,
bello amor, dulce amor,
niño travieso;
vive de un beso
sólo al calor,
y al partir es dolor.
Sueños hermosos
nos hace ver; del placer
la ilusión dice al oído:
«Niño querido,
que en mi pecho has dormido,
despierta, y a ella,
mi bella, mi estrella,
le dices lo que es amor.»

CHARI. Yo en el amor no creo ya,
porque es mentira su ilusión
y detrás de él la pena va.
Mi corazón dormido siempre está,
pues le hirió la traición,
y es cascabel que nunca entonará
de amor la canción.

AGRB. Sueño divino de la mujer,
sin querer la ilusión dice al oído:
«Niño querido,
que en mi pecho has dormido,
despierta, y a ella,
mi bella, mi estrella,
le dices lo que es amor.»

CHARI. Es la ilusión, la emoción
de una sonrisa;
es despertar del amor
encantador.

TODOS. Es sueño de vivir
que hace suspirar,
reír, llorar.

CHARI. Llorar, reír,
es caprichoso flirt
y es luego pasión
que nos tortura.

TODOS. Es la ilusión, la emoción
de una sonrisa;

es despertar del amor
encantador.

CHARI. Sueño de la mujer,
sin querer, la ilusión
dice al oído:

TODOS. «Niño querido
que en mi pecho has dormido,
despierta, y a ella,
mi bella, mi estrella,
le dices lo que es amor»...

HABLADO

CHARI. Señores. Mi marido viene a despachar los asuntos oficiales. Conque menos amor y más diplomacia.

MORG. *(Saliendo.)* ¿Qué les decías?

SEC. 1.º La señora Embajadora nos recomendaba que nos entregásemos a la diplomacia.

MORG. ¡Ah, señores! La diplomacia de Anglonia fué siempre la primera del mundo... Por lo sutil..., lo diestra..., lo... la...

CHARI. Henry, ¿me permites, mientras trabajas, arreglar los búcaros? Me agrada tanto curiosear vuestros secretos diplomáticos...

MORG. Mi deber sería decirte que no. La diplomacia exige grave reserva; pero, en fin..., quédate... ¡Y aprende! ¿Estamos dispuestos, señores? Tomen notas taquigráficas. Yo dicto muy de prisa y escribiendo no podrían seguirme.

SEC. 1.º ¡Oh, sí, señor! *(Charito va poniendo las flores en los búcaros y mira irónica a Morgan, que se da gran importancia.)*

MORG. Comencemos por el protoçolo de rigor. *(Dándose mucha importancia.)* Lord Henry Morgan, Embajador de Anglonia cerca de la Sublime Puerta, a su señoría el señor Ministro de Negocios Extranjeros...

SEC. 1.º Ya está.

MORG. Continuemos. Constantinopla, el 24 de mayo de 1920... *(Hojea los papeles que hay sobre la mesa.)* Esta comunicación es importantísima y urgente... Bueno. Bien. Hemos dicho «Constantinopla...

SEC. 1.º ... a 24 de mayo de 1920.»

MORG. Bueno... Ya tiene usted una idea...

SEC. 1.º Sí..., señor Embajador... Pero ¿qué idea?

MORG. Decíamos que Constantinopla...

CHARI. *(Aparte.)* Me parece que no sale de Constantinopla...

MORG. *(Pasea agitado, suda, se enjuga el sudor, vacila, va a*

hablar y se calla; luego dice.) ¿Han escrito ya lo que he dictado?

SEC. 1.º Sí, señor.

MORG. ¿Taquigráficamente?

CHARI. (Les daba tiempo para escribirlo en letra gótica.)

MORG. Pues... ahora... la... No es fácil, ¿eh? ¡Nada fácil esto!... *(Muy apurado.)*

CHARI. *(Aparte.)* ¡Pobre! Se está poniendo en ridículo. Voy a echarle un capote, porque si no... *(Alto.)* ¡Pero qué distraído eres!

MORG. ¿Yo?

CHARI. ¡Claro que sí! Acuérdate de que esta mañana me dijiste, palabra por palabra, todo lo que ibas a escribirle al Ministro de Negocios Extranjeros, al Gran Visir y al Embajador de Rusia.

MORG. ¿Qué dicen ustedes a esto? Si es que soy así. Tengo una imaginación que es un volcán. Estoy tan tranquilo, y de pronto, ¡paf!, una erupción; ¡paf!, otra erupción.

CHARI. *(Aparte.)* ¡Pobrecillo! Yo creo que en toda su vida no ha tenido más erupción que la escarlatina. *(Alto.)* Si me lo permites, repetiré cuanto te oí, y los secretarios lo tomarán en taquigrafía. Tengo también que comunicarle un asunto al periódico el *Sun*, de Nueva York, del que ya sabes que soy corresponsal; de modo que... Escriban. *(Según dicta Charito, que ha de hacerlo con gran rapidez, van avanzando uno por uno dos pasos al frente y vuelven a su sitio en cuanto terminan. Para dar nerviosidad a la escena simularán todos enjugarse el sudor con gestos nerviosos, dando a entender que no pueden seguirla apenas. Al primero.)* Usted... Al Ministro de Negocios Extranjeros, fórmula protocolaria... *(Al segundo.)* A la Cancillería del Gran Visir de Su Majestad Imperial el Sultán. *(Al tercero.)* Al Embajador de Rusia. *(Al cuarto.)* Al Director del *Sun*, de Nueva York. *(Dicta de corrido, señalando a cada uno; apenas pueden seguirla los taquígrafos. Al primero.)* «Excelencia: Tengo el honor de anunciaros que antes de veinticuatro horas habrá firmado el Gran Visir el Tratado de comercio que tanto interesa a nuestra nación.» *(Al segundo.)* Al Visir: «El Embajador de Anglonia solicita de la Sublime Puerta una audiencia.» *(Al tercero.)* Al Embajador de Rusia: «Mi distinguido amigo: Tengo noticia de una complicada intriga que se lleva a cabo contra mi nación por personas que os es afecta...»

MORG. *(Aparte.)* Pero, Dios mío, ¿qué dice esta mujer? Va a comprometerme. *(Alto.)* Oye... Charito... Mira que...

CHARI. Son tus mismas palabras... Sigo. *(Al cuarto.)* «Señor Director del *Sun,* de Nueva York: Anuncie al público con la *réclame* más estrepitosa que en breve remitiré una información...» *(Al primero.)* Siga usted. «Para entretenerme en la espera estoy tratando de descubrir una intriga de los rusos cerca del Sultán y una conspiración contra el Gran Visir.»

MORG. *(Aparte.)* ¡Está loca!

CHARI. *(Al segundo.)* «... solicita audiencia para tratar asuntos que se refieren a la alta amistad que une a su nación con el Imperio otomano.»

MORG. ¿Pero tú sabes lo que dices?

CHARI. Soy un loro. Repito lo que oí. *(Al tercero.)* Siga. «Sírvaos de aviso, señor Embajador, por si lo ignoráis o por si ignoráis que yo conozco con todo detalle la historia.»

MORG. ¿Pero tú sabes lo que eso supone?

CHARI. *(Al cuarto.)* «... Una información tomada desde el interior del serrallo del Gran Visir.»

MORG. ¡Eh! ¡Alto! Por eso sí que no paso. ¿Tú en el serrallo?...

CHARI. ¡Silencio! Tengan la bondad de poner en limpio las comunicaciones y traerlas a la firma del señor Embajador.

SECRE. Al momento.

AGRE. Señora. *(Mutis todos.)*

SEC. 1.º ¡Vale un imperio! *(Mutis. Con el azoramiento al oírla dictar cuatro cartas a la vez, Lord Henry Morgan ha ido poco a poco acercándose al velador y se pone maquinalmente a colocar las rosas en los búcaros.)*

CHARI. *(Contemplándole.)* ¿Terminado?

MORG. Pero oye, Charito, ¿a ti te parece bien?... ¿Pero tú no comprendes que vas a comprometer mi reputación con lo que has dictado?

CHARI. ¡Déjame a mí de tonterías! Tú arregla las flores.

MORG. Ayer cometes aquella arbitrariedad en el mercado de esclavos, poniéndome enfrente de la autoridad, nada menos que del Gran Visir.

CHARI. Era preciso. Hay que defender a los súbditos de nuestra nación.

MORG. Pero vendrán a reclamarnos a esa esclava.

CHARI. Ya veremos por dónde salimos.

MORG. ¡Eres de un atrevimiento...!

CHARI. Pues si no es por él estarías aún en Constantinopla, a 24 de mayo... *(Imitándole.)*

MORG. Hay cosas que no he de tolerar. Esa fantasía ridícula

de anunciar al director del *Sun* que vas a hacer una información en el serrallo me pone en evidencia.

CHARI. ¡No sé por qué!

MORG. ¿Qué tienes que hacer allí?

CHARI. Información periodística.

MORG. Sé muy bien qué clase de hombre es el Visir, y no quiero exponerte.

CHARI. No temas. Iré en su ausencia.

MORG. Pero ¿y si vuelve?

CHARI. Sabrá conducirse con una mujer como yo.

MORG. Estoy convencido de lo contrario. Por lo tanto, no irás.

CHARI. Si te pones así, no digo nada. Tú mandas, tú dispones..., tú eres la cabeza, yo soy el brazo...

MORG. Bien, Charito... *(Saludo y mutis.)*

CHARI. El la cabeza y yo brazo; pero a veces, ¡con qué gusto le daría un bofetón el brazo a la cabeza! ¡Bien! ¡En buena me he metido! ¡Bah! Se lo diré a Benito, y no creo que se niegue a ayudarme... El puede mucho con el Gran Visir...

CRIADO. *(Entrando.)* Señora. El secretario del Gran Visir solicita audiencia del señor Embajador.

CHARI. ¿Cómo? ¿Ben Gandúl aquí? ¡Que pase! Ahora, a convencer a ese berebere falsificado. ¡Ben Gandúl!

GAN. *(Haciendo un saludo a la turca.)* ¡Señora! Que las rosas de Oriente perfumen las horas de vuestro corazón.

CHARI. ¡Eh! ¡Eh! Déjate de madrigales turcos y responde a mis preguntas.

GAN. ¡Mandad a vuestro esclavo!

CHARI. Díme, ¿es tan difícil como aseguran entrar en el harén del Visir?

GAN. No es difícil.

CHARI. ¿No?

GAN. Es imposible.

CHARI. Permite. Yo sé de algunos casos de personas que han logrado penetrar.

GAN. ¡Cuentos de las mil y pico de siestas! Ha habido algún atrevido que escaló los muros de un harén; pero le sorprendieron.

CHARI. ¿Y qué?

GAN. Que, según es aquí costumbre, le hicieron esperar sentado.

CHARI. ¡Vaya un castigo!

GAN. Le hicieron esperar sentado sobre un palo agudísimo..., dicho sea con los respetos que merece la señora.

CHARI. Bueno, pues yo he de entrar sin... tomar asiento, ¿sabes? Y cuando yo quiero una cosa...

GAN. ¡Lo que es eso...! Lo menos malo que podía ocurrir es que le hicieran quedarse, lo cual no es un plato de gusto para el señor Embajador, porque allí... Vamos, allí... Imagine la señora lo que allí ocurre.

MUSICA

CUPLÉS CÓMICOS DEL HARÉN

I

La mujer
que va allí
tiene esclavos hasta de Bombay.
La perfuman con benjuí,
el olor mejor que hay.

CHARI. ¡Caray!
Raro es
que el Visir
no se escame con tanta mujer
y permita estar allí
hombres que no sean él.

GAN. En los harenes
todos los trucos
están a cargo
de los eunucos.
Pues lo hacen todo
de sopetón,
porque está ya demostrado
que no tienen... corazón.

HABLADO

CHARI. Mira... Toma y calla. *(Le da dinero.)*

GAN. ¡Excelencia! *(Con el ademán árabe.)* Que el Profeta conceda a la señora Embajadora una descendencia tan numerosa como arenas del mar. Guardo el dinero como recuerdo; pero lo que la señora se propone es imposible.

CHARI. Déjate de monsergas.

GAN. Bueno. Ahora, otro asunto. El Visir está furioso.

CHARI. ¿Por lo de la esclava Haydeé?

GAN. Precisamente. Va a enviar a reclamarla. Y ha jurado que si no se la llevo pago con la cabeza. Y vamos, que le he tomao yo mucho cariño a mi cabeza en el tiempo que llevamos de vivir juntos pa perderla así como así.

CHARI. Con decirle que ya no está en la Embajada...

GAN. Tiene espías que vigilan este hotel. Enviarán al Cadí

con esbirros. ¡ Es un tío muy bruto el Cadí ! ¡ Se llama Ali-te-doy ; no te digo más !

CHARI. Pues es preciso que huyan Haydeé y Charles.

GAN. Eso no, que se juegan la cocorota.

CHARI. Lo que dices es grave.

GAN. Pero que de cuarenta grados y décimas.

CHARI. Vamos a prevenirles.

GAN. Como si no ; de aquí no salen.

CHARI. ¡ Silencio ! ¡ Mi marido !

GAN. (¡ Arrea, me voy a la grada !)

CHARI. ¡ Benito !

GAN. Es un símil... Por lo demás... Poco que le respeto... y poco que le elogio... Como que le suelo poner en los cuernos... de la luna... No le digo más. *(Mutis ambos.)*

MORG. *(Sale meditando, seguido de Stanley.)* «Un diplomático debe verlo todo, oírlo todo y soportarlo todo, sin que su cara revele la más mínima emoción.» Este axioma es de Maquiavelo.

STAN. Hermosa máxima. ¿Quiere usted que lea otras? *(Trae en la mano un librito.)*

MORG. No, Stanley. El tiempo es oro. Traigo el espejo, *(Saca uno del bolsillo.)* y vengo decidido a ensayar lo que te indiqué está mañana. ¿Vienes dispuesto a insultarme?

STAN. ¡ Excelencia ! Es que sois tan bueno...

MORG. ¡ Stanley, vamos ! ¡ O no respondo de mí !... *(Furioso.)*

STAN. Bueno, pues... Allá va. *(Le mira fijamente.)*

MORG. ¿Qué miras?

STAN. La cara de idiota que pone usted.

MORG. *(Sonriéndose.)* ¡ Así ! ¡ Muy bien ! ¿Ves cómo me sonrío? Sigue... Sigue.

STAN. Y luego, con esa nariz de berenjena que tiene usía...

MORG. Así, muy bien. Más graves los insultos.

GAN. *(Se asoma a la puerta del lateral de modo que le vea el público.)* (¡ Anda, están solos aquí este tío y su secretario ! ¿De qué tratarán?)

STAN. Hay personas con poca delicadeza ; pero usted no tiene ninguna.

GAN. (¡ Caray, están de bronca !)

STAN. Claro, que la culpa es mía por tratar con un majadero.

GAN. (¿Eh? Pues sí que le trata con respeto.)

STAN. ¿He dicho majadero? Pues he dicho mal.

GAN. (Vamos, ahora se arrepiente.)

STAN. He dicho mal. Usted es un hipócrita.

GAN. (¡ Arrea !)

STAN. Un villano.

GAN. (¡ Remezquita !)

STAN. Un miserable.

GAN. (¿Y no le dice nada? ¿Y no le pega? ¿Y no...? Bueno, este tío es un monigote.)

STAN. ¡Un mamarracho!

GAN. (Y yo que no me atrevía a decirle cuatro verdades... ¡Ahora verá!)

STAN. ¡Un hipopótamo! *(Morgan sonríe siempre, dominándose a duras penas.)*

GAN. *(Saliendo muy decidido.)* Sí, señor; tiene usted más razón que un santo. Duro con él, joven, duro con él.

STAN. ¿Cómo?

GAN. Pero le ha faltado a usted llamarle todo lo que se merece, porque lo de mamarracho es poco.

MORG. *(Muy asombrado, dejando el espejo.)* ¿Eh?

STAN. ¿Yo?

GAN. Lo de hipopótamo es hacerle favor...

MORG. *(Idem.)* ¿Cómo?

GAN. ¡Y lo de imbécil! ¡Este tío es un carabao más cobarde que una mona, más feo que un queso agusanao y más...! *(Ante la cara de asombro de Morgan, que se indigna.)*

MORG. ¿A mí?

GAN. Sí, sí. A usted se lo digo. Cara de torta, cabeza de chorlito..., pasmao, lila..., tolili...

MORG. ¿A mí? Toma, toma... *(Le da dos bofetadas.)*

GAN. *(Después de un atontamiento.)* ¡Mi madre, qué torta!... ¡Eh!... ¡Eh!... Cuidado, que a mí no se me avasalla... Que soy la Sublime Puerta.

MORG. Pues toma, Puerta. *(Le da en las narices.)*

GAN. Me ha dao con la Puerta en las narices. ¡Mi madre, qué diluvio de capones!

MORG. ¡Insultarme a mí!

GAN. Como he visto que le hacía a usted gracia cuando el señor le ponía verde...

MORG. Este, sí; pero tú, no, miserable. ¡Asalariado, soez!...

GAN. ¡Oiga..., oiga!

MORG. Me darás una satisfacción.

GAN. Yo no le doy nada más, que ya me cuesta usted un ojo de la cara.

MORG. ¡Echele fuera de aquí!

STAN. Váyase... ¡Fuera de esta casa! *(Se oye dentro un gran rumor.)*

MORG. ¿Qué pasa?

STAN. Señor Embajador...

MORG. Vé a enterarte, Stanley:

GAN. No es preciso. Son las gentes del Cadí, que vienen a re-

clamar la esclava Haydeé, que se ha refugiado aquí en la Embajada.

CHARI. *(Que sale al oír el rumor.)* ¿Pero qué estás diciendo?

MORG. Ya lo oyes, Charito. Por tu culpa voy a tener un disgusto. Es preciso enviar esa esclava al Visir. ¡Basta de locuras!

CHARI. Jamás, señor Embajador de Anglonia. La Embajada es un lugar seguro de asilo. Esa mujer, desde que penetró aquí, no es esclava, es libre... No pertenece a Turquía; pertenece a Anglonia, y por honor de esa nación no puede ser entregada. *(Más rumor.)*

MORG. ¿Pero no comprendes que puede ser un *casus belli?*

CHARI. ¿Y qué, señor Embajador? No olvidéis que estáis representando a Anglonia, la gran nación, fuerte y victoriosa.

MUSICA

I

Tiene Anglonia una armada
de las naciones respetada,
y esa armada debe defender
los derechos de una mujer.
¡Bueno estaría
que nuestra noble y gran nación
abandonase, por cobardía,
a quien se acoge a su pabellón!
Soy extranjera, soy española;
pero el deber de nuestro honor
es no dejar a una mujer sola,
defender contra todos su amor.

TODOS. Es extranjera, es española;
pero ella cree deber de honor
el no dejar a una mujer sola,
defender contra todos su amor.

II

Esa mujer desgraciada
buscó asilo en la Embajada;
nuestra patria debe defender,
por su honor, a esa mujer.
Un caballero
la ampararía como un león.
No va a hacer menos un pueblo entero;
no va a hacer menos la gran nación.

RECITADO

MORG. Entonces, ¿tú qué piensas?

CHARI. Ahora vendrá esa mujer. Pregúntala. Si accede por su voluntad plena a salir de aquí, libre es de hacerlo; pero si se negase, no debe salir, aunque lo mande la Sublime Puerta. He dicho. *(Mutis.)*

MORG. ¿Qué opinan ustedes?

SEC. 1.º Que tiene razón la señora Embajadora.

ÁGR. 1.º Por honor del uniforme, no consentiremos un atropello.

MORG. ¡Ya lo oyes, Ben Gandul!

GAN. ¡Se han puesto chulos! ¡Ay, mi señora madre! ¡En buen lío nos hemos metido! *(Se ladea el fez muy chulo y se mete las manos en la chaquetilla, como si vistiese de corto. Marcha. Entra el Cadí con soldados turcos. Han salido momentos antes Agregados, Criados, Secretarios, etc.)*

CANTADO

CHAR. *(Saliendo con gesto altivo se dirige al Cadí y soldados.)*
¿Quién entra en la Embajada
burlando su sagrado?
¡Sin duda han olvidado
que la han de respetar!

CADÍ. En nombre de los jueces,
justicia a Anglonia pido,
y vengo decidido
justicia hoy a exigir.
Se oculta aquí una esclava
y el entregarla os ruego.

MORG. Cadí, yo me niego;
pero a ella hemos de oír.
Si accede Haydeé a seguiros,
la ley se cumplirá.

CHAR. Pues yo debo deciros
que Haydeé no accederá.

AGRE. Ya viene Haydeé;
con su velo se quiere ocultar.
Eso será
porque nadie la vea llorar.
Charles espera
anhelante, que va a decidir.
Si sacrifica
su amor, él quisiera morir. *(Ha salido a escena vestida con el traje de Haydeé y envuelta en velos, de modo que no se la conozca, Charito.)*

MORG. *(Recitando sobre la música.)* Acercaos sin temor;
responded a vuestro Embajador.
Para el serrallo del Gran Visir
su Cadí, aquí presente, os reclama.
¿Estáis dispuesta a ir? *(Charito, con el traje de Haydeé, hace una inclinación afirmativa de cabeza.)*

TODOS. Dice que sí.

GAN. Me escama.

CHAR. *(Cantando.)* Es imposible, no puede ser;
no accedas, por favor.
¡Mi Haydeé! Dejad que la defienda;
dejadme, por mi honor.

MORG. ¡Alto! Dadme la espada,
soy vuestro Embajador.

CHAR. ¡Jamás! ¡Lucho por ella!

MORG. ¡Prendedle! *(Entre todos le desarman y le sujetan.)*

AGRE. *(A Charles.)* Domina tu furor.
Estás entre nosotros;
triunfante has de salir.

MORG. Y vos, Cadí, decidle lo que hago al Gran Visir.

CADÍ. El Gran Visir es noble;
de fijo os premiará.
¡En marcha! *(A los suyos dando órdenes.)*
¡La litera!
¡Que os dé la paz Alá!

CHAR. Toda mi vida con su amor perdí,
toda mi alma va detrás de ti;
perdido el sueño encantador,
quiero ya morir,
¡por mi honor,
por mi fe.
por tu amor! *(Han salido todos conduciendo a Charito con el vestido de Haydeé.)*

RECITADO SOBRE LA MUSICA

HAYD. Señor... *(Aparece por un lateral. Se echa a los pies del Embajador.)*

MORG. ¿Cómo? ¿Usted aquí? Pues entonces ¿quién va en la litera?

CHARI. *(Cantando, dentro.)*
Soy extranjera,
soy española;
pero el deber de nuestro honor
es no dejar a una mujer sola,
defender contra todos su amor.

HABLADO

MORG. ¡Por San Jorge! ¡Oh, qué desgracia!
¡Mi mujer! ¡Es mi mujer!
¡Aquí quisiera yo ver
a toda la diplomacia! *(Salen los Agregados, y con Haydeé rodean al Embajador, que cae desmayado.)*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Un kiosco árabe en los jardines del serrallo. Fuentes, macizo, etcétera. En los laterales puertas a otras estancias del Visir y de acceso. En el foro cortinajes grandes que a su tiempo se corren, dejando ver un panorama de Constantinopla, iluminado por la luna.

Al levantarse el telón, en escena Odaliscas solas, unas tañen la guzla, otras escuchan en artísticas actitudes y otras danzan.

MUSICA

ODA. Escuchando los rumores
de los claros surtidores
en la noche azul turquí.
El aroma de las flores
me recuerda los amores
que soñaba y no sentí.
A la luna un ruiseñor
canta penas de su amor
en arpegios cristalinos,
pero deja de cantar
porque vé que hace llorar
a una esclava, con sus trinos.
Del jardín...
llega suave, embriagador,
aroma de jazmín...
¡Es la hora del amor!

DANZA

(Al terminar entra un Jefe de eunucos.)

ALÍ. Hermosas odaliscas. Varias mujeres han llegado al serrallo. Traen vestiduras.

ODA. 1.ª ¡Oh! ¡Vamos allá! *(Todas, curiosas, se ponen en pie.)*

ALÍ. Pasad... Rosas de Alejandría. *(Bis de orquesta y mutis con alegría. Cuando han salido entra un Esclavo. Trae un pliego.)* ¿Dónde vas?

ESC. A llevar al Gran Visir este pliego que han traído de la Embajada de Anglonia. Es una exposición para que el Visir estudie el Tratado de comercio.

ALÍ. ¿Una exposición dices? ¿Pero el Gran Visir ha vuelto?

ESC. Acaba de llegar de su palacio del Bósforo.

ALÍ. Bien. Déjame la exposición. Yo mismo se la entregaré al Visir. *(Mutis Esclavo.)*

GAN. Entra, estrella del firmamento. No tengas miedo, que estás en tu casa, pichona. *(Entra con la Embajadora, siempre con el velo.)*

ALÍ. ¡Hermosa mujer! ¿Es ésta la esclava india? ¿Cómo te llamas, tulipancito del Bósforo? ¡No contesta!

GAN. Está *achará* la pobre. Conmigo tampoco ha querido decir palabra.

ALÍ. Oye. ¿No será muda?

GAN. ¿Muda? Ya verás en cuanto se suelte a hablar.

ALÍ. Voy a preparar el baño perfumado y las ropas, para que se vista antes de que la vea el Visir. *(Mutis.)*

GAN. Que Mahoma te aumente, Ben Alí. *(A la velada.)* ¡Esto marcha! *(Frotándose las manos.)* ¿Qué te parece el serrallo?... *(En este momento la Embajadora levanta el velo. Ben Gandul se queda de una pieza.)*

CHARI. ¡Lo mismo que me lo había figurado, Ben Gandul!

GAN. *(Aterrado al verla.)* ¡Mi madre!... ¡Ay, señora!... ¿Pero cómo he podido yo traerla aquí sin enterarme?

CHARI. No dirás que no ha sido un golpe ingenioso.

GAN. Pa golpes los que a mí me esperan en cuanto se entere el Visir. ¡Usted quiere perderme!

CHARI. ¡Anda! Déjate de pamplinas. No perdamos tiempo. Enséñame el serrallo y, en cuanto le vea, nos volvemos a la Embajada

GAN. ¡Pero, señora!... Pero ¿usted qué se ha creído? ¡Como si fuera eso tan fácil! De aquí no dejan salir a ninguna mujer sin un permiso del Gran Visir.

CHARI. Bueno, no trates de asustarme. Ahora el Visir está en su palacio del Bósforo.

GAN. Si fuera así... Engañando a los guardianes podríamos escapar.

CHARI. Intentémoslo... después de ver el serrallo. Acompáñame.

ALÍ. *(Saliendo.)* El Gran Visir acaba de entrar en el serrallo.

GAN. ¡Aprieta! Ahora sí que nos hemos caído. ¿Sabe que está aquí la esclava?

ALÍ. Acabo de decírselo.

GAN. (Ojalá se te hubiera caído la campanilla.)

ALÍ. Tiene muchos deseos de verla. Ahora está estudiando una proposición de un Tratado comercial; pero en cuanto acabe, dice que la pasemos a su estancia.

CHARI. (¡Dios mío!)

GAN. (¡Tenga usted valor!)

ALÍ. *(A Charito indicándola un lateral.)* Por aquí. Pasa al baño y a vestirte. El jefe del harén aguarda.

CHARI. Pero... *(Temerosa.)*

GAN. (Obedezca o estamos perdidos.)

CHARI. (¡Maldita curiosidad!) *(Mutis Charito.)*

GAN. ¡Ay, San Benito de mi alma! Como salga bien de ésta te ofrezco una odalisca hecha de cera. ¡Por mi salud! *(Entran en escena Morgan y Malacof. El primero agitadísimo.)*

MAL. Señor Embajador...

MORG. Hable usted más bajo, hombre, más bajo.

ALÍ. ¿Quién es? *(A Ben Gandul.)*

GAN. Su excelencia el Embajador de Anglonia. Y que, según creo, viene de un humor de mil diablos.

ALÍ. ¡Ya sé por qué! Está impaciente por ver lo que resuelve el Visir de la proposición del Tratado de comercio que acaba de presentar.

GAN. *(Aparte.)* ¡Anda! Este cree que es por la proposición. Bueno. Yo le doy ahora al Embajador un susto que me paga los puñetazos.

MORG. *(Preocupadísimo.)* ¡Dios mío! ¿Llegaré a tiempo? ¡Estoy que salto! Decididamente no sirvo para la diplomacia. ¿Qué hará el Gran Visir con mi mujer?

GAN. Señor Embajador... *(Acercándose.)*

MORG. ¿Tú? ¿Tú aquí, Benito?

GAN. Sé a lo que viene vuestra excelencia y la causa de su inquietud.

MORG. ¿Cómo? ¿Pero tú sabes...?

ALÍ. Se lo he dicho yo... Como la trajeron hace poco...

MORG. (¡Dios mío, se sabe ya en toda Constantinopla que mi mujer está aquí!) Bueno... ¿Y qué?

GAN. Que está con ella el Visir.

MORG. ¿Con ella?

GAN. Sí. Apenas llegó se la pasaron a su estancia, y ahora la está examinando en un diván.

MORG. (¡En un diván!) Voy a ver...

ALÍ. ¡Quieto! ¡Ha dicho que mientras esté con ella que no se le interrumpa! *(Hace mutis.)*

MORG. (¡Claro! ¡Yo hago una locura!)

GAN. La primera impresión no fué buena. Al verla dijo: «¡Es demasiado abultada!»

MORG. ¿Demasiado abultada?

GAN. Luego la estuvo mirando y remirando por encima.

MORG. Por encima del hombro seguramente.

GAN. Después dijo: «Se la voy a devolver al Embajador muy modificada.»

MORG. (¡Qué horror!) ¿Pero la van a modificar?

GAN. En ratos perdidos. Ahora hace un cuarto de hora que está con ella.

MORG. (¡Dios mío! ¡He llegado tarde!)

GAN. En suma... Yo creo que no le ha hecho mala impresión.

MORG. ¡Ay de mí!

GAN. Como que de seguro le pone el marchamo.

MORG. ¿El marchamo? *(Extrañado.)*

GAN. Parece que no le alegra la noticia.

MORG. ¿A mí?

GAN. Yo creí que se pondría muy contento.

MORG. ¡Un demonio! ¿Tú crees que aún llego a tiempo de quitársela?

GAN. ¡No! ¡Eso no! ¡Con lo encariñado que está con ella!

MORG. ¿Encariñado? ¡Ahora verá!... *(Va a la puerta de la izquierda y la golpea.)* ¡Monstruo sin entrañas! ¡Abre! ¡Abre a un hombre de honor! ¡Cobarde!

ALÍ. *(Que sale con dos negros formidables.)* ¿Qué gritos son esos?

MORG. ¡Defiendo mi honor!

ALÍ. ¿A gritos? Está prohibido gritar aquí. *(A los esclavos.)* Cogedle cada uno de un brazo y llevadle a dar dos vueltas por toda Constantinopla.

MORG. ¿A mí? ¿A un embajador? ¿Pero usted no sabe, desdichado, que a un embajador, según las leyes, no se le puede detener?

GAN. No se le podrá detener, pero no hay ley alguna que prohiba mandarle a paseo.

MORG. Me quejaré a todas las naciones. Esto es un atropello. ¡Una cobardía!

ALÍ. Cumplid la orden. *(Se lo llevan los dos negros. Mutis.)*

GAN. ¡Toma puñetazos! Lo menos que le da es el sarampión, y lo peor es que ahora no hay motivo, pero después ¿quién sabe? ¡Si yo pudiera llevármela antes de que salga el Visir y la vea...! Probemos. *(Va a salir por un lateral, con*

pasos quedos y muy cómicos, para no hacer ruido, pero de pronto suenan unos golpes de tan, tan.)

ESC. *(Anunciando.)* ¡El Gran Visir!

GAN. ¡Ah! Ya es tarde. *(Van saliendo guardias, esclavos, eunucos y por último el Gran Visir.)*

VISIR. Veamos esa nueva odalisca que tanto me elogiaste. *(A Ben Gandul.)*

GAN. Señor. La verdad es que, bien mirada, resulta muy poquita cosa. Débil, enclenque, con melena y el cogote afeitado. ¡Una birria!

VISIR. Será como las otras, de seguro. Las mismas miradas tímidas, la misma respetuosa sumisión... Estoy cansado de ver en todas las caras que me rodean la humillación servil. Para que luego me pongan en ridículo en sus crónicas los corresponsales extranjeros.

GAN. ¿A ti, altísimo señor?

VISIR. Y singularmente la Embajadora de Anglonia.

GAN. *(Aparte.)* ¡Ay, que la conoce!

VISIR. Me han traducido las crónicas que envía a Nueva York... ¡Y estoy deseando conocerla para desmentirla!

GAN. *(Aparte.)* ¡Ay, que no la conoce, que no la conoce!

ALÍ. ¡Señor! La esclava.

GAN. Ya está aquí. Me voy por no presenciar la hecatombe. ¡Señor, acógela en tu seno!

VISIR. ¿Eh?

GAN. No es a vos, señor; es al otro Señor. Hay varios señores. *(Mutis. Aparece Charito con su traje oriental en la forma más artística posible. Palanquín, etc., etc. Después salen todos, dejando solos a Charito y al Visir.)*

CHARI. (Llegó la hora de luchar contra el infiel. ¡Santa María, madre de Dios...!

VISIR. Hoy dejo todos los negocios de Estado por ti, mi bella Haydeé... *(La quiere abrazar, ella le rechaza dulcemente y dice.)*

CHARI. ¡Lagarto! ¡Lagarto! *(Se separa de él, cruza los brazos y exclama.)* ¡Cuánto te admiro, Visir! ¡Eres asombroso!

VISIR. ¿Yo? ¿Por qué?

CHARI. Ves a tu nación deshecha, minada por partidos que te odian... Ves el Imperio otomano desmoronarse y a todas las potencias extranjeras aguardando su caída para repartírselo... Ves a tu pueblo sin pan y a tu hacienda sin oro... Y tú, el glorioso Visir que rige los destinos de Turquía, lo abandonas todo para ocuparte de una pobre esclava...

VISIR. ¡Ese lenguaje...!

CHARI. Es el de la verdad. No es culpa mía si nadie te lo dice. Si la oyeses a diario... llegarías a ser el hombre de gobierno que admirarían todos los que hoy te engañan.

VISIR. Esclava, ¿qué dices? ¿Qué te propones?

CHARI. Llegar a tu corazón, Visir.

VISIR. ¿Y qué te impulsa a eso?

CHARI. Me impulsa una leyenda de tu país... Acaso no la conozcas... Según ella, una mujer, una pobre esclava venida de lejanas tierras logra con su dulce amor la felicidad y la gloria de un Gran Visir, inteligente y bueno, pero a punto de caer en desgracia.

VISIR. ¿Y cómo consigue el milagro?

CHARI. El Visir, vencido a su pesar por los ojos de ella, le entrega su anillo para que le ponga el sello en unas cuantas órdenes que salvan a su patria.

VISIR. Y todo ello ocurre...

CHARI. En el palacio encantado del Visir... Una noche azul, en que las estrellas parecen pupilas que miran con amor... En que la luna baja a bañarse en las fuentes del patio, que cantan un poema de amores.

VISIR. ¿Qué tiene tu voz que cautiva, esclava? *(Va a cogerle la mano; ella le da un cachete que suene.)*

GAN. *(Apareciendo en la puerta.)* ¿Café?

CHARI. Con galletas. *(Burlona.)*

VISIR. ¡Fuera de aquí! *(Furioso.)*

GAN. Lo que tú mandes, señor. *(Mutis.)*

VISIR. Me has pegado... Es la primera vez...

CHARI. Ya es una novedad.

VISIR. ¿Pero es que me huyes?

CHARI. Ya veremos. Yo soy de esas mujeres que no se toman a la fuerza; se ganan...

VISIR. Yo estoy hecho a mandar.

CHARI. Visir... Por eso te resultará aburrido... Déjame que hoy mande en ti... Hablemos de política...

VISIR. Si te empeñas...

CHARI. Acabo de recorrer todo el Imperio.

VISIR. ¿Y qué te parece?

CHARI. Sigue con sus mismas costumbres viejas y gastadas.

VISIR. No se cambian así como así las costumbres de un pueblo, por medio de una ley.

CHARI. ¡No! Se cambian hablando un poco a su alma. Si me concedieras tu autoridad por una hora, como en la leyenda...

VISIR. Voy creyendo que harías algo ingenioso. Tienes no sé qué atracción...

CHARI. Señor. Es la simpatía que me inspiráis.

VISIR. Voy a acceder. Te entregaré mi anillo. Con él puedes sellar órdenes como si fuera yo; pero te exijo que las primeras que des en tu hora de gobierno sean las de una fiesta para celebrar tu llegada a mi serrallo.

CHARI. ¡Oh, señor! Las fiestas son mi especialidad.

VISIR. Toma mi anillo, a cambio de un beso. *(Va a besarla.)*

CHARI. ¡No! Siendo el anillo para la mano, justo es que para la mano sea también el beso.

VISIR. *(Viendo a Ben Alí, que se presenta.)* ¿Eh? ¿Quién se atreve a entrar?

ALÍ. Señor. Esta tarjeta del Embajador de Anglonia. *(La toma el Visir. Charito se la quita.)*

CHARI. *(Aparte.)* ¡De mi marido! *(Alto.)* Dámela, Visir.

VISIR. Debo leerla.

CHARI. ¡No! Olvidas que estoy en mi hora de autoridad. *(Lee.)* «Visir: La esclava que tenéis a vuestro lado, sabedlo de una vez, es mi esposa la Embajadora. Firmado: *Morgan.*» ¿Ah, sí? Ahora verás... «Querido Embajador: Comprendo por tu tarjeta que el envío de tu señora al serrallo es un delicado obsequio que me haces. Quedo agradecidísimo; me complace mucho, y en prueba de ello te enviaré dos elefantes... Alá te guarde. *El Gran Visir.*» Dale este pliego al Embajador. *(A Ben Alí.)*

ALÍ. ¿Cómo?

VISIR. ¡Obedece! *(Medio mutis Ben Alí.)*

CHARI. *(Aparte.)* Menudo susto se va a llevar el pobre. *(A Ben Alí, que va a hacer mutis.)* Avisa a tus esclavos que comience la fiesta mientras yo escribo órdenes.

VISIR. ¡Obedece! *(A Ben Alí, que hace mutis. A Charito.)* Ahora veremos cómo gobiernas.

CHARI. Tú no sabes aún las cosas de que es capaz una mujer. *(Golpe de tan, tan.)*

MUSICA

(A su compás salen eunucos, guardias, soldados y odaliscas para la fiesta.)

RECITADO

ALÍ. *(Entrando. Al Visir.)* Señor, a tus puertas
se acerca un anciano;
de viejas leyendas
se dice cantor.
Quiere divertirte
con sus poesías.

VISIR. Que entre, si es que sabe
alguna de amor.
Y ahora, oíd, musulmanes:
que el pueblo mi alegría
disfrute, contemplando
dichoso a su Visir.
Quisiera con mis ojos
ver toda la Turquía
y leer en las estrellas
todo su porvenir.
Y este amor a mi patria
se despierta por ella;
la leyenda lo dice
cómo ha debido ser.
Es un amor tan claro
como luz de una estrella.
¡Un amor así sólo
lo inspira una mujer!

MUSICA Y CANTO

CHAR. *(De viejo cantor árabe. Entra por el foro. No ve a Charito, que está oculta a sus ojos por un grupo de odaliscas. A su tiempo avanza para verla el rostro, pero sólo a su tiempo.)*

Salud a los creyentes;
Mahoma os dé fortuna.
Soy un viejo poeta
que os viene a divertir.
Cantaré una gacela
a la luz de la luna,
y en ella unos amores
que tuvo un Gran Visir. *(Busca con ansiedad entre todos a ver si descubre a Haydeé.)*

CORO. Sus ojos acerados
los clava con fiereza.
¿Quién es, quién le conoce
al viejo trovador?

CHARI. *(Aparte.)* Es Charles disfrazado;
viene loco de amor.

CHAR. *(Aparte.)* No la veo. ¿Dónde está?
De mi Haydeé venganza quiero.
¡Venganza! Y el Visir, al fin, caerá
al empuje de mi acero.

VISIR. Canta ya, trovador, canta ya.

CHAR. Oíd, creyentes, la historia
de una traición.
Grabadla en vuestra memoria
y en vuestro corazón.

I

Moría un hombre de amores
por una hermosa mujer.
Por ella sufrió dolores.
Por ella fué esclavo sin querer.
Y un día, su mala estrella
le hizo perder aquel amor,
porque un tirano, ¡villano!,
se la robó.
¿Dónde estás, amor mío?—decía.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dímelo.
Por hallarte gustoso daría,
mi dulce amor,
cuanto Alá me dió.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?—preguntaba.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dímelo...
Y al no verla, de pena lloraba.
Lloraba así, como lloro yo.

II

Clavaba con rabia fiera
sus ojos como un puñal.
Con ellos matar quisiera;
matar por cobarde a su rival. *(Descubre a Charito, que le hace señas y lo comprende todo. Cambiándose su desesperación en loca alegría. De pronto.)*
¡Cielos! ¿Qué miro?
¿Cómo es posible lo que vi?
Su pecho lanzó un suspiro.
¡No está ella aquí! *(Con exaltación de alegría.)*
¿Dónde estás, amor mío?—decía.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dímelo.
Nunca puede matar la alegría,
pues yo la vi y no me mató.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás?—preguntaba.
¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Dímelo.
Y al no verla, dichoso reía.
¡Reía así, como río yo! *(Esta romanza debe cuidarse mucho por los directores de escena. Es necesario darle impresión en el gesto y la acción dramática.)*

GAN. *(Aparece apuradísimo, cae de rodillas ante el Visir y besa los vestidos de todas las esclavas, descubriéndoles las piernas.)* ¡Señor! Sé que me llamabas. ¡Haz caer sobre mí tu rigor! *(Se arrodilla.)*

CHARI. Te llama para darte gracias por haberle servido tan bien.

GAN. ¿Cómo? ¿Pero no se me castiga?

VISIR. No lo sé. Ella es la que manda ahora.

GAN. (¡Mi tatarabuela! Lo veo y no lo creo. Lo que puede una mujer bonita. ¡Pobre Embajador!)

CHARI. Ben Alí, lleva estos pliegos a sus destinos. *(Le entrega tres rollos de papel atados con cinta.)*

GAN. (¡Nada! ¡Que se ha hecho el ama del Imperio otomano! ¡Vaya una sevillanita con gracia! ¡Olé mi tierra!)

VISIR. Y ahora sepamos qué órdenes has dado.

CHARI. Unas órdenes que a estas horas deben traer revuelta a toda Constantinopla.

VISIR. ¿Qué has hecho? ¡Me asustas!

CHARI. En primer lugar, en tu nombre, y firmado con tu sello, he prometido al Embajador de Anglonia aceptar el Tratado que solicita.

VISIR. ¿Eso hiciste?

CHARI. De ese modo será neutral y apoyará la solución del problema de tu patria.

VISIR. Pero Rusia se pondrá en contra. De seguro su Embajador viene a pedirme cuentas.

CHARI. El Embajador bolchevique está detenido en el castillo de las siete torres.

VISIR. ¡Es una traición! ¿Quién eres, dí, que tratas de perderme?

CHARI. Dí más bien de salvarte, Visir. El Embajador sovietista apoyaba una conjura contra el Sultán. Yo la descubrí fingiéndome cómplice.

VISIR. ¡Los nombres! Dame los nombres de esos miserables. ¡Pronto!

CHARI. Toma la lista, Visir. Son más de trescientos. *(Toma la lista que hay sobre una mesita donde escribió y se la entrega.)*

GAN. (¡Remahoma!... ¡Pues es la lista grande!)

VISIR. *(Que ha leído la lista.)* ¡Todos amigos míos! Voy a dar órdenes...

CHARI. A estas horas estará todo hecho. Las tropas acuarteladas, doblados los puestos, detenidos los culpables. He

pensado en todo. Y ahora, Gran Visir, te enteras, cuando todo peligro pasó.

VISIR. ¿Cómo pagarte?

CHARI. Con tres cosas.

VISIR. Concedidas.

CHARI. Llevarme de tu harén lo que más me agrade, no preguntarme quién soy y dejarme partir libremente.

VISIR. ¿Quieres dejarme? ¡No! ¡Eso nunca! ¡Ya no nos separaremos!

CHARI. Lo que pides será tu desgracia, Visir. Tú ignoras el final de la leyenda que te referí.

VISIR. ¿Cuál es?

CHARI. Que después de salvar al Visir y a su patria, la maga le prohibió amarla, porque, de hacerlo, sería desdichado otra vez.

VISIR. ¡Lo seré sin tu amor!

CHARI. ¡Gran Visir! *(Mirando a Charles con ternura.)* El amor se olvida... También de eso podría contar yo otra leyenda.

VISIR. Me has entristecido. ¡Basta de fiesta!

ALÍ. El señor Embajador de Anglonia.

VISIR. Hazle entrar. *(Mutis Ben Alí.)* Quédate, Haydeé. Quiero que vea que no oculto a mis mujeres, que renuevo mis costumbres; siéntate junto a mí.

CHARI. *(Aparte.)* Menudo trago el del Embajador al verme a su vera.

MORG. *(Entra y saluda.)* Visir... (¡Juntos! ¡Ah, la infame!) Tendría derecho a pedir cuentas; pero me debo a mi patria. ¡La tarjeta! ¡Mi mujer! ¡La esclava! ¡El paseo de veinte kilómetros!... ¡Los dos elefantes! ¡Todo lo que ha pasado! *(Indignadísimo.)*

VISIR. ¿Pero qué es lo que ha pasado?

CHARI. Ha pasado... una hora. La hora de mi reinado, Visir. Te devuelvo tu poder y me voy con mi marido, el Embajador de Anglonia.

VISIR. *(Aparte a ella.)* ¡Me engañaste!

CHARI. Castígame si he pecado, Visir. Ahora eres de nuevo el que gobierna.

MORG. (O yo estoy loco o la que está loca es ella.) Bueno; pero sepamos... ¿Qué ha pasado aquí?

VISIR. ¡Nada!... Nada... *(Entre dientes.)* Por desgracia, Embajador.

GAN. Ha pasado lo de siempre. Un hombre que quiere a una mujer y una mujer que se ríe de un hombre.

ALÍ. *(Entrando.)* Visir. Esta esclava desea entrar a veros. *(Con Haydeé.)*

CHAR. ¡Haydeé! *(Se abrazan.)*

CHARI. *(Al Visir.)* Es la primera de las tres cosas que me has ofrecido. Es... el amor.

VISIR. *(Mirándola apasionado.)* Pero... ¿y el mío?

CHARI. Renuncia a él, Visir. *(Con amargura.)* ¡También he renunciado yo!

MUSICA

TODOS. Amor es sueño encantador, etc., etc.

TELÓN

NUMEROS PUBLICADOS DE "COMEDIAS"

NÚM. I. **Jacinto Benavente:** Nadie sabe lo que quiere, o el bailarín y el trabajador.—**E. García Alvarez** y **J. Abati:** Clara Luna.—NÚM. II. **G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura:** Susana tiene un secreto.—**C. Arniches** y **Antonio Paso:** ¡Qué encanto de mujer!—NÚM. III. **Alejandro Pérez Lugín** y **Manuel Linares Rivas:** Currito de la Cruz.—**Eduardo Marquina:** El pavo real.—NÚM. IV. **Pedro Muñoz Seca** y **P. Pérez Fernández:** Los campanillenos.—**Luis Gabaldón** y **E. Gutiérrez Roig:** Poderoso caballedo...—NÚM. V. **Carlos Arniches:** La cruz de Pepita.—**Augusto Martínez Olmedilla:** La mano de Alicia.—NÚM. VI. **S.** y **J. Alvarez Quintero:** La consulesa.—**F. Romero** y **G. Fernández Shaw:** La sombra del Pilar.—NÚM. VII. **G. Martínez Sierra:** Mujer.—**E. García Alvarez** y **Fernando Luque:** Calixta, la prestamista.—NÚM. VIII **Eduardo Marquina:** Una noche en Venecia.—**Jacinto Benavente:** De cerca.—NÚM. IX. **Manuel Linarez Rivas:** La jaula de la leona.—**Francisco Serrano Anguita:** La simpatía.—NÚM. X. **Pedro Muñoz Seca:** La señorita Angeles.—**Antonio Paso** y **Ricardo González del Toro:** Soltero y solo en la vida.—NÚM. XI. **A. Torres del Alamo** y **Antonio Asenjo:** Lorenza, la seria.—**G. Martínez Sierra** y **Honorio Maura:** Mary, la insoportable.—NÚM. XII. **Jacinto Benavente:** La fuerza bruta.—**Luis Chiarelli:** La máscara y el rostro.—NÚM. XIII. **S.** y **J. Alvarez Quintero:** Mundo, mundillo...—**Pedro Mata:** En la boca del lobo.—NÚM. XIV. **Muñoz Seca** y **Pérez Fernández:** La tela.—Los chatos.—NÚM. XV. **Emilio G. del Castillo** y **Luis M. Román:** La calesera.—**Jacinto Benavente:** El amor asusta.—NÚM. XVI. **G. Martínez Sierra:** Sueño de una noche de agosto **Oscar Wilde:** Salomé.—NÚM. XVII. **Sutton Vane:** El viaje infinito.—**A. Torres del Alamo** y **A. Asenjo:** Rocío, la canastera.—NÚM. XVIII. **Alberto Insúa:** La madrileña.—**S.** y **J. Alvarez Quintero:** Fortunato.—NÚM. XIX. **José María Granada:** Soleá.—**Antonio Paso** (hijo) y **Francisco Loygorri:** Las mujeres de Lacuesta. NÚM. XX. **Miguel de Unamuno:** Todo un hombre.—**Jacinto Benavente:** Modas.—NÚM. XXI. **Stear Gipsy:** El perfume del pecado.—**Francisco Serrano Anguita:** El aire de Madrid.—NÚM. XXII. **Gregorio Martínez Sierra:** Esperanza nuestra.—**Jacinto Benavente:** El marido de la Téllez.—NÚM. XXIII. **Muñoz Seca** y **Pérez Fernández:** El sonámbulo.—**Gabriel D'Annunzio:** La antorcha escondida.—NÚM. XXIV. **Manuel Linares Rivas:** Almas brujas.—**E. García Alvarez** y **F. Luque:** La caravana de Ambrosio.—NÚM. XXV. **J. López Núñez:** El niño de las monjas.—**J. Juan Cadenas:** El señor cura y los ricos.—NÚM. XXVI. **Pío Baroja:** Arlequín, mancebo de botica.—El mayorazgo de Labraz.—NÚMERO XXVII. **P. Muñoz Seca** y **J. López Núñez:** El rayo.—**Jacinto Benavente:** El marido de su viuda.—NÚM XXVIII. **J.** y **S. Alvarez Quintero:** Zaragatas.—**A. F. Lepina** y **J. F. Escobar:** La rubia del expreso.—NÚM. XXIX. **J. Benavente:** La losa de los sueños. **Asenjo** y **Torres del Alamo:** Paloma «la Postinera».


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID